

# Theodor Kallifatides

## El asedio de Troya

Traducción del sueco de Neila García



Galaxia Gutenberg

# **EL ASEDIO DE TROYA**

**THEODOR KALLIFATIDES**

THEODOR KALLIFATIDES

# El asedio de Troya

Traducción de  
Neila García

Galaxia Gutenberg



© Florence Montmare

## THEODOR KALLIFATIDES

Ha publicado más de cuarenta libros de ficción, ensayo y poesía traducidos a varios idiomas. Nació en Grecia en 1938, y emigró a Suecia el 1964, donde consolidó su carrera literaria. Ha traducido del sueco al griego a grandes autores como Ingmar Bergman y August Strindberg, así como del griego al sueco a Giannis Ritsos o Mikis Theodorakis. Ha recibido muchos premios por su trabajo tanto en Grecia como en Suecia, país en el que reside actualmente.

Galaxia Gutenberg publicó en 2019 su obra *Otra vida por vivir*, que ha merecido el Premio Cálamo «Extraordinario 2019».

En este recuento perspicaz de *La Iliada*, una joven maestra griega recurre al poder duradero del mito para ayudar a sus estudiantes a sobrellevar los terrores de la ocupación nazi.

Las bombas caen sobre un pueblo griego durante la Segunda Guerra Mundial, y una maestra lleva a sus alumnos a una cueva para refugiarse. Allí les cuenta sobre otra guerra, cuando los griegos sitiaron a Troya. Día tras día, cuenta cómo los griegos sufren de sed, calor y nostalgia, y cómo se enfrentan los oponentes: ejército contra ejército, hombre contra hombre. Los cascos se cortan, las cabezas vuelan, la sangre fluye. Ahora son otros los que invaden Grecia, el ejército de la Alemania nazi. Pero los horrores son los mismos miles de años después.

Theodor Kallifatides proporciona una notable visión psicológica en su versión moderna de *La Iliada*, minimizando el papel de los dioses y profundizando en la mentalidad de sus héroes mortales. La epopeya de Homero cobra vida con una urgencia renovada que nos permite experimentar los eventos como si fueran de primera mano, y revela verdades eternas sobre la insensatez de la guerra y lo que significa ser humano.

Título de la edición original: *Slaget om Troja*  
Traducción del sueco: Neila García Salgado

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: marzo de 2020

© Theodor Kallifatides, 2018

© de la traducción: Neila García, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada:

*Fifty Days at Iliam. Part V: The Fire*

*That Consumes All Before It*, Cy Twombly, 1978

Pintura al óleo, lápiz de cera sobre lienzo, 300 × 192 cm.

© Cy Twombly Foundation

Fotografía: © The Philadelphia Museum of Art /  
Art Resource / Scala, Florencia

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17971-97-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## I

Tenía quince años y estaba enamorado de mi profesora. Corría 1945, comienzos de abril. Mi aldea llevaba ocupada por el ejército alemán desde 1941, igual que toda Grecia. Durante esos años la escuela no funcionaba. Los dos maestros —uno de los cuales era mi padre— habían sido cesados por los alemanes y no vino sustituto alguno. No sabíamos si vivía o si estaba ya muerto. Mamá lloraba por las noches y cuidaba de mí y de la casa por el día. Éramos sólo dos, éramos mamá y yo.

Un abogado jubilado impartía ocasionalmente clases de historia y griego. No en la escuela, puesto que los alemanes la habían convertido en un cuartel. Nos veíamos alguna vez en su casa, y más a menudo en su café de la plaza por las tardes, después de la siesta, cuando el abogado trataba de resucitar con varios cafés que tomaba «pesados, sin burbujas», es decir, sin azúcar y bien removidos. No es fácil precisar qué aprendimos en aquellas clases, pero nos volvimos unos ases con las cartas.

La Señorita llegó una de esas tardes en el autobús procedente de Atenas. La recibió el alcalde. Era una mujer joven, delgada como un haz de luz, si bien iba vestida de negro de la cabeza a los pies. Estaba perdidamente enamorado, por extraño que pueda sonar. Se trataba de la nueva maestra. Y eso era una buena señal. La vida volvería a la normalidad. Pero no para todos. Para mí significaba que probablemente papá ya no volvería jamás y me preparaba para la llegada de más noches aún de insomnio, con mamá sollozando en la habitación de al lado.

Mi único consuelo era la Señorita. No me saciaba de mirarla. Era pequeña, morena, con la mirada ardiente y unas manos bonitas que movía con frecuencia y deleite. Oficialmente nos referíamos a ella como la Señorita y extraoficialmente como la Bruja, pues conseguía que los furiosos y temerosos perros callejeros dejaran de ladrar. Si no, ladraban hasta a su propia sombra.

Fue Dimitra, mi compañera de juegos de la infancia, quien emitió el diagnóstico.

—Es una bruja —dijo.

Corría 1945, como he dicho. La Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin, el ejército alemán se iba retirando de todos los frentes, pero nosotros no sabíamos nada de eso y la vida en el pueblo seguía como de costumbre. Los soldados alemanes ya no nos eran tan ajenos, y a cada día que pasaba eran menos. Una parte pereció en la batalla contra los partisanos, y otra fue enviada al frente oriental.

Ahora, tras haber obtenido el permiso del capitán alemán, las clases se impartían en la escuela, situada a escasa distancia del pueblo. Ahí fue donde comenzó todo.

Era un día de sol, las ventanas estaban abiertas y veíamos cómo la bandera alemana ondeaba levemente al viento, jugueteón. La Señorita estaba explicando que los verbos que expresaban una

ocupación regían genitivo y brindó como ejemplo un dicho popular: «Todos los días, a primera hora de la mañana, la alegre esposa atiende su hogar». «Su hogar» ha de estar, pues, en genitivo.

—Vaya muermo de ejemplo —masculló Dimitra, que jamás había visto a su madre alegre por la mañana. Además, despreciaba toda regla, en especial las lingüísticas.

—Esposas que maniatan la fantasía —así las llamaba.

La Señorita opinaba lo contrario. Su principal deber y diversión era enseñarnos nuestra propia lengua.

—Ser griego es saber hablar griego —decía.

Cuando oíamos el estruendo de los aviones no nos preocupábamos. Creíamos que eran alemanes. En el pueblo había un aeródromo provisional que los alemanes habían levantado para sus transportes durante el asedio de Creta. Mi abuelo y mi tío paternos se habían visto obligados a trabajar allí, al igual que la mayoría de los hombres del pueblo. Y lo mismo le habría ocurrido a mi padre, de no haber sido porque estaba encarcelado, si es que aún seguía con vida.

Estábamos en el aula cuando cayó la primera bomba y el vidrio de la ventana tintineó. Esto nos despertó más curiosidad que temor y corrimos afuera para ver dónde había caído. La primera víctima era una burra cargada de leña. Su gran panza se había partido en dos y agitaba las cuatro patas en el aire mientras moría lentamente.

Los aviones no eran alemanes. Eran británicos.

La siguiente bomba se precipitó sobre el precario retrete exterior de la escuela, y por los aires volaban zurullos como si fueran ratas o ratones muertos. La Señorita, que se nos había sumado, gritaba que si no queríamos morir debíamos correr hasta la gruta.

No queríamos morir. La gruta estaba a unos cientos de metros de la escuela, adentrándose por la quebrada que cruzaba el pueblo. Estábamos familiarizados con ella. Allí jugábamos a policías y ladrones, entre otras cosas, y a veces espiábamos a las parejitas que buscaban cobijo.

En la clase éramos seis chicos y una única chica, Dimitra. Siete. «Buen número —dijo la Señorita—, Dios creó el mundo en siete días.»

Así pues, estábamos nosotros siete y la Señorita en la gruta. Era angosta, oscura, húmeda y estaba repleta de chinches y otros bichos. Nos sentamos, apretujados los unos contra los otros. Estaba muy cerca de Dimitra. La Señorita se plantó ante nosotros a la entrada de la gruta, la luz del exterior caía sobre ella y parecía uno de esos adustos ángeles de la iglesia del pueblo.

Las bombas seguían cayendo. Oíamos explosiones, el estruendo de los aviones y la sirena alemana. El campanero aprovechó la ocasión para hacer sonar la alarma. Le encantaba hacerlo, también antes de la guerra, cuando en verano se desataban incendios fortuitos en el valle. Se podría decir que su vida cobraba sentido, si bien ensordecía como consecuencia.

La Señorita parecía tranquila y aguardó hasta que el agitado parloteo se apagó.

—Mirad, esto puede ir para rato. Yo no tengo ningún problema. Ya desde que estudiaba en la universidad soñaba con esto. Con tener una clase entera para mí sola. Aquí no hay nada que hacer, nada que ver. Estamos solos: vosotros y yo.

Dimitra tenía razón. Era una bruja. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad, podíamos vernos los unos a los otros y podíamos, sobre todo, ver a la Señorita, allí donde estaba, ante nosotros, con su vestido negro de manga corta, moviendo sus hermosos brazos pálidos como gaviotas.

—Cuando tenía vuestra edad e iba al instituto vino un día un señor mayor a la escuela y nos

leyó en voz alta fragmentos de la *Iliada*, de la que quizás hayáis oído hablar. Trata sobre la guerra entre Troya, una ciudad a la otra orilla del mar Egeo, y los griegos o aqueos, como se los llamaba entonces. Aquel hombre que nos visitó era un recitador profesional, un rapsoda. Iba por las escuelas hablando de Homero, el autor de la *Iliada* y la *Odisea*, y leía algunos pasajes en voz alta. Igual que, según parece, Homero, que era ciego. Iba de una ciudad a otra declamando sus poemas y la gente acudía en masa a escucharlo. Y yo pensé que podría hacer lo mismo. Os voy a contar la *Iliada* de memoria mientras estemos aquí. Tampoco es que tengamos mucho más que hacer.

Era cierto. No teníamos mucho más que hacer en la gruta más allá de tratar de protegernos de las chinches y otros bichos.

—¿Esa guerra cuándo fue? —preguntó Dimitra.

—Hace mucho. Hace más de tres mil años —respondió la Señorita.

Dimitra suspiró.

—Qué divertido...

La Señorita no se lo tomó a mal. No sonaba especialmente divertido. Pero tampoco es que tuviéramos mucho más que hacer en la gruta y la Señorita dio comienzo a la historia:

Sobre los campamentos de los aqueos lucía el sol, pero no sobre sus corazones. Ante ellos se erguían las murallas de Troya, elevadas, imponentes y bellas. Hacía casi diez años que las habían asaltado. Numerosos hombres buenos de ambos bandos habían perecido en arduas batallas. Pero la batalla decisiva estaba por llegar.

Los troyanos luchaban por sus vidas. Los aqueos, por su honor y por su gloria. Quizás no pesaran igual. El ejército estaba extenuado, los hombres echaban de menos a sus familias, sus hogares y sus tierras. Puede que la morriña no sea una enfermedad, pero debilita a los hombres como si lo fuera. Los hombres adelgazaban, los ojos se les hundían aún más en las cuencas, y también las mejillas. Se les caían los dientes, la boca les desaparecía tras el bigote, su aliento bastaría para resucitar serpientes muertas, padecían de estreñimiento crónico o de lo contrario, el pelo enralecía.

Sus conversaciones se volvían más y más monótonas y vulgares. Si alguien se rascaba la cabeza, siempre había otro que decía que le estaban poniendo los cuernos. Las mujeres estaban solas en casa y todos sabían qué podía pasar.

Los hombres intentaban mantener buen ánimo, pero al caer la tarde sus canciones se volvían más sombrías. Lo único que había mejorado con el tiempo eran los lazos de amistad que los unían. Todo lo soportaban juntos, el escudo de uno protegía al otro. La muerte de uno a menudo conducía también a la muerte del otro. Habían pasado, como decía, diez años y las bellas murallas de Troya habían demostrado ser inexpugnables.

Para los troyanos era distinto. Después de la batalla regresaban con sus familias, con sus esposas y con sus hijos, y sus mujeres no en vano eran conocidas por sus marcadas cinturas. Orgullosas y erguidas, ataviadas con largos vestidos, aguardaban a la puerta cuando los maridos llegaban a casa. En las bañeras de mármol, el agua venida de los manantiales de las montañas estaba caliente. Las mujeres limpiaban el polvo, el sudor y las manchas de sangre de sus maridos, que recibían caricias, besos y amor. Así habían soportado diez años de asedio y podrían apañárselas para aguantar otros diez.

Una cosa es batallar en casa y otra totalmente distinta es combatir en tierra extranjera. La cuestión ya no era cuánto tiempo lograría resistir Troya al asedio de los aqueos, sino

cuánto tiempo iban a ser capaces de continuar los sitiadores.

En otras palabras, su dirigente, Agamenón, sabía que algo había que hacer. Pero no sabía qué. Una sospecha, que ni siquiera se atrevía a reconocer, lo atenazaba. En cualquier caso, había llamado a los demás reyes y comandantes a su tienda.

También los demás albergaban sospechas. Sus razones tenían. Apenas había nadie entre ellos que no hubiera cometido una o más infamias en esos nueve años. Que no hubiera matado furtivamente, saqueado a pobres campesinos, raptado a mujeres y niños.

En lo más profundo de sus almas la duda los corroía. ¿Era esa una guerra justa? ¿Debían anegar de sangre Troya solo porque Paris, hijo del rey de la ciudad, Príamo, hubiera seducido o raptado a Helena?

Era sin lugar a dudas la mujer más bella que jamás había existido, se la consideraba más bella aún que la misma Afrodita, diosa del amor. Ciento diecinueve pretendientes de todo el mundo la cortejaban y su padre no se atrevía a elegir a uno por miedo a que pudiera desatarse una guerra de todos contra todos. Por eso, dejó que Helena decidiera y exigió al mismo tiempo a todos los pretendientes que prometieran que, independientemente de con quién contrajera ella matrimonio, todos los demás protegerían al susodicho, y si alguien la raptaba y la apartaba de su hogar y su marido, todos los demás marcharían juntos a la guerra, conquistarían la ciudad del culpable y la reducirían a ruinas, ya fuera esta griega o bárbara.

Así pues, llegó el gran día en que Helena eligió como esposo a Menelao, el de las anchas espaldas, rey de Esparta. Con una corona de flores primaverales tempranas, se acercó a él y se la colocó sobre los claros cabellos.

Fue un matrimonio feliz en todos los sentidos.

Helena y Menelao vivieron felices, tuvieron siete hijos y ella se volvía más y más bella cada día que pasaba. Se decía que el gran girasol amarillo y la achicoria azul de su jardín se inclinaban ante ella cuando paseaba a última hora de la tarde. Que los pájaros dejaban de piar. Incluso que el río Eurotas cesaba de arremolinarse para que ella pudiera verse reflejada en sus aguas cristalinas.

Se dice que el diablo tiene muchas piernas, pero que las Moiras, diosas del destino, tienen más. Un día Menelao recibió la visita de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. Ambos reyes se conocían, por lo que era evidente que había que acoger a Paris. Este declaró que su nave había quedado gravemente dañada por una tormenta junto al sonado cabo Malea y se había visto obligado a abandonarla.

Ninguno de los dos podía imaginar las consecuencias que desataría esta visita.

La Señorita realizó una pausa y aspiró profundamente, como si hubiera estado aguantando la respiración mientras contaba la historia. Avanzó hasta la entrada de la gruta y echó un vistazo afuera.

—Se han calmado las cosas. Podéis ir a casa. Mañana seguimos.

Dimitra y yo caminamos juntos hacia casa. Habíamos crecido juntos. Habíamos jugado a los médicos y examinado nuestras partes. Ella era mi más vieja amiga y yo su más viejo amigo. Éramos como hermanos.

—Bueno, ¿qué me dices de la Bruja? —preguntó.

No sabía cómo expresarlo.

—Tiene una voz bonita.

En la plaza todo había vuelto a la normalidad. El capitán alemán y el alcalde bebían *ouzo* antes de cenar. Y todos los demás hombres hacían lo mismo. Las mujeres más jóvenes caminaban del brazo arriba y abajo por el paseo y dejaban que otros se maravillaran. Era como si nada hubiera pasado.

## II

Al día siguiente fuimos a la escuela, como de costumbre. La Señorita no perdió el tiempo.

—¿Hablamos de los verbos que rigen genitivo o seguimos con Helena y con Paris? —preguntó con una sonrisa maliciosa. Era una decisión fácil. Y comenzó:

Paris no era un cualquiera. Era hijo de un rey, apuesto, y cargaba con un pesado destino sobre sus espaldas. La víspera de dar a luz, su madre, Hécuba, soñó con una antorcha llameante que se alzaba sobre su cuerpo. Al profeta al que se consultó directamente acerca de ese singular sueño se le ensombreció la mirada y aclaró que se trataba de un sueño aciago. También el día en que nació el niño se consideró un día aciago.

Lo único que cabía hacer era matarlo.

Príamo no era capaz de hacerlo, se había quedado prendado al instante de ese chiquitín de cabellos claros y rizados. Pero se lo entregó a su pastor y le ordenó que lo matara. El pastor tampoco fue capaz de matar al niño y lo abandonó en el bosque. Nueve días después volvió allí para cerciorarse de que el niño había desaparecido, pero lo encontró en el regazo de una osa que lo amamantaba.

El pastor alzó la vista hacia el cielo. Los dioses querían que el pequeño siguiera viviendo. Lo colocó en su morral para cuidarlo como si fuera su propio hijo. A Príamo le llevó la lengua de un perro como muestra de que el niño había muerto y la orden del rey se había acatado.

Pasaron los años y Paris se convirtió en un muchacho excepcionalmente hermoso, y se extendió el rumor de que no era hijo del pastor, cuya apariencia recordaba más bien a las cabras que guardaba. Un día pasó por allí una joven princesa. Se llamaba Casandra y era el orgullo de Príamo y la niña de sus ojos. Del dios Apolo había recibido, además, el don y la maldición de ver lo que nadie más veía, y veía que el bello joven era su hermano. Juntos fueron hasta el palacio paterno, donde se celebró una fiesta que duró tres días.

Esto le contaba Paris a Helena por las noches, cuando estaban a solas. A Helena se le despertaba el interés y quería saber más, quería saberlo todo. Así suele ocurrir cuando una mujer se está enamorando. Y él le siguió hablando de su ciudad, con sus bellas murallas y amplias calles, de la belleza de las mujeres y de su primer amor, una ninfa que era adivina y curandera. Cuando él la dejó, ella no se enfadó. Dijo simplemente que la buscara si alguna vez estaba gravemente herido, pues solo ella podía salvarle la vida.

—Tuvo que quererte mucho —dijo Helena—, ¿cómo pudiste dejarla?

Paris se encogió de hombros, como si no fuera con él la cosa, pero luego se arrepintió.

—No es fácil amar a un inmortal. Alguien que jamás envejece ni padece dolor, cuando uno sabe que un día habrá de morir y que otros lo reemplazarán, cuando uno ve su propio cuerpo encogerse y pierde el pelo, las ganas, la fuerza. Yo quería tener una mujer que envejeciera conmigo, que fuera a perderme o a la que yo fuera a perder. El amor sin dolor no es nada.

Eso dijo Paris, y Helena durmió muy mal aquella noche. Llevaba una buena vida con Menelao y no le disgustaba Esparta. Pero la mirada dulce y melancólica de Paris había despertado algo en ella que Menelao jamás había logrado. El sueño de otra vida, lejos de los polvorientos caminos de Esparta y de las afiladas y desafiantes miradas de los espartanos. Lejos del silencio de Menelao. Él jamás decía nada que no fuera absolutamente necesario. Las palabras de amor tiernas y susurrantes se las guardaba para sus caballos de batalla.

En definitiva, estaba enamorada. Qué delicia. Cuando veía a Paris, centenares de mariposas le danzaban en el pecho. Su esposo, Menelao —al que ella misma había elegido—, era fuerte como pocos, pero lo habían educado para luchar, no para quedarse despierto hasta altas horas hablándole en voz baja.

¿Quién podía culparla?

¿Quién podía culpar a Paris?

Juntos pasaban noche tras noche. Una cosa llevó a la otra y, un buen día, Helena agarró su dote y una considerable parte de su fastuoso ajuar y se marchó con Paris.

Fue el comienzo de una guerra que duraría diez años.

El delito de los amantes no fue baladí. Los reyes griegos, con Agamenón a la cabeza, habían jurado apoyar a su hermano Menelao, que quería recuperar a su esposa, y castigar a aquel que la hubiera raptado. Eso creía Menelao, que Paris había obligado a Helena a acompañarlo. No podía imaginarse que Helena fuera capaz de querer a otro hombre.

Las cosas empezaron mal. La flota griega, ya reunida, se mantuvo completamente inmóvil en la pequeña y barrancosa ciudad portuaria de Áulide. El viento no sopló en absoluto durante meses. No se movía ni una hoja. Los griegos sacrificaban un toro tras otro, incontables ovejas, y pedían y rogaban por que soplara el viento, pero las velas pendían como orejas de asno. Lo único que quedaba por hacer era convocar al viejo adivino Calcante. Su consejo fue sencillo: Agamenón debía sacrificar a su amada hija Ifigenia. Pero Agamenón se negó. Los demás no dejaban de importunarlo, sobre todo Ulises y Menelao. «¿O sea que vamos a estar aquí esperando durante años por el bien de una muchachita?»

Agamenón se rindió e invitó a Ifigenia a Áulide con el pretexto de prometerla con Aquiles, el mayor de todos los héroes, y se podrá uno imaginar cómo se desbocó el corazón de la joven de dieciséis años al oírlo. Todas las muchachas soñaban con ese joven apuesto, de cabellos claros, que según se rumoreaba era hijo de una semidiosa. Ifigenia no sospechaba nada. El viaje de Micenas a Áulide tomó un par de semanas, colmadas de ensoñaciones relacionadas con la vida que la aguardaba. También se podrá uno imaginar la desesperación que se abatió sobre ella cuando su padre la colocó, con sus propias manos, sobre el altar sacrificial mientras derramaba grandes lágrimas amargas. «¿Por qué he de morir, padre?», preguntó Ifigenia. Agamenón carecía de respuesta más allá de que a veces uno ha de sacrificarse por su patria, su honor o el honor de otros, y él mismo oyó lo

huevo que sonaba. No eran meras mentiras, eran falacias repulsivas. Pero la muchacha tenía que morir. Y así llegaron finalmente los vientos favorables que condujeron a los griegos hasta la costa de Troya y a la desconsolada guerra que duró diez años.

Agamenón vagaba de un lado a otro en su tienda con un leve malestar en el pecho, mientras esperaba a todos los demás reyes y comandantes. Hasta la fecha habían confiado en él. Pero ¿por cuánto tiempo seguirían haciéndolo? Sobre todo después del espectáculo del día anterior.

Había aparecido el anciano de la túnica blanca en el campamento de los griegos con su báculo dorado en la mano. Llevaba consigo suntuosos regalos, oro y ganado. No era cualquiera, sino el máximo sacerdote del hermoso templo del dios del sol, Apolo, en lo alto de las montañas. Los hombres acudieron a él en masa inmediatamente. Sabían de qué se trataba. Su comandante en jefe, Agamenón, había raptado a la hija del sacerdote, Criseida, con su mirada relampagueante. El desconsolado padre había implorado en repetidas ocasiones a Agamenón que liberara a su hija. Ya se había determinado que algún día ella sería la máxima sacerdotisa en el mismo templo que su padre.

Agamenón se había negado. Muchos de los hombres y sus comandantes opinaban, pese a que no se atrevían a decirlo en voz alta, que aquello era un delito, que aquello atentaba contra la voluntad de los dioses.

¿Qué iba a pasar esta vez?

Agamenón comprendía que ni siquiera un poderoso rey podía contravenir la voluntad de los dioses. Sin embargo, dijo:

—No aprendes, vejestorio. ¿Qué te trae por aquí?

El máximo sacerdote no se dejaba amedrentar.

—Valeroso Agamenón, escúchame una última vez. Mira todos los presentes que traigo para ti y para tus hombres. Lo único que quiero yo es tener a mi hija.

Agamenón se rio.

—Pues qué pena, porque yo también quiero tenerla.

—Pero tengo también otro obsequio mayor que no se ve. Mi dios, Apolo, soberano del sol, ha prometido enviarte una deslumbrante victoria en esta guerra y un viaje seguro de vuelta a casa.

Las tropas, extenuadas por la contienda, escuchaban atentas. ¿Y si ese fuera el fin de esa infausta guerra? ¿Y si pudieran regresar a casa de una pieza, junto a sus familias? Su anhelo era tan evidente, aun cuando no lo verbalizaran, que Agamenón lo sentía venir hacia él como si de un cálido viento se tratara. Eso lo enfadó aún más. Había sacrificado a su hija para llevar a término esa guerra, pero ahora no podía renunciar a esa otra muchacha para ganar la guerra y salvar a muchas personas de una muerte oscura.

—Tu hija va a venir conmigo a mi ciudad y allí envejecerá en mi casa. Hasta entonces, se sentará frente al telar y vendrá a mi cama por la noche. Así que márchate de aquí, vejestorio, y ahórrame otra visita tuya, porque entonces ni siquiera tu dios podrá protegerte de mi ira —replicó Agamenón, terco como una mula.

Todos se quedaron sobrecogidos y más aún el desdichado padre, que abandonó el campamento con lágrimas en los ojos y caminó despacio hacia su casa a orillas del mar embravecido.

—Haz que sufran por cada una de mis lágrimas —pidió a su dios, Apolo. Y así fue.

La situación ya de por sí difícil del ejército se complicó aún más. Un sol inclemente los martirizaba todo el día, desde primera hora de la mañana hasta la caída de la tarde. El mar estaba calmo como una tabla. Ni una ola. Además, estaba lleno de medusas venenosas. Los hombres no se atrevían a bañarse y con aquel calor asfixiante la comida se estropeaba muy rápido. Estaban sucios, hambrientos y cansados. Apenas lograban ponerse la armadura. Durante las batallas diarias se comportaban como niños extraviados y se dejaban masacrar como si fueran ganado.

Algo había que hacer y Agamenón convocó un consejo. Cuando ya habían tomado asiento, Aquiles, el mayor héroe y guerrero griego, tomó la palabra y se dirigió a Agamenón.

—Creo que ha llegado la hora de recapacitar. El ejército ya no da más de sí. Se ve torturado por la peste, la fuerza de los valerosos troyanos y la ira de los dioses. Debemos pedir a un adivino o a un oritomántico que nos oriente. ¿Qué podemos hacer para cambiar el destino de la guerra a nuestro favor?

Dicho eso, tomó asiento. Entre ellos se encontraba Calcante, el archiconocido oritomántico, aquel que veía el futuro con la misma nitidez que el pasado y el presente, y que había conducido sus rápidas naves de guerra a través de todo peligro hasta llegar a la verde costa de Troya. Tomó la palabra con templanza.

—Tú, Aquiles, que eres el favorito de los dioses, quieres que explique por qué Apolo está furioso. Muy bien. Pero has de prometerme que me protegerás, pues creo que aquel que gobierna sobre nosotros va a enfadarse mucho.

—Dime sin miedo aquello que tengas que decir y te prometo que mientras yo viva ningún griego habrá de hacerte daño, ni siquiera el más noble de todos nosotros —lo instó Aquiles.

Así lo hizo Calcante, que explicó que el dios del sol no estaba furioso porque no hubieran sacrificado suficientes toros u ovejas, sino porque Agamenón hubiera afrentado a su sacerdote y a su hija, que tenía intención de reemplazarlo.

—Si Criseida, de frondosa cabellera y mirada astuta, no es devuelta a su padre, los griegos jamás ganarán esta guerra.

Dicho eso se sentó, pues sus piernas no soportaban su peso. No convenía jugar con la furia de Agamenón. El poderoso rey regañó a Calcante porque sus augurios jamás le habían sido favorables, y esa no era ninguna excepción. Se vería obligado a devolver a Criseida. Y ahí efectuó una pausa.

—Todos saben que la prefiero a ella antes que a mi esposa. ¿Por qué iba a devolverla entonces? De todos modos, lo haré. Pues ante todo quiero hacer lo mejor para el ejército. La dejaré, pero quiero recibir a otra mujer para compensar mi pérdida.

—Ya no quedan más mujeres —dijo Aquiles.

—Me da igual. Me quedo con la mujer de Ulises o con la tuya.

Fue demasiado para Aquiles.

—¡Avaro bastardo! Navegué hasta aquí para proteger tu honor y el de tu hermano. No tengo cuentas pendientes con los troyanos, ni me han robado los bueyes ni me han quemado la casa, muchos mares y montañas nos separan. Pese a todo navegué hasta aquí y, por tu

bien, me enfrento a diario a sus afilados dardos, sus lanzas de acero, sus pesadas espadas y sus flechas certeras. Ni te atrevas a tocar a mi mujer, Briseida.

Agamenón se rio.

—Yo mismo iré y me la llevaré de tu tienda. Y ya puedes tratar de detenerme, si es que te atreves. Soy yo quien ostenta el máximo poder. Me lo ha concedido el todopoderoso Zeus, al igual que tú has recibido tu fuerza. Nadie habrá de desafiarme, ni siquiera tú, aunque estés emparentado con los dioses; con alguno de ellos, en todo caso, pues tu madre dejaba la puerta abierta día y noche.

Los demás dirigentes contuvieron la respiración. ¿Cómo iba a terminar aquello? Aquiles llevó la mano a su espada de plata, pero recapacitó.

—Si te llevas a mi mujer, nunca más me verás luchar entre los griegos y es algo que lamentarás amargamente. Tienes la valentía de un cervatillo, envías a otros al campo de batalla mientras tú te quedas retozando en el jergón con tu mujer.

Agamenón se puso en pie.

—¡Márchate! Estabas esperando la oportunidad. Todos saben que eres buen guerrero, pero que tu cerebro no es más grande que el de un gallo.

Aquiles dio un paso adelante con la espada en la mano, cuando Néstor, el viejo dirigente de Pilos, de voz profunda y suave como la miel, se plantó en medio.

—Hemos perdido a mucha gente en esta abominable guerra, no vamos encima a matarnos los unos a los otros. Soy viejo y he visto más grandes guerras y héroes que vosotros. Pero hasta ellos escuchaban mis consejos.

Agamenón profesaba un gran respeto hacia Néstor.

—Tus palabras son sensatas y haré como dices. Aunque ese de ahí crea estar por encima de todos nosotros.

—Pero si yo no soy el que acata órdenes disparatadas. Es más, prometo no luchar por mi Briseida, ahora bien, que te parta un rayo si tocas algún otro de mis presentes —respondió rápidamente Aquiles.

Se apaciguó la tormenta.

Aquiles regresó con su gente a sus naves alquitranadas mientras Agamenón elegía a veinte hombres, bajo la dirección de Ulises, para llevar a Criseida de vuelta con su padre al templo de Apolo.

A continuación, envió a dos de sus hombres de confianza para que recogieran a Briseida en la tienda de Aquiles y, entretanto, sacrificó cien cabras y bueyes para sosegar al dios del sol. El espeso humo ennegrecía el cielo, los hombres se lavaban en el mar y se sentaban luego a comer las entrañas de los animales, a las que en realidad llamaban vísceras.

Los dos hombres que iban a recoger a Briseida avanzaban lentamente a la orilla del mar gris. No estaban contentos con su tarea. Estaban obligados a obedecer a su rey, pese a que aquella vez había ido demasiado lejos. La valentía de Aquiles era la única razón por la que los griegos no habían perdido esa guerra injusta.

Lo encontraron sentado junto a su nave alquitranada y se plantaron ante él sin atreverse a decir nada. Los recibió sin ira en el corazón, eran simples mensajeros, no era culpa suya. Su amigo y compañero de armas, Patroclo, trajo a Briseida, la joven que compartía cama

con Aquiles. Estaba claro que ella era su esclava y él, su señor, pero eran jóvenes y bellos y en sus corazones habían crecido un deseo y un cariño mutuos. Les dolía separarse. Eso cualquiera lo veía. Briseida arrastraba los pasos tras los dos hombres que la llevarían hasta el lecho de Agamenón.

Aquiles esperó un momento, luego trató de hacerse a un lado, lejos de las miradas y el llanto de sus hombres. No sólo porque Agamenón lo hubiera humillado sino también porque se había prendado de Briseida, con sus ojos oscuros como la noche y sus bellos pómulos. Escondió el rostro entre las manos y brotaron las lágrimas.

—Oh, madre, me alumbraste a una corta vida. A cambio, Zeus me prometió un gran honor. Joven sigo siendo, honorable ya no. Vilipendiado como un perro sin dueño y privado de mi mujer, cuyas caricias habrán de consolar ahora a mi peor enemigo. Ya nunca más podré cabalgar en mitad de la batalla y habré de ver cómo los troyanos masacran a los griegos sin poder mover ni un dedo hasta que Agamenón o sus mensajeros vengan y me rueguen de rodillas que los salve.

Eso dijo hasta quedarse dormido con peso en el corazón.

Eso mismo hubiéramos hecho también algunos de nosotros —quedarnos dormidos, quiero decir—, pero no todos. Mi compañera de juegos, Dimitra, tenía lágrimas en los ojos. Me acerqué más a ella. «¿Por qué lloras?», pregunté. «No sé», me respondió en voz baja. Era una respuesta sobre la que pensar y yo quería consolarla, pero no se me ocurría cómo. La Señorita aspiró una profunda bocanada de aire, fue hasta la ventana y miró detenidamente hacia el cielo.

—Hasta en el infierno hace a veces buen tiempo —sentenció, y nos mandó a casa.

Dimitra y yo caminamos juntos, como de costumbre. Era una buena oportunidad para retomar la cuestión. Era una de esas tardes en el pueblo en que el sol se inclinaba hacia las grandes montañas que había al oeste como un pastor fatigado sobre su bastón.

—¿Por qué estás tan triste? —le pregunté a Dimitra.

—¿Te acuerdas de Katerina?

Hablaba en voz queda, como si formulara una proposición indecente, y tenía lágrimas nuevas en los ojos.

Me acordaba.

Katerina era la belleza del pueblo. Alta y delgada como un ciprés. Jóvenes de toda la comarca venían para poder verla. Cuando los domingos iba a la iglesia y cruzaba la plaza, se hacía un silencio en toda conversación. Podía estar con quien quisiera, pero su corazón latía por un hombre al que no podía alcanzar, puesto que ya estaba casado. Eso no fue óbice para que él la dejara embarazada. El padre de Katerina no podía cargar con semejante vergüenza. Tampoco su madre. La llevaron engañada hasta un campo lejano y, tras atarla al tronco de un viejo castaño, el padre le dijo que no quería hacerlo pero que no le quedaba más remedio, también por el bien de sus tres hermanas. A ningún hombre se le ocurriría casarse con las hermanas de semejante ramera. Nadie podía cargar con semejante vergüenza. Y le asestó tres disparos en el corazón. Uno por cada hermana.

Se dirigieron a un gendarme y les contaron lo que habían hecho. Después, llegó el silencio. El silencio negro, largo y terco en el que se enterró a Katerina. Su amante emigró a América y su padre estuvo encarcelado un par de años porque se encontraron circunstancias atenuantes. Nadie mencionó el nombre de Katerina.

En realidad, no era difícil comprender por qué lloraba Dimitra. Pase lo que pase, al final siempre muere una mujer.

### III

Al día siguiente me desperté con el repiqueteo de la lluvia contra mi ventana. El corazón me brincaba en el pecho. La sequía había durado demasiado. La tierra tenía sed.

Camino de la escuela Dimitra dijo que quizás nuestro pueblo no fuera el más bonito del mundo, pero el olor de la tierra después de la lluvia era tan maravilloso que el mundo entero se sentía como una caricia.

La Señorita ya había ocupado su lugar detrás de su cátedra. Sobre la pizarra negra había escrito con bonita caligrafía:

*Ανάγκη και θεσί πείθονται.*

Es decir: También los dioses obedecen a la necesidad.

Sobre eso teníamos que escribir una breve redacción. No teníamos ganas. Queríamos oír la continuación de la historia sobre héroes y lunáticos.

La Señorita hizo como los dioses. Obedeció a la necesidad y prosiguió de buena gana:

Agamenón, satisfecho por haber enseñado a Aquiles una lección, durmió mucho mejor aquella noche. Hacia el amanecer, sus sueños eran tan vívidos que se levantó, se puso la túnica, empuñó la espada y salió.

Qué deleite para el alma ver esa primera aurora que hacía que las naves, recubiertas de cobre, fulguraran en la bahía como girasoles. Además, estaba convencido. El sueño era más que claro. Se trataba de una orden venida de lo más alto.

Sin demora, ordenó a sus heraldos que convocaran a los demás comandantes a un consejo en la tienda del viejo Néstor. No tardaron mucho en estar todos en sus puestos, inquietos y preocupados. ¿A qué venía aquella repentina llamada?

Una vez se sentaron y terminaron de cuchichear unos con otros, Agamenón tomó la palabra.

—¡Escuchadme, amigos! Esta noche, esta eterna noche, Zeus vino a mí. Se me presentó con tu rostro, Néstor, y con tu voz suave como la miel, aunque muy decidido. «¿Estás dormido, Agamenón?», me preguntó. «Tú, que eres hijo del gran domador de caballos, Atreo, y comandas a los aqueos, de largas cabelleras. (Así se llamaba por entonces a los griegos.) Preparaos inmediatamente para la batalla, pues Troya, con sus amplias calles, será ocupada ahora, su destino está sellado. Ninguna deidad te lo impedirá.» Quería preguntarle, quería asegurarme de que era él, de que no era ningún demonio maligno que se aprovechaba de mí en la desprotección de mi sueño, pero se había marchado. Preparemos, pues, a nuestros hombres para la última batalla. Pero, primero, quiero ponerlos a prueba.

Estoy en mi derecho.

Efectuó una pausa para ver si había objeciones, pero nadie dijo nada.

—Voy a sugerir a los hombres que huyan del campamento y vosotros, cada uno por vuestra cuenta, habréis de intentar que se queden.

Pero ¿qué ocurrencia era esa?

El viejo Néstor, que durante más tiempo que nadie había gobernado Pilos, con sus luminosas playas de arena, se puso en pie y habló, como de costumbre, con tranquilidad y consideración.

—Si cualquier otro nos hubiera venido con semejante propuesta y semejante prisa, sin duda la habríamos rechazado. Pero este no es el caso, puesto que quien habla es el más poderoso entre nosotros. Y por lo tanto os digo: ¡Ordenad a vuestros hombres que se preparen para la batalla!

Dicho eso, emprendió rumbo hacia la tienda donde estaban sus hombres. Los demás hicieron lo mismo, hombres majestuosos con cetros reales llamaban a los guerreros, que salían corriendo de sus tiendas y de sus naves como enjambres de abejas. Nueve heraldos hicieron falta para hacerlos callar y para que, así, pudieran escuchar aquello que Agamenón tenía que decirles. Dio un paso hacia delante con su cetro en la mano, que en realidad era el más hermoso de todos. El mismo Hefesto, lisiado dios de la artesanía y esposo de la diosa del amor, Afrodita, lo había forjado con una destreza incomparable.

—¡Escuchadme, amigos, valerosos guerreros y vasallos! El todopoderoso Zeus ya me engañó una vez haciéndome creer que la victoria en esta batalla era nuestra. Ahora su mensaje es otro. Me ordena regresar a casa inmediatamente y yo no puedo hacer otra cosa. Pero la vergüenza es grande y nuestros descendientes jamás habrán de comprender cómo no pudimos subyugar a los troyanos, que eran muchos menos que nosotros. Si ahora mismo se estableciera la paz y nos sentáramos a comer y a beber junto a ellos, y cada troyano tuviera a diez de los nuestros a su cargo, muchos de nosotros nos quedaríamos sin comida ni bebida. Uno de los suyos contra diez de los nuestros. Han pasado nueve largos años, las naves se nos están pudriendo y las anclas se nos están oxidando. Nuestras mujeres y nuestros hijos nos han estado esperando y ahora debemos regresar sin lograr aquello para lo que habíamos venido.

»Conque esto os digo y habéis de obedecerme.

»Navegaremos de vuelta a casa. Jamás caminaremos por las amplias calles troyanas.

Después de estas palabras, los hombres echaron a correr hacia sus tiendas y naves, con el polvo moviéndose en derredor y formando una nube encima de su morriña.

Ese día la guerra podría haber terminado.

Pero fue Ulises el primero en encargarse de que eso no sucediera. Tomó prestado el cetro de Agamenón, corrió de tienda en tienda y de nave en nave y exhortó a los hombres a que permanecieran, a que no se rindieran ahora que la victoria y la dulce hora de la venganza estaban cerca.

—Entiendo que todos echéis de menos vuestro hogar —dijo—, pero no volveremos a casa como unos perros cobardes de los que se avergüencen nuestras mujeres e hijos.

El viejo y sabio Néstor también intervino. Recordó a los hombres que Zeus les había prometido la victoria, pero no que fuera a ser fácil.

Néstor echó más leña al fuego:

—Os vengaréis por cada suspiro y cada gemido que la infiel Helena dejó oír a su amante. Yaceréis con las esposas de los troyanos en sus mullidas camas.

Tras haberlo escuchado, los hombres recobraron su espíritu de lucha. Bajo la tenue luz del final de la tarde veían las bellas murallas de Troya a lo lejos, sabían qué tesoros y qué placeres se escondían tras ellas. Además, todos querían ver a la mujer más hermosa del mundo: la bella Helena, más hermosa que todas sus fantasías.

Los aqueos se prepararon para la última batalla. Se habían congregado infantería y caballería venidas de Esparta y Micenas, Argos y Tebas, Chipre y Creta; en definitiva, de todos los rincones de la Hélade. El poderoso ejército avanzaba lento como el fuego sobre la hierba, e igual de peligroso.

Los centinelas troyanos, apostados sobre las altas colinas que rodeaban la ciudad, avistaron lo que venía de camino e hicieron sonar las alarmas. No había mucho tiempo para hablar y deliberar. El hijo del rey, Héctor, que comandaba la defensa de la ciudad, mandó abrir las puertas. Hombres, caballos y carros salieron a toda prisa. Tomaron sus puestos y aguardaron la tormenta, mientras ancianos y ancianas se retiraban para rogar a los dioses y se oía un murmullo como el de las cigarras en un olivar.

Llegados a ese punto, la Señorita efectuó una pausa y mi compañera de juegos, Dimitra, no pudo contenerse.

—Señorita, ¿por qué eran tan atroces los griegos? ¿Por qué abusaban de las esposas e hijas de los troyanos?

La Señorita gesticuló con las manos.

—No para disfrutar en el regazo de las mujeres sino para humillar a sus hombres. Así se hacía a veces y así se sigue haciendo. El cuerpo de la mujer es el campo sobre el que los hombres se pisan, unos a otros, el honor y la gloria.

—Tengo catorce años y mi cuerpo no es ningún campo. Yo soy mi cuerpo.

La Señorita la miró sorprendida.

—Espero que no lo olvides jamás —dijo.

La lluvia arreciaba. Caía como si el cielo fuera un arca que se nos estuviera vaciando encima. De repente, unos soldados alemanes irrumpieron en el patio de la escuela totalmente desnudos. Chillaban y correteaban, y sus penes, de piel clara, se columpiaban arriba y abajo y a los lados. También los alemanes habían ansiado la lluvia.

—Ya están jugando los niños —dijo la Señorita.

Aquello, en realidad, me daba igual. Lo único que yo quería era tocarla, allí donde estaba ella, con su largo y blanco cuello.

—¿Los está llamando niños, Señorita? —pregunté.

Su mirada se posó finalmente sobre la mía.

—Lamentablemente. Es lo que son —respondió.

Su respuesta fue la única caricia que recibí aquel día.

Había llegado la hora de irse a casa. Dimitra se detuvo de repente bajo la morera que había frente a su casa. A falta de nieve, cuando éramos pequeños solíamos restregarnos bayas maduras.

—Prométeme que jamás serás tan atroz —dijo.

—Te prometo que no volveré a restregarte más bayas.

Emitió un suspiro exagerado.

—Me refería a que no fueras tan atroz como los aqueos, ¡bien lo sabes!

Cuando pasamos por delante de la casa de la Señorita, logré vislumbrarla. Estaba frente a la ventana con los brazos cruzados, como si quisiera mantener el corazón en su sitio. Parecía pequeña y sola. A veces daba largos paseos por los campos y los olivares a paso rápido. Su falda negra ondeaba. Iba rápida como si fuera detrás de alguien o como si alguien fuera tras ella.

No se podía precisar cuál de las dos cosas.

## IV

Al día siguiente volvieron a sonar las sirenas, aunque un poco más tarde. Aquella vez, el batallón alemán estaba preparado y los cañones antiaéreos obligaron a los pilotos ingleses a mantenerse más arriba. Las bombas caían aleatoriamente y otra vez buscamos refugio en la gruta. Sin pensarlo, ocupamos los mismos puestos que la vez anterior. La Señorita nos miraba sonriente. Entrecerré el ojo izquierdo y fingí que su sonrisa iba dirigida sólo a mí. «Bueno, ¿con qué nos ponemos hoy?», preguntó para meterse con nosotros. Sabía exactamente lo que queríamos y prosiguió con la historia:

Los troyanos avanzaban gritando como grullas, un sonido capaz de atemorizar a cualquier corazón. Los aqueos, en cambio, caminaban en absoluto silencio, y ese silencio resultaba aún más aterrador.

Ambos ejércitos se movían rápido por la llanura, el polvo se arremolinaba, se veían unos a otros como a través de una niebla, pero un hombre avanzaba por delante de todos los demás troyanos a zancadas. Su aspecto era majestuoso, con una piel de pantera sobre el hombro, arco y espada. En la mano derecha blandía dos lanzas recubiertas de cobre y retaba a los principales guerreros aqueos a un duelo mortal. Era Paris, el hombre que había apartado a Helena de los brazos de su marido y de su hogar; Paris, que más que ningún otro era el responsable de esa abominable guerra.

Frente a todos los aqueos iba precisamente el esposo traicionado, Menelao, rey de Esparta. Sus largos cabellos y su larga barba le ocultaban todo el rostro, salvo los ojos. Se dirigió directamente hacia Paris con semejante decisión que este se volvió y buscó protección entre los suyos.

Héctor, el más destacado troyano y hermano de Paris, montó en cólera y regañó al cobarde mujeriego cuyo bello rostro había acarreado tantos males para la ciudad de Troya y para sus gentes.

—¿Acaso tienes miedo de encontrarte con el hombre cuya esposa has robado? ¿Qué clase de escoria eres? —gritó Héctor, y Paris lamentó su cobardía, no quería quedar en ridículo ante todos los troyanos y aqueos.

Se ofreció a encontrarse con Menelao y retarse a un duelo a muerte, pero sólo bajo la condición de que la guerra terminara independientemente de quién venciera. Ya no habría más muertos, ya no habría más viudas ni huérfanos, y Helena se iría con el vencedor.

Héctor y todos los demás troyanos convinieron en que era una buena propuesta.

También Menelao opinó que se trataba de una buena propuesta.

—Ya todos hemos sufrido bastante por algo que, en realidad, nos atañe sólo a Paris y a mí. Uno de nosotros dos ha de morir, pero todos vosotros deberíais establecer la paz lo antes posible. Permitidnos primero ofrecer un sacrificio a los dioses y ante ellos jurar que honraremos este acuerdo.

Así quedó decidido, y algunos hombres partieron en busca de animales que sacrificar, bueyes y ovejas. Ambos ejércitos clavaron las lanzas sobre el suelo seco y se sentaron, con el alma contenta por no tener que seguir luchando. El ruido se amortiguó. Tan sólo se oían algunas ovejas que, de alguna manera, intuían lo que las aguardaba y emitían balidos desgarradores.

En el palacio de Troya, Helena estaba intentando mitigar su desasosiego tejiendo una túnica púrpura cuando recibió una visita. Era una de las hermanas de Paris, la más bella, que le habló del inminente duelo que tendría lugar entre su antiguo marido y su amante.

—El vencedor se quedará contigo y todos los demás viviremos en paz —dijo.

Helena sintió de repente una punzada en el vientre que la hizo doblarse en dos.

—¿Estás embarazada? —preguntó su cuñada con alegría expectante.

Helena no estaba embarazada, pero sí grávida de añoranza por su antiguo marido y de imágenes de su ciudad, Esparta, y de sus amigas con sus cortos vestidos. Los ojos se le anegaron de lágrimas al pensar en los campos de olivos y de limoneros y en las claras y agitadas aguas del río. Había abandonado aquello por el amor que sentía hacia un desconocido, pero los recuerdos no la abandonaban a ella. En su corazón vivían una vida propia.

—No, no estoy embarazada —dijo.

Se puso un velo azul brillante y se encaminó hacia las murallas de la ciudad, desde donde podría ver la inminente lucha. No sabía bien qué deseaba en lo más profundo de su interior. Ser invisible, tal vez... la ensoñación más común del forastero. Sabía que todos fijarían su mirada en ella.

Se habían reunido muchas personas. El rumor de que Menelao y Paris se batirían en duelo atraía a todos los que no habían muerto en la batalla. Niños pequeños, mujeres, ancianos. Todos miraban a Helena y todos la culpaban, o eso creía ella. Era ella quien había traído consigo la desgracia y la muerte. Era ella el origen de todos los males.

Pero estaba equivocada. Los hombres se deleitaban con su belleza, sobre todo los ancianos que suspiraban profundamente, como si vieran pasar una primavera más, pero carecieran de fuerzas suficientes para seguirla.

En un saliente de las elevadas murallas estaba sentado Príamo con sus consejeros y uno de ellos le susurró que merecía la pena iniciar una guerra por semejante mujer, que sólo se muere una vez. El velo de Helena les permitía, pese a todo, imaginar sus turgentes senos y su piel suave como la seda.

Príamo la acogió como a una hija.

—Ven y siéntate aquí conmigo. Tu marido y mi hijo se batirán a muerte pronto. ¿Quién es su rival? ¿Es aquel que tiene la cabeza más alta que todos los demás o aquel que parece más bajo, pero de anchos hombros como un león?

—No, mi rey, el alto es Agamenón, soberano de muchas ciudades y numerosos guerreros. El otro es Ulises, cuya lengua es más afilada que su espada.

—¿Ves a tu antiguo marido por alguna parte?

—Sí, es aquel que permanece totalmente inmóvil, pero es sólo una ilusión. Es fuerte como un buey y rápido como un tigre. Quieto es cuando mayor peligro supone.

En la extensa llanura a los pies de las murallas se habían sacrificado ovejas y bueyes, y el humo ascendía directamente hacia el cielo, difícil de interpretar. Los dos contendientes avanzaron a zancadas. Paris y Menelao. Ahora se decidiría el final de la guerra y también en qué lecho se despertaría ella a la mañana siguiente. Helena estaba enamorada de Paris, pero al mismo tiempo echaba de menos a Menelao. Estaba a gusto en la ciudad de Paris, con sus bellas murallas y amplias calles, pero también amaba la Esparta de Menelao, carente de muros más allá de sus mujeres y sus hombres; adoraba el mar turquesa que se extendía frente a Troya, pero al mismo tiempo añoraba el río que cruzaba Esparta.

No podía elegir. Quería tenerlo todo. Y los dioses nunca dan todo a nadie. Eso lo sabía. Por eso cerró los ojos cuando los dos hombres empezaron a caminar despacio el uno hacia el otro con las lanzas en alto.

En la gruta reinaba el silencio, hasta tal punto que se podría oír hasta el pedo de una pulga.

—¿Cómo fue? —gritó Dimitra impaciente.

La Señorita sonrió.

—La próxima vez que vengan los aviones lo sabréis —dijo.

—Pensaré en ello toda la noche —dijo Dimitra, y a la Señorita se le escapó una risotada. Rara vez le pasaba y me sorprendí. Parecía como si no quisiera reír. Se tapó la boca con la mano, como si quisiera mantener la risa encerrada.

El cuello le transpiraba, pese a que no hacía nada de calor en la gruta. Las gotas de sudor parecían un collar de perlas. Se las enjugó con un pañuelo blanco que olía a limón.

Era hora de ir a casa.

La Señorita viajaría esa misma tarde a ver a una compañera y amiga en un pueblo cercano.

Esta vez, una bomba había impactado contra el viejo acueducto que habían levantado los romanos y contra el molino de viento que siempre había estado allí. Las velas estaban inmóviles, hechas jirones.

—Ahora el viento va a soplar en vano —dijo Dimitra.

## V

Al día siguiente los aviones no vinieron y la lección se iba a impartir como de costumbre. Visitar a su amiga la víspera había animado a la Señorita, que llevaba una pañoleta roja anudada al cuello. La hacía parecer una peonía. Intentó explicarnos qué entrañaba la sintaxis ática, pero toda la clase quería saber cómo había ido el duelo entre Menelao, el esposo traicionado, y Paris, el seductor.

La Señorita cedió, pero yo creo que ella también ansiaba continuar. Adoptó su semblante característico. Se cubrió la cara con las manos como si quisiera esconderse de nosotros para, justo después, retirarlas y reaparecer despacio como la luna detrás de las nubes:

Había llegado la hora. Troyanos y aqueos habían comido de los animales sacrificados hasta saciarse. No así los dos contendientes. Uno de ellos habría de morir. Se habían hecho a un lado, rodeados de sus hombres de confianza, que los aconsejaban y alentaban. «Paris sin su arco no vale nada», dijo Ulises. «Menelao es fuerte, pero lento. Tómalo por sorpresa», dijo Héctor a Paris.

Eso fue precisamente lo que ocurrió. Paris arrojó la lanza antes de que a Menelao le diera tiempo a tragar la saliva que tenía en la boca. El escudo, de buena factura, lo salvó, después de lo cual él mismo disparó su lanza con una fuerza descomunal. Esta atravesó el escudo de Paris y la afilada punta le practicó un leve rasguño. Menelao se abalanzó hacia delante de un brusco salto y trató de clavar la espada en el casco de Paris, adornado con crin de caballo. Entonces ocurrió algo sorprendente. La espada se partió en dos. Menelao no creía lo que veían sus ojos y, en lo que duró ese breve instante, Paris logró escapar. Menelao fue tras él, también los troyanos fueron tras él, pero conocido por sus veloces piernas ya se había marchado, camino de la ciudad y de su hogar.

También allí había buscado refugio Helena, que le reprochó con acritud su cobardía y haber alardeado de ser mejor que su esposo en todo, tanto en el campo del honor como en el lecho conyugal. Paris, desolado, se arrodilló ante ella y quiso explicarse. No, no era cobarde. Sencillamente se había dado cuenta de repente de que podía morir. Entonces se había apoderado de él un deseo tal que le había nublado el sentido. Quería que fuera suya como nunca antes, ni siquiera la primera vez que se habían acostado su atracción había sido tan fuerte. El cuerpo entero le temblaba. No quería morir como un héroe, ni de ninguna otra manera, sin haberla sujetado entre sus brazos una última vez.

Helena vio las lágrimas sobre sus mejillas, vio ese bello rostro que la había hecho abandonar su hogar, a su marido y a un hijo recién nacido y cubrirse, así, de desgracia y

vergüenza. Recordaba su primer abrazo como si fuera ayer. Habían cabalgado un día y una noche enteros sin cesar para alejarse de Esparta tanto como fuera posible. Durante la mañana del segundo día llegaron a una bahía desierta en el golfo de Corinto. Estaba saliendo el sol. Se apearon de los caballos y se lanzaron el uno sobre el otro con una seguridad que jamás volverían a experimentar. Las cosas habían sucedido así porque no habrían podido suceder de ninguna otra manera. Estaba destinada a desearlo. Aun cuando él mintiera, aun cuando no fuera el hombre que ella creía que era. Le perdonó su cobardía y lo acompañó a la alcoba.

Mientras yacían abrazados, la gente seguía buscando a Paris por todas partes en vano. Hasta los troyanos ayudaban, puesto que el final de la guerra les convenía más que la vida de Paris. Finalmente, Agamenón tomó la palabra.

—¡Escuchadme ahora, troyanos y aqueos! Es evidente que Paris ha abandonado la batalla y, por lo tanto, la victoria ha de recaer en Menelao. Conozco a mi hermano. Una victoria así le resulta amarga. Pero es una victoria. Y eso significa que Helena habrá de regresar a él con todos los tesoros que se llevó de casa, y que se habrán de pagar unas reparaciones de guerra justas. Después, navegaremos de vuelta a casa en nuestras cóncavas naves y la paz reinará entre nosotros tal y como hemos prometido ante los dioses con sacrificios y juramentos.

Los hombres estaban cansados de la guerra y prorrumpieron en vítores.

Pero los dioses no estaban complacidos. Tampoco Menelao. Quería ver a Paris yacer muerto sobre la tierra seca, quería ver cómo la tierra se teñía de sangre, quería que todos lo presenciaran y recordar que no hay impunidad para quien roba la esposa a otro hombre.

Un poco apartado, Menelao meditaba iracundo, cuando de pronto sintió un dolor punzante en el estómago. Una flecha negra le había atravesado la cuera y el cinturón. La sangre le brotaba de la herida. Agamenón fue corriendo hasta su hermano herido.

—Los troyanos han roto la tregua. Esto les costará caro, pero primero hemos de ocuparnos de la herida —dijo. Al final, resultó que no era tan grave como habían temido.

Justo a continuación, los aqueos irrumpieron en el campo, profundamente resentidos por el engaño de los troyanos. Estos se sorprendieron, pues no sabían nada de la flecha que había herido a Menelao. Tardaron un buen rato en poder ofrecer resistencia. Además, les faltaba su comandante, Héctor, que como creía que imperaba la tregua se había marchado para encontrarse con su esposa y su hijo recién nacido.

Héctor quiso correr de vuelta al campo de batalla. Andrómaca, su esposa, le rogó que se quedara donde estaba, que no la dejara a ella viuda ni huérfano a su hijo.

—Si te pierdo a ti, lo pierdo todo —dijo Andrómaca, y era verdad. Su padre y sus hermanos habían perecido en diversas guerras, su madre y sus hermanas servían como esclavas. Ella era la única libre y amada. Andrómaca colocó al niño sobre el regazo de su padre, pero el casco decorado con crin de caballo asustó al pequeño, que se echó a llorar. Entonces Héctor se quitó el casco, tranquilizó al niño y acarició suavemente a su esposa en la mejilla. Ella le sonrió con los ojos anegados por las lágrimas.

—Amor mío, no estés triste. Nadie va a matarme antes de que me llegue la hora. Pero sé que la hora nos llega a todos por igual, tanto a cobardes como a valientes. Hasta entonces he de proteger nuestra ciudad y nuestra libertad. Nada me dolería tanto como que acabaras siendo esclava en la cama de alguno de ellos. Así que ahora ve a casa con

nuestro hijo y déjame cumplir con mi deber —dijo Héctor.

Andrómaca lo sujetó con firmeza y el calor de su cuerpo hizo dudar a Héctor durante uno o dos segundos, pero se liberó de su abrazo con gran pena y ternura y emprendió rumbo a su destino. Justo después, Paris hizo lo mismo, como un perro con el rabo entre las piernas y decidido a demostrar que era mejor hombre de lo que había sido.

Los troyanos perdieron a muchos buenos guerreros en la vorágine de las primeras horas, pero cuando Héctor y Paris aparecieron, sus fuerzas se vieron renovadas y también ellos acabaron con muchos aqueos. La batalla se prolongó todo el día. Numerosos hombres valientes de ambos bandos sufrieron la muerte negra, los heridos gemían de dolor, los caballos que habían perdido a sus jinetes galopaban aterrados entre la gente de a pie y provocaban un miedo y un daño aún mayores.

El sol ya apenas alumbraba y se acercaba la noche cuando Héctor alzó su larga lanza. Con esa señal ordenaba a sus hombres que dejaran de luchar. Lo mismo hizo Agamenón y los dos ejércitos se quedaron a escasos metros, ensangrentados, exhaustos, afligidos. Ambos habían perdido a algunos de sus mejores guerreros y amigos.

Fue entonces cuando a Héctor se le ocurrió una idea.

—Escuchad ahora, troyanos y aqueos, esto que me pesa en el corazón. Rompimos el acuerdo al que llegamos esta mañana. Sugiero que lo volvamos a sopesar. Así son las cosas: o tomáis nuestra ciudad y nosotros somos derrotados, o vencemos nosotros y vosotros sois derrotados. Aquí están los mejores hombres de la Hélade. Elegid al mejor de los vuestros para que luche contra mí, hombre contra hombre. Si mi rival me mata, puede llevarse mi armadura a su nave, pero mi cadáver se entregará a los troyanos y sus esposas habrán de quemarlo en piras. Y si yo, con la ayuda del dios del sol, tumbo a mi adversario, entonces me llevaré su armadura y la colgaré en el templo sagrado, pero su cuerpo se os entregará para que lo enterréis. No dudéis en erigir una estatua suya junto al Helesponto para que todos los que naveguen por allí puedan verla, y escribid que aquel hombre, valeroso como era, murió en manos del fulgurante Héctor, de modo que mi nombre viva eternamente.

Tras las palabras de Héctor se hizo un silencio frío como un viento del norte. Muchos aqueos se avergonzaban de no atreverse a aceptar el desafío y Menelao, herido, no pudo contenerse.

—Parecéis niñas —los injurió Menelao, y comenzó a ponerse la armadura para ir al encuentro de Héctor. Era una auténtica locura y todos lo sabían. Agamenón lo hizo entrar en razón.

—Has perdido la cabeza, hermano, no puedes ir al encuentro de un guerrero tan superior como Héctor ahora que estás herido. —Menelao recobró la cordura y volvió a sentarse.

También el viejo Néstor alardeó de que, si los años no le pesaran tanto, de buena gana acudiría al encuentro de Héctor. Esto surtió efecto. Nueve reyes y el comandante Agamenón se ofrecieron como voluntarios. Pero sólo se necesitaba uno, que se eligió con ayuda del azar.

Resultó ser Áyax, rey de Salamina, que había navegado hasta Troya con doce naves. Era un hombre alto y apuesto, de ademanes suaves pero un león en la batalla. Incluso Héctor palideció cuando Áyax se plantó ante él con un escudo fabricado con la piel de

siete bueyes y recubierto con una lámina de bronce, y con la lanza más larga que jamás había visto.

Como dictaba la costumbre, intercambiaron insultos a modo de calentamiento.

—Te crees grande y poderoso, Áyax. Pero lo que yo veo ante mí es una basura con patas y un gran escudo —dijo Héctor.

—Tírate un gas mientras puedas —respondió Áyax modestamente y levantó su brazo armado.

—Aún no ha nacido ningún aqueo que pueda conmigo —bufó Héctor y arrojó su lanza. Zumbó en el aire más rápida que un destello, no había manera de esquivarla, y perforó la lámina de bronce del escudo y las seis pieles de buey, pero no la séptima y última, que estaba reforzada con hilos de plata.

Áyax corrió mejor suerte. Su lanza resbaló por el escudo de Héctor y le rasgó el cuello. Le brotaba sangre de un rojo oscuro y los troyanos contenían la respiración mientras los aqueos cantaban victoria antes de tiempo. Héctor no estaba gravemente herido. Cogió una piedra y se la tiró a Áyax y este le arrojó una piedra aún más grande, que alcanzó a Héctor en la rodilla e hizo que se doblara de dolor. Áyax se abalanzó sobre él con su gran espada para ensartársela cuando, como por obra de un milagro, se interpusieron dos heraldos e interrumpieron la batalla, ya que se había hecho de noche y la noche ha de acatarse.

Ambos guerreros estaban satisfechos por haber sobrevivido, intercambiaron obsequios para demostrarse su mutuo aprecio y Héctor, que era el más elocuente de los dos, dijo que luchaban como maníacos, pero se despedían como amigos.

Héctor volvió a su casa, en Troya, donde su padre lo estaba esperando, al igual que su esposa, acompañada de otras mujeres con largos vestidos que arrastraban por el suelo.

Áyax fue celebrado como vencedor por sus compatriotas. Agamenón sacrificó un toro, que trocearon, asaron al espeto y comieron hasta saciarse.

A la mañana siguiente no se reanudó la batalla. Ambos bandos querían enterrar a sus muertos. Los troyanos lo hicieron sin cantos fúnebres, quemando sus cuerpos en piras en completo silencio.

Los aqueos, en cambio, lloraron las muertes con discursos y sacrificios, y guardaron las cenizas de los muertos para poder llevárselas consigo a casa, junto a sus esposas e hijos. Resultó también que ese mismo día llegaron varias naves mercantes procedentes de la isla de Lemnos con cientos de ánforas de vino, que trocaban por joyas, pieles de buey o esclavos.

También los troyanos compraron vino y esa noche apenas ningún guerrero se fue a dormir sobrio.

Así son las cosas. Amamos de manera distinta y lloramos las muertes de manera distinta.

La Señorita sacó su pañuelo con olor a limón y se secó el cuello y la nuca.

—Ahora creo que es mejor dejarlos dormir, que mañana será otro día —dijo.

—Eso no vale —gritó Dimitra.

De nada sirvió. Nos mandaron a casa.

Mi padre no bebía. Jamás lo había visto borracho.

—Somos nosotros los que bebemos vino. No el vino a nosotros —solía decir.

El padre de Dimitra, en cambio, no podía dejar de servirse *ouzo* o vino hasta que todas las botellas estuvieran vacías. Tampoco es que se pasara nunca de la raya, tan sólo se volvía muy locuaz y fanfarrón.

—Cuando mi padre bebe, es doblemente él. Ningún otro —dijo Dimitra.

No teníamos ganas de irnos a casa. Nos sentamos en el columpio que colgaba de la morera. Nos balanceamos despacio, adelante y atrás. Noté el muslo de Dimitra contra el mío y me sentí pletórico, pese a estar enamorado de la Señorita.

«Amamos de manera distinta y lloramos las muertes de manera distinta», había dicho ella.

«Puede», pensé yo.

Justo entonces apareció el padre de Dimitra.

—Uy, pero ¿qué tenemos aquí? Vaya tortolitos —dijo.

Dimitra enrojeció del todo. Su padre realmente parecía el doble de grande de lo que era. Sus gestos crecían en extensión y ocupaba la mitad del camino, meciéndose con las piernas.

—¿Qué te dije? —me susurró Dimitra.

Su padre se plantó ante mí y con cierto esfuerzo se puso serio, casi estricto.

—¡Ya sabes cuánto quiero a mi hija!

Aquello me pilló de improviso.

—Me lo puedo imaginar, señor P.

—Muy bien.

No dijo nada más. Siguió caminando hacia casa y Dimitra fue tras él, imitando su paso titubeante. Su coleta se mecía de un lado a otro. Antes de entrar, se giró hacia mí y sonrió. Qué guapa se había vuelto.

Se había hecho de noche. Del cielo cayó una estrella.

No tuve tiempo de pedir un deseo. De haberlo tenido, sabía qué habría pedido.

## VI

A la mañana siguiente mamá me despertó temprano. El abuelo —su padre— estaba enfermo, me dijo, lo cual no nos pilló por sorpresa. El abuelo había perdido peso recientemente, y no lograba comer, ni tampoco hablar ni bromear como antes.

—¿Está muy enfermo? —pregunté.

—Tiene ochenta y dos años —dijo mamá.

Eso quería decir que iba camino de reunirse con el Señor. Que el reino del Inframundo lo aguardaba.

La abuela opinaba lo mismo. Al abuelo le había llegado su hora.

El abuelo yacía sobre la vieja y chirriante cama de matrimonio.

—Pídele que te bendiga —susurró la abuela.

Me acerqué al abuelo muy despacio.

Él me sonrió y me guiñó un ojo.

—Creen que me voy a morir, pero no pienso hacerlo. Quiero ver cómo termina esta guerra.

Sonaba como de costumbre.

—El abuelo no se está muriendo —les dije a mamá y a la abuela.

Corrí a la escuela, donde la Señorita estaba preparada para continuar con el relato sobre la otra guerra, la que libraron troyanos y griegos, que por entonces se llamaban aqueos. Justo entonces, volvieron a oírse las sirenas y el estruendo de los aviones. Corrimos hasta la gruta justo cuando las bombas empezaban a caer.

La Señorita estaba, pese a todo, serena.

—Sigamos —dijo, y prosiguió:

Los aqueos se despertaron descansados a la mañana siguiente, comieron un poco de pan, bebieron un cuenco de vino y se prepararon para la batalla que los aguardaba. Lo mismo hicieron los troyanos. El sol apenas había salido cuando los ejércitos se abalanzaron unos contra otros en la extensa llanura. Escudo contra escudo, espada contra espada, lanza contra lanza. Algunos hombres rugían de alegría al derribar a su oponente, algunos hombres gritaban de dolor al ser derribados. El suelo se tiñó de rojo. Vistos desde un lugar muy lejano parecían un hormiguero, apenas unas líneas separaban un bando del otro.

Pero había un hombre que no podía pasar inadvertido. Era Héctor, que, con su lanza, de once codos de longitud —es decir, de más de cinco metros y medio— repartía muerte y

destrucción a diestro y siniestro. Nadie lograba acercársele. Los aqueos hirieron mortalmente a sus aurigas, primero a uno y luego a su suplente, pero Héctor continuó a pie, nada podía detener su avance. Cada vez más, empujaba a los aqueos hacia sus cóncavas naves.

La batalla podría haberse resuelto cuando, de pronto, el sol radiante dio paso al viento y la oscuridad. Cayó un buen aguacero. Héctor se vio obligado a interrumpir la lucha, pues ya no era capaz de distinguir entre amigos y enemigos. Esa repentina oscuridad fue lo que salvó a los aqueos. Se retiraron tras el muro de madera con que protegían sus naves y allí se quedaron, mohínos, apesadumbrados, sin esperanza.

Héctor dirigió unas palabras a sus hombres. Lamentó que esa noche súbita les hubiera impedido, de una vez por todas, vencer al enemigo y quemar sus naves. Pese a todo, se habían alzado con una gran victoria. La celebrarían, pero también se mantendrían vigilantes para que los aqueos no se acercaran a hurtadillas, amparados por la oscuridad.

Y así procedieron los troyanos. Soltaron a los sudorosos caballos de los carros y les dieron agua y comida. Fueron a buscar leña y encendieron grandes hogueras que alumbraban alrededor. Se limpiaron la sangre del cuerpo y de las armaduras en las aguas claras y frescas del río Janto. Entretanto, llegó la gente de la ciudad con bueyes, ovejas, pan y vino.

Pasaron la noche al raso, felices a la par que tristes. Pues casi todos habían perdido a alguien. Héctor pensaba en su hermano menor, que había muerto cuando lo alcanzó una flecha directa al corazón. La cabeza del joven colgaba como una amapola que carga con el peso de sus semillas bajo una lluvia primaveral.

Era una noche tranquila. Las hogueras ardían, los caballos descansaban junto a los carros y todos esperaban a que llegara la primera luz del alba.

Agamenón no logró descansar esa noche. La situación de su ejército era más que difícil. Nadie vigilaba las naves, las pérdidas tras la batalla de ese día eran grandes y echaba en falta a Aquiles, el mayor de todos sus guerreros. Qué impulsivo había sido. ¿Por qué tenía él que quedarse con la mujer de Aquiles? Se arrepentía profundamente. Algo había que hacer. Envío a sus heraldos para que despertaran a los demás dirigentes y uno por uno fueron hasta su tienda.

En primer lugar, acordaron constituir de inmediato una guardia para proteger las naves. Así lo hicieron. Sin embargo, la cuestión principal era cómo lograr que Aquiles se reincorporara a la batalla. Agamenón estaba dispuesto prácticamente a todo para complacerlo. Devolverle a Briseida, enviar grandes obsequios de oro y plata, nombrarlo regente de siete ciudades, entregarle a una de sus hijas como esposa.

Ulises, Áyax y Diomedes, que se consideraban amigos de Aquiles, aceptaron la tarea de ir a buscarlo. Los acompañó, asimismo, el viejo Fénix, que conocía a Aquiles desde que era niño.

Lo encontraron frente a su tienda, donde tocaba la lira y cantaba canciones heroicas para su amigo más cercano, Patroclo. Era como si la guerra no le incumbiera en absoluto y se alegró de ver a sus amigos, en especial al viejo Fénix, al que consideraba poco menos que un padre. Los invitó a carne, vino y pan y todo fue como antes. Pero no del todo. Rechazó bruscamente la invitación de Agamenón para que se reconciliaran.

—Me quitó a mi amada Briseida y ahora quiere devolvérmela y yo he de estar

agradecido.

—Juró ante Zeus que no se había acostado con ella —señaló Ulises para su conocimiento.

Aquiles no se dejó impresionar.

—Ese fornicador se acostaría hasta con mi perro sólo para escarmentarme. Siempre ha recibido más que de sobra, pero él quiere tenerlo todo. Puede intentarlo con los troyanos, pero no conmigo —sentenció.

Fénix trató de calmarlo.

—Sólo la muerte es inflexible, hijo mío. La gente inteligente, y tú lo eres, es flexible cuando hay razones de peso para serlo. Sólo tú puedes salvar a los aqueos de ser masacrados como ovejas, es tu deber ayudarlos, es lo que querría tu padre.

Fénix había sido como un padre para él. Había jugado con él cuando era pequeño, lo había consolado cuando se había hecho daño, e incluso le había enseñado a manejar su pequeño miembro para no hacerse pis sobre los pies. Aquiles quería a ese anciano, pero ya no era un niño pequeño.

—Mi deber es vivir mi vida y nada más —dijo.

Los mensajeros de Agamenón salieron de la tienda con un peso en el corazón. Fénix no los acompañó. El siervo de Aquiles le preparó un cómodo lugar donde dormir, con pieles de buey y sábanas limpias, y el anciano se quedó dormido casi al instante.

Patroclo se fue también a descansar junto a su mujer, Ifis, que había sido un regalo de Aquiles.

Este último no podía dormir. No estaba seguro de haber hecho lo correcto. ¿De veras estaba dispuesto a dejar que sus compatriotas perecieran bajo la lanza y la espada de Héctor? Era cierto que Agamenón se había comportado como un gobernante avaro, pero los demás no tenían la culpa. Además, sabía que esa no era toda la verdad. Echaba de menos a Briseida más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Sin ella, su cama le parecía un ataúd. No era una mujer fácil. Pese a ser su esclava, pese a ser de su propiedad, seguía siendo ella misma.

—Puedes partirme en pedazos y arrojárselos a los perros, pero no puedes ordenarme que te ame.

Fue lo primero que ella le dijo.

Se plantó ante él con su larga cabellera oscura y lo miró a los ojos sin temor. Él había saqueado su ciudad, donde su padre era sacerdote, había matado al hombre con quien iba a casarse y se la había llevado como esclava. Pero no era ninguna esclava. Y él lo vio. Vio la libertad en ese cuerpo largo y esbelto, en su valiente mirada y en su exquisito vestido. Comprendió lo que ella quería decir y, por primera vez, capituló ante una voluntad más firme que la suya.

Él la dejaba tranquila. Briseida era libre, pero no estaba ciega. Lo veía bañarse desnudo en el mar y jugar como un niño con su querido Patroclo; salía a su encuentro al caer la tarde cuando volvía a la tienda tras las batallas del día, cubierto de polvo y sangre, y le ofrecía vino mientras otras mujeres jóvenes lo limpiaban con lentos movimientos; las mismas mujeres que, más tarde, por la noche, trepaban hasta su cama. Iba creciendo en ella el deseo. Y una tarde dejó de oponerse y se acercó a él.

Resultó que él la había estado esperando.

No hubo más mujeres después de aquello. Briseida logró que el corazón de Aquiles, duro como el sílex, se abriera como un girasol ante la primera luz del día. La amaba. Agamenón se la había robado y la indignación le desbordaba el alma. ¡No y no! Agamenón ya podía ir librando aquella batalla sin contar con él.

Al mismo tiempo, sabía que su vida sería corta. Por eso su madre lo había vestido de niña cuando era pequeño, y lo había mantenido apartado del mundo cuando se había hecho mayor para que no participara en esa guerra. Su madre sabía que su gloria sería grande, pero también que encontraría la muerte. Y él también lo sabía, pero intentaba eludir su destino.

¿Acaso se puede?

En eso pensaba él y se mantuvo despierto hasta que Diomedia, una joven originaria de Lesbos que había raptado, trepó hasta él y le cantó una nana como si fuera un bebé.

Agamenón se mostró abatido cuando lo informaron acerca de la negativa de Aquiles. Se quedó callado y taciturno, pero Diomedes, uno de los mensajeros, lo consoló.

—Lucharemos sin Aquiles. Siempre ha sido un insolente y nuestra súplica no ha hecho más que empeorarlo todo. Lucharemos sin él y tú, Agamenón, serás mañana el más grande entre los grandes.

Esas palabras infundieron ánimos a todos los presentes, que ofrecieron vino a los dioses y se retiraron cada uno a su campamento para descansar. No así Agamenón. Le preocupaban las naves que estaban sin vigilar. Héctor fácilmente podía enviar a algunos hombres para que les prendieran fuego. Convocó de nuevo a sus comandantes y, a toda prisa, destacó una guardia compuesta por siete grupos de cincuenta hombres cada uno. Por su parte, Diomedes y Ulises se encargaron de hacer una incursión en el campamento de los troyanos para ver si tramaban algo.

Héctor pensó lo mismo. Envío a un voluntario al campamento de los aqueos para comprobar si las naves estaban vigiladas.

Así pues, en mitad de la noche, se encontraron tres hombres ataviados con pieles.

El troyano trató de salir corriendo, pero no fue tan rápido como creía. Le costó la vida.

Ulises y Diomedes entraron al campamento de los troyanos sin dificultad. Dormían en hileras, unos cerca de otros, con las lanzas clavadas en el suelo. Un poco más allá había dos caballos que despertaron su admiración. Jamás habían visto caballos tan grandes y tan blancos. Ulises se afanó en llevarlos consigo mientras, en completo silencio, Diomedes rebanó el cuello a doce hombres que dormían en las inmediaciones.

A su vuelta al campamento, fueron recibidos como héroes. Se limpiaron el polvo y el sudor y, especialmente, toda la sangre. Se colocaron en la dirección del viento para que se les secase la ropa. La brisa marina los calmó.

—¿Acaso hay algo más bello que el mar? —dijo Ulises, que había vivido toda su vida en su isla, Ítaca, por la que en ese preciso instante sentía una gran añoranza.

Estaba cansado de tanta masacre, y de tanta guerra. Matar hombres mientras dormían era una atrocidad. Pero habían traído consigo dos hermosos caballos. Celebraron ese éxito con comida y vino y sacrificios a los dioses.

En la gruta reinaba un silencio absoluto. La Señorita nos miró con una sonrisa cansada.

—Ya no puedo más por hoy. Ayer se me hizo tarde en casa de mi amiga —dijo.

Avanzó hasta la entrada de la gruta y miró hacia fuera. Se quedó ahí un momento, entre la luz que venía de fuera y la oscuridad que había dentro, y parecía como si en cualquier momento pudiera empezar a arder.

—Está todo tranquilo. Podéis ir a casa —dijo finalmente.

Una bomba había alcanzado la casa del zapatero, pero su familia y él habían logrado entrar en el sótano a tiempo y habían salido ilesos. Su mujer estaba fuera de sí de la desesperación, amenazaba al cielo con el puño en alto y profería improperios, mientras el zapatero intentaba tranquilizarla.

—Seguimos vivos. Lo demás se puede arreglar —decía él.

—Pero ¿y las gallinas? —decía ella.

La bomba había destruido también el gallinero.

En cambio, no había impactado contra el aeródromo ni contra los dos aviones alemanes que jamás despegaban a tiempo.

Un rato después, casi todo el pueblo se reunió en torno a la desdichada familia. Trajeron comida y ropa, y el alcalde les ofreció que se quedaran en su casa mientras lo necesitaran.

—No somos ratones. Somos personas —dijo él.

Debe haber algo especial en eso de ser persona, pensé yo, pero no sabía qué.

## VII

A la mañana siguiente me desperté con la melodía que mamá tarareaba en la cocina. No la había oído hacerlo desde que a papá se lo habían llevado los alemanes. Algo entendí. El abuelo no había muerto. Si no, mamá jamás canturrearía. Me quedé en la cama escuchando. Conocía la canción. Era, en realidad, un soniquete que todos cantaban en cualquier ocasión, a la mínima de cambio. En comidas festivas y cenas familiares, en pedidas de mano y en las bodas. Yo la había aprendido a tocar, de hecho, con la mandolina de papá. Me quedé en la cama tarareando muy bajito la segunda voz.

La muchacha agitó el almendro  
con sus pequeñas manos.  
Flores blancas le cubrieron la espalda  
y el cabello, y le llenaron el regazo.

Se las quité de la cabeza,  
la besé con ternura  
y con estas palabras  
le dije:

Tú, locuela, ¿por qué tanta prisa  
por cubrirte el cabello de canas?  
Ya llegarán.  
Y una anciana encorvada  
y con gafas serás y este día  
no lo podrás recordar.

Mamá tenía una voz bonita y un gran talento para ser feliz.  
Cuando entré en la cocina, confirmó lo que yo creía.  
—El abuelo está mejor.

Dimitra y yo corrimos hasta la escuela, donde la Señorita, con una pañoleta negra alrededor del tallo que era su cuello, ya estaba preparada para continuar:

El día ya clareaba y la luz se iba extendiendo despacio sobre los troyanos y aqueos,

todos ellos mortales y la mayoría temerosos por lo que los aguardaba. Pensaban en sus esposas, que estaban en casa, en sus hijos o en sus ancianos padres. ¿Acaso volverían a verlos algún día?

También había unos pocos que se alegraban. La batalla era su hábitat natural. El alto Áyax se puso su armadura: la greba de bronce, el arnés y el casco adornado de crines. En su hombro izquierdo enfundó la pesada espada en una vaina de plata y, por último, levantó el escudo, que le cubría el cuerpo entero y que sólo él era capaz de llevar. La cadena era de plata y en torno a ella se enroscaba una serpiente de tres cabezas. Su casco se mantenía en su sitio con cuatro láminas curvas. Con el tiempo, resultaría necesario.

Sus hombres estaban preparados junto a la fosa.

Hacia ellos caminaban los hombres de Héctor, encabezados por este último, con su escudo redondo, como si no tuviera nada que temer. Su nariz todavía guardaba el olor de su hijo, ese olor de los bebés sencillamente indescriptible, y el olor de Andrómaca, tan inconfundible como su cálido cuerpo. Podría reconocer ese olor entre otros mil. Tragó con fuerza y alzó la espada, listo para el ataque.

Los dos ejércitos se abalanzaron el uno contra el otro igual que las olas se abalanzan contra las rocas. Al principio, la batalla estaba igualada y ambos bandos perdieron numerosos hombres y caballos. Fue hacia la tarde cuando los aqueos lograron ventaja, en gran parte gracias al comandante en jefe, Agamenón, que batallaba como nadie y segaba a la gente como un labrador guadaña el trigo. No mostraba compasión alguna. Ni siquiera se detuvo cuando dos hombres jóvenes e inexpertos se arrodillaron y le rogaron por sus vidas. Matar por primera vez es difícil. Luego uno se acostumbra con rapidez.

El calor del sol iba en aumento. El polvo rojo de la tierra fértil cubría a muertos y heridos. Caballos aterrorizados galopaban arrastrando tras de sí a jinetes o aurigas muertos. Parte de los heridos de ambos bandos habían buscado refugio a la sombra de la higuera grande y solitaria en mitad del campo, pero también allí seguían dándose muerte unos a otros. Otros se arrastraban a cuatro patas en dirección a las aguas y al frescor del río. Se oían gritos de socorro y gemidos de dolor. Más y más hombres caían abatidos. Rebanaban con la espada, clavaban lanzas y dardos, arrojaban grandes piedras.

Agamenón era el principal matarife. Luchaba sobre todo con la lanza y se abría camino entre los cuerpos humanos segando todo lo que encontraba a su alrededor con una sed insaciable de sangre y más sangre.

Héctor se dio cuenta de que sus hombres no conseguían oponer resistencia. Les ordenó que se retiraran hacia la ciudad para buscar protección tras las bellas murallas. Pero la mayoría no logró llegar hasta allí, pues se vieron obligados a permanecer junto a las grandes puertas que hasta la fecha ningún atacante había conseguido volar. Eran tan antiguas como la ciudad y el imponente roble que arrojaba su sombra sobre ellas. Por eso se las conocía popularmente como «la puerta de las sombras».

Allí, y mientras sus allegados y seres queridos los animaban desde lo alto de la muralla a que no se rindieran, cambiaron las tornas. Los troyanos que habían emprendido la huida se detuvieron, prácticamente decididos a capear el temporal, que se acercaba más y más, sobre todo Agamenón, que parecía invencible. Dos jóvenes, dos hermanos, muy queridos por su padre y por su madre, trataron de detenerlo. Estuvieron cerca de conseguirlo, pues uno de los hermanos alcanzó a Agamenón con la lanza, que sin embargo

no llegó a atravesarle la carne. Agamenón lo golpeó en el casco, que se partió en pedazos, y con su pesada espada le partió el cráneo en dos y se le desparramaron los sesos. El otro hermano logró herir a Agamenón en el brazo, por debajo del codo, pero de nada le sirvió, pues acabó asesinado de un violento tajo en el cuello.

La sangre manaba de la herida, pero el comandante en jefe de los aqueos siguió batallando hasta que dejó de sangrar. Entonces llegó el dolor. Lo atravesó de tal manera que tuvo que llamar a su auriga para que lo llevara hasta las naves alquitranadas, donde se encontraba el médico del ejército. Al mismo tiempo, alentaba a sus hombres para que prosiguieran la batalla. Pero el día se había tornado a favor de los troyanos.

Cuando Agamenón abandonó el campo, el espíritu de lucha de sus hombres se hundió como una piedra en aceite: con cierta lentitud, pero se hundió. Héctor era un guerrero avezado y lo vio al instante. Se bajó del carro y blandió sus afiladas lanzas en un gesto de victoria.

—El mayor de los aqueos ya no está —gritó, y los troyanos recobraron la valentía e iniciaron el contraataque.

Incluso Paris apareció y causó grandes daños con su arco desde lo alto de la muralla.

A los aqueos les costaba oponer resistencia sin su dirigente. El ejército se convirtió en un pulpo: muchos brazos y ninguna cabeza. Ulises y Diomedes dieron un paso al frente y ocuparon el puesto de Agamenón, pero Paris avistó a este último y lo alcanzó en el pie y se puso tan contento que danzó desafiante.

Diomedes se burló de él.

—Acércate, marica, si te atreves, tú y tus trencitas.

Paris no era ni marica ni tonto. Ya había vuelto a apuntar, pero Ulises cubrió a su camarada herido con el escudo de manera que pudiera sacarse la flecha del pie. La sangre salía a borbotones y el dolor era insoportable. Pese a su fanfarronería, Diomedes tuvo que abandonar la batalla llevado por su auriga.

Ulises se quedó solo y sopesó la posibilidad de salir corriendo. Las piernas no le obedecían. «No están acostumbradas a huir», pensó, y rápidamente se vio acorralado por troyanos furibundos, como se ve rodeado un jabalí por perros rabiosos que —sin atreverse— de buena gana lo harían pedazos. La reputación y la pericia de Ulises con la lanza lo protegieron durante un rato, hasta que un par de hermanos temerarios lo retó. No eran troyanos, sino que habían llegado allí como aliados, aunque decididos a cubrirse de honor para la eternidad, ¿y qué honor podría medirse con el de abatir al astuto Ulises?

Esto no fue muy inteligente. Ulises hirió mortalmente a uno con la lanza, pero el dardo del otro le atravesó el escudo y se le clavó entre las costillas. El dolor era agudo y Ulises cayó arrodillado, al mismo tiempo que advertía que la herida no era mortal. También el atacante se dio cuenta y se giró para escapar, pero Ulises logró hincarle la lanza en la espalda de tal manera que la punta salió por el otro lado. El hombre siguió corriendo unos metros, para luego entregarse a la negra muerte. También Ulises tenía problemas. Tan sólo era cuestión de tiempo que sucumbiera, y gritó pidiendo socorro tan alto como pudo. Chilló tres veces y Menelao lo oyó pese al fragor de la batalla. Él y Áyax corrieron en su ayuda. Lo encontraron en su hora última, cuando sus fuerzas tocaban a su fin. Áyax cubrió con su enorme escudo a Menelao mientras este se llevaba a Ulises. Cuando hubo terminado, se cebó con los troyanos, acabó con todo aquello que se interponía en su

camino, hombres y caballos, y los demás huyeron atemorizados.

Héctor no sabía nada al respecto. Estaba en el otro flanco, cerca del río que algunos llamaban Escamandro y otros Janto. Causaba grandes daños y generaba aún más caos con su carro y sus lanzas. Los aqueos resistieron, sin embargo, hasta que Paris volvió a demostrar su pericia en el tiro con arco, al clavar una flecha de tres puntas en el hombro de Macaón, que no sólo era un guerrero de sobra capacitado sino también el médico del ejército. Si los troyanos se lo llevaban cautivo, supondría una pérdida muy grande. El viejo Néstor se lo llevó a su carro, que condujo con destreza hacia el campo.

Entretanto, Héctor se enteró de que la situación era mucho peor en el otro frente, donde Áyax había atrapado a los troyanos que habían emprendido la huida. Por eso, condujo a toda prisa hacia allí y su carro pasó por encima de muertos y heridos, y las ruedas y el bastidor se tiñeron de rojo. Esa visión hizo que les flaquearan las rodillas a los aqueos. Héctor se abalanzó contra ellos con lanza, dardo y espada, rebanó cabezas a diestro y siniestro y causó un gran caos. Pero evitó a Áyax y Áyax lo evitó a él. Por primera vez, Áyax sintió miedo, algo en su corazón lo obligaba a retroceder. Los troyanos lo vieron y se abalanzaron en masa contra él. Lo salvó su gran escudo, con sus siete pieles de buey, pero sobre todo el hecho de que los demás aqueos acudieran en su auxilio pese a que Paris había alcanzado a varios de ellos con sus envenenadas flechas.

Áyax temía que Héctor hiciera arder las naves. Eso no se podía permitir. Se quedó allí donde estaba y alentó a los demás a que hicieran lo mismo, y la amarga batalla prosiguió toda la tarde.

Entretanto, y para mantener a salvo a Macaón, el médico militar, el viejo Néstor lo condujo hasta su tienda a una velocidad vertiginosa. Los años lo habían debilitado, pero aún era capaz de conducir un carro mejor que la mayoría. Aquiles, que estaba en pie sobre la roda de proa de su nave, vio cómo los troyanos empujaban a los aqueos hacia el mar. Lo suyo habría sido preocuparse y compadecerse de ellos, pero la ira por la afrenta de Agamenón todavía le carcomía el corazón. Llamó a gritos a su amigo Patroclo, que estaba en su tienda. Con ese grito se desataría el destino de su amigo. Este salió de su tienda, siempre dispuesto a complacer a Aquiles.

—Los aqueos no tardarán en rodearnos y en implorarnos que los ayudemos —dijo Aquiles, y le pidió que fuera junto a Néstor para preguntarle si el herido que viajaba en el carro era Macaón, médico militar y descendiente del mismo Asclepio.

Patroclo los encontró en la tienda, mientras una muchacha de bellas trenzas les preparaba algo de beber y colocaba un plato con cebolla y pan sobre la mesa como refrigerio. Mezclaba el vino con queso de cabra rallado y maíz.

Néstor, que era amigo del padre de Patroclo, lo invitó a tomar asiento, pero este rechazó el ofrecimiento. Aquiles aguardaba sus noticias sobre cómo estaba Macaón.

Néstor era un hombre amable en circunstancias habituales, pero esa vez estalló ante él.

—¿Qué le importan a Aquiles nuestros esfuerzos y nuestras heridas? ¿A qué está esperando? ¿A que los troyanos hagan arder nuestras naves y nos sacrifiquen a todos, uno detrás de otro?

Patroclo lo escuchaba y se planteaba esas mismas preguntas. Néstor seguía bebiendo y se lamentaba de que ya no era joven, tras lo cual recordó sus hazañas de juventud, y la muchacha de las bellas trenzas le llenaba el cuenco y él continuaba bebiendo, más y más,

hasta que ya no hubo manera de detener su verborragia de anciano.

Patroclo escuchaba por educación y lanzaba miradas fugaces a la muchacha de las bellas trenzas. Finalmente, Néstor llegó a aquello que quería decir desde el principio.

—Recuerdo lo que te dijo tu padre antes de que subieras a bordo de la nave de Aquiles para navegar hacia Troya y hacia esta abominable guerra. «Acuérdate, hijo mío», te dijo, «de que puede que Aquiles sea de origen más noble, pero tú eres en todo caso mayor que él. Y él te escucha.»

»Eso te dijo él, y eso mismo te digo yo ahora. Habla con él. Quizás puedas hacerlo cambiar de parecer. Y si no es así, que te deje a ti participar en la batalla. Si además te presta su armadura y su gente, puede que los troyanos crean que eres él. Sus hombres están descansados, y podrían mandar con facilidad a los fatigados troyanos de vuelta a su ciudad, bien lejos de nuestras tiendas y nuestras naves.

Así habló el anciano y sembró las dudas y la preocupación en el alma de Patroclo. En su camino de vuelta a la tienda de Aquiles, se encontró con otro amigo que cojeaba hacia él. Llevaba una flecha firmemente clavada en el muslo. El sudor le recorría todo el cuerpo y la sangre le manaba de la herida. ¿Iba a ser ese el destino de todos los aqueos? ¿Morir en tierra extraña y convertirse en pasto de perros y buitres?

Aquel hombre herido no le infundió esperanza alguna.

—Todo está perdido —dijo—. Nuestros mejores hombres yacen muertos o heridos por culpa de dardos, lanzas, flechas y espadaos. No puedes ayudarlos. Pero sí puedes ayudarme a mí a sacarme la flecha.

Patroclo llevaba prisa camino de la tienda de Aquiles, pero no podía dejar a aquel hombre en semejante estado. Lo agarró por la cintura y lo ayudó a llegar hasta su tienda, donde extrajo la flecha con ayuda de un cuchillo. Limpió la herida con agua tibia y extendió espinos machacados sobre ella. Transcurrido un rato, la sangre dejó de brotar y el dolor remitió.

A escasa distancia, la batalla persistía encarnizada.

La Señorita tomó asiento.

—Tengo un hambre de lobo —dijo, y nos arrancó una carcajada.

La habíamos visto comer en la cafetería. Un gorrión comía más que ella. Se quedaba un buen rato mirando el plato hasta que tomaba el primer bocado con pánico en la mirada. Se lo llevaba a la boca como por casualidad, como si no le concerniera. Y nosotros nos reíamos de ella y ella no se lo tomaba a mal, sino que también se reía de sí misma.

Como de costumbre, Dimitra y yo caminamos juntos hacia casa.

—No me gusta ese Aquiles —dijo.

Lo cierto era que a mí tampoco me gustaba.

—Parece un engreído —dije yo.

Y no me quedé satisfecho con eso.

—Además, es un nombre raro. En la enciclopedia que tiene mi padre en casa leí que significa «aquel que padece angustia».

—¿De verdad?

—Sí.

Dimitra sacudió la cabeza y su coleta se balanceó al compás.

—Bueno, ya veremos qué se le ocurre —dijo ella.

En la plaza había gente en las cafeterías. También los soldados alemanes estaban sentados allí. Llevaban más de cuatro años en nuestro pueblo. Algunos de nosotros habíamos aprendido un poco de alemán, y algunos de los alemanes habían aprendido un poco de griego. Hasta mi madre había aprendido a decir *gute Nacht, mein Liebling*. Era una noche apacible y el aire olía a tomillo, orégano y *ouzo*.

—Podríamos ser felices, nosotros y ellos —dijo Dimitra como si hablara para sí.

Yo no podía ser feliz. Mi padre estaba lejos, mi madre lloraba por las noches. Mi amor secreto por la Señorita me quemaba en el pecho. Y, por eso, no dije nada.

Nos despedimos junto a la casa de Dimitra, bajo la morera, con una sensación incómoda de haber discutido, pese a que no había sido así. Yo no tenía ganas de ir a casa. Con la esperanza de vislumbrar a la Señorita, me desvié hasta su casa. Estaba un poco apartada, detrás del matadero. Trepé por un ciprés, desde el cual era prácticamente invisible. No había luz en ninguna de sus ventanas. Pero ella estaba, en todo caso, frente a una de ellas, cepillándose con parsimonia su negra cabellera.

Pasado un rato cerró la ventana. Era una pena que se encerrara a sí misma dentro y mayor pena aún que me dejara a mí fuera.

Me fui a casa. Mamá había preparado patatas con salsa de tomate. Comimos en silencio durante largo rato.

—Mamá, ¿tú crees que papá volverá?

Se encogió de hombros.

—¿Y adónde iba a ir si no? —dijo.

## VIII

Al día siguiente era domingo y no teníamos que ir a la escuela. Pero sí a la iglesia. Era obligatorio para todos los jóvenes. También los alemanes celebraban su misa dominical en el cuartel. La oficiaba el capitán, que según se rumoreaba era un ferviente católico. Yo no sabía bien en qué consistía aquello. Nosotros éramos ortodoxos.

Después de la misa, la gente se congregaba en la plaza. El capitán estaba sentado junto al alcalde. La Señorita estaba con ellos. De repente me dio por hacer una cosa. Me acerqué a su mesa, me disculpé por las molestias y le pregunté a la Señorita cuál era la diferencia entre católicos y ortodoxos. El alcalde levantó el brazo para propinarme un tirón de orejas por mi desfachatez, pero la Señorita lo tranquilizó.

—Los católicos creen en el Papa. Los ortodoxos, en Dios —dijo con descaro.

Después se inclinó para decirle algo al capitán que lo hizo reír a carcajadas. La Señorita hablaba alemán. Antes de la guerra había estudiado en Heidelberg.

Por la tarde, mamá y yo fuimos a hacer una visita.

El abuelo estaba mejor y me entretenía con historias de América, adonde había emigrado de joven. Pero no era capaz de vivir lejos del pueblo, y por eso había regresado.

—Esto es vida —dijo—. Y lo demás son tonterías.

—¿Has estado enamorado alguna vez, abuelo?

—Toda la vida, pero de mi pequeña Maria.

Maria era la abuela.

—Puede que a mí me pase lo mismo.

—Te entiendo. Dimitra es una buena anguila —dijo el abuelo, y tuvimos que cambiar de tema porque entraron mamá y la abuela y nos llamaron a la mesa.

—Ven a comer, viejo —le espetó la abuela, y él me guiñó el ojo y me dirigió una sonrisa burlona, como queriendo decir que estar enamorado era un infierno.

Comimos sopa de lentejas que la abuela había dejado a la lumbre durante más de ocho horas, y las duras legumbres se deshacían en la boca como si fueran moras. Mamá tomó una copa de *retsina* con la abuela y el abuelo y enseguida se achispó.

—Ay, amor mío, ¿dónde estarás ahora? —lanzó esas palabras al aire esperando que papá se encontrara en algún lugar.

—No llores, hija —dijo la abuela—, tu marido vive. Me lo dice el cuerpo.

Lo bueno de la gente que se emociona con facilidad es que es igual de fácil de consolar.

Mamá y yo volvimos a casa de la mano.

La oscuridad era profunda, pero liviana.

De alguna manera y sin razón aparente, estábamos contentos. Mamá también olía a limón, como la Señorita.

## IX

A la mañana siguiente, Dimitra y yo caminamos juntos a la escuela. Quería animarla, así que le conté que, según el abuelo, era «una buena anguila».

No se animó.

—Una anguila la serás tú —dijo.

La Señorita también estaba alegre aquel lunes por la mañana.

—No hace falta que os pregunte qué queréis hacer hoy, ¿no? —dijo, y prosiguió con su relato:

Mientras Patroclo cuidaba de su amigo herido, la batalla continuaba en el campo con una fuerza que no decaía. Héctor parecía invencible y sus hombres lo acompañaban como un enjambre de abejas a su reina. Los aqueos no cesaban de replegarse y la derrota se antojaba inevitable. Sólo quedaban dos obstáculos: en primer lugar, la profunda fosa que habían cavado los aqueos y, en segundo lugar, el elevado muro de madera que protegía sus naves. Héctor quería irrumpir en el campo de los aqueos, pero sus veloces caballos se negaban tanto a bajar por las turbias aguas de la fosa como a saltarla.

En ese momento, dio un paso al frente Polidamante, guerrero experimentado y también amigo de la infancia de Héctor. Señaló sin miedo que sería una locura bajar a la fosa con los caballos y carros. Si los aqueos iniciaban un contraataque, los troyanos caerían como ratones. Era más seguro dejar los caballos y los carros e ir a pie.

Héctor, que no sólo era valeroso sino también astuto, agradeció a Polidamante su consejo. Se apeó del carro y todos los demás hicieron lo mismo. A continuación, dividió a sus hombres en cinco filas, cada una de ellas encabezada por un comandante de confianza.

No obstante, siempre hay un loco temerario que ha de llamar la atención. Un dirigente llamado Asio tenía prisa por cubrirse de honor y gloria y se abalanzó desbocado, completamente solo. En un principio tuvo suerte. Los aqueos dejaban abierta una puerta en el muro de madera, por si alguno de los suyos se quedaba fuera. Asio condujo hasta allí y algunos de sus hombres lo acompañaron creyendo que no encontrarían resistencia alguna. Pero la puerta estaba vigilada por dos hombres, que se negaban a abrir paso, igual que un roble que resiste a los más violentos vientos gracias a sus extensas raíces.

Junto a la puerta se libró una batalla acalorada, y pronto se unieron refuerzos a ambos bandos. Los aqueos que estaban en lo alto del muro de madera arrojaban grandes piedras a los atacantes troyanos. Muchos fueron alcanzados, los cascos quedaban destruidos y los escudos, atravesados. Desde hacía diez años eran los aqueos quienes asediaban Troya. Ahora eran los troyanos quienes, de repente, los asediaban a ellos y eso los hizo luchar

con un fervor renovado. La necesidad de defenderse a uno mismo siempre es más fuerte que la sed de conquista.

Si alguien sabía esto mejor que nadie era precisamente Héctor, que con un contingente menor había mantenido a su ciudad a salvo durante diez años.

Todavía seguía al otro lado de la fosa sopesando si debía cruzar o dejarlo estar. Entonces, apareció de repente por la izquierda un pigargo negro que sobrevoló el campo de batalla con una presa en el pico. Era una larga serpiente, pero no estaba muerta. Se enroscó hacia arriba y picó al pájaro en la garganta y la pechuga varias veces hasta que dejó caer a su presa sobre el suelo, en mitad de los troyanos.

Jamás habían visto una serpiente así. Era de un rojo incandescente, como el fuego. Además, no los temía. Más bien al contrario. Irguió la cabeza y les lanzó una mirada infranqueable. Siguió reptando despacio hasta que desapareció bajo una zarzamora.

—Es una señal —dijo alguien.

—Pues claro que es una señal —dijo otro.

—Debemos llamar a un ornitomántico —sugirió un tercero.

Otra vez fue Polidamante, que se giró hacia Héctor.

—Todo el mundo sabe que un pájaro que llega volando desde la izquierda es portador de mala suerte. Los dioses nos están advirtiendo. Lo más inteligente que podemos hacer ahora es volvernos a casa y regocijarnos con aquello que ya hemos logrado.

Héctor había matado ya a muchos hombres, estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, lucía el aspecto de la propia muerte, pero su corazón seguía sediento de muerte.

—Estás hablando como una vieja timorata, mi querido Polidamante. ¿De verdad quieres que me preocupe porque un pájaro haya venido batiendo las alas?

—Es un mal presagio —dijo Polidamante.

Entonces Héctor pronunció las palabras que habrían de resonar tras él por los siglos de los siglos:

—Sólo hay un buen presagio: luchar por la patria.

El primero en enardecerse con esas palabras fue él mismo, y prosiguió:

—¡A aquel que se niegue a venir lo mataré yo mismo con mi propia lanza! —Y animó a sus hombres a participar en un último ataque decisivo.

Sus hombres lo obedecieron. Se lanzaron sobre el muro de madera como una impetuosa corriente de la montaña. Sus cascos adornados con crines fulguraban bajo la luz rojiza del atardecer e infundían temor a los aqueos, que querían escapar hacia las naves y lo habrían hecho de no haber sido porque el alto Áyax se lo impedía.

Se quedaron arrojando miles de piedras contra los atacantes, que hacían lo mismo. Era como si el cielo se hubiera partido y cayera a pedazos sobre los contendientes. Así de densa era la lluvia de piedras de los defensores contra los atacantes y viceversa.

Además, Héctor recibió un refuerzo inesperado. Sarpedón, uno de los príncipes licios, apareció con su redondo escudo de bronce y sus largas lanzas y emprendió la batalla como un león hambriento sobre bueyes que pasturan.

Fue él quien logró abrir paso a los demás. Héctor partió el candado del portón con una piedra pesada. Perecieron numerosos hombres de ambos bandos. Ahora los aqueos luchaban por su propia vida.

No había manera de detener a Héctor. Ni siquiera un dios podría pararlo cuando se abalanzaba con sus enormes lanzas y sus ojos negros como la noche.

Finalmente, los aqueos se rindieron y comenzaron a correr hacia sus rápidas naves con gran desorden. Pero Áyax de Salamina, el hijo de Telamón, jamás cedería ante un mortal que se hubiera alimentado de pan. Su tocayo Áyax, hijo de Oileo, el de la Lócrida, también seguía allí. El primero era grande y fuerte como un buey. El segundo era pequeño y rápido como una comadreja. El primero combatía con lanza y espada; el segundo, principalmente con el arco, y su escudo era tan ligero que no le impedía utilizar sus veloces piernas.

Ambos lograron infundir nuevos ánimos a los aqueos fugitivos, que se detenían y se colocaban hombro contra hombro para apoyarse los unos a los otros frente a la arremetida de Héctor y su gente.

No fue tan fácil como Héctor creía. Se defendió y perdió a algunos de sus mejores hombres por culpa de la lanza de uno de los de Áyax y del arco del otro, que casi nunca fallaba. Cualquier guerrero que descuidara por un segundo un pedazo de piel, por pequeño que fuera, era alcanzado al instante por sus flechas de tres puntas.

Por desgracia, Áyax el Menor también hizo gala de su impiedad. Le rebanó la cabeza a un hombre que estaba casado con una hermana de Héctor y la arrojó como si fuera una piedra contra los atacantes troyanos, que se detuvieron al ver el sangriento proyectil girando en el aire para caer finalmente a los pies de Héctor. Por un momento se apoderó de él el miedo, el muerto lo miraba con los ojos abiertos y desprovistos de luz y de vida. Su furia no tardó en avivarse como tampoco él en volver a atacar, aunque sin éxito e incurriendo en nuevas pérdidas.

Todavía peor les iba a los troyanos en el flanco izquierdo.

Habían corrido la desgracia de toparse con Idomeneo, el rey de Creta, y con sus lanzas bañadas en bronce y su impenetrable escudo.

Allí, muchos troyanos perdieron la vida y encontraron la negra muerte. Uno con la cabeza partida en dos, otro con una flecha de tres puntas en la entrepierna, un tercero con los intestinos saliéndosele del cuerpo.

Cada vez que ocurría esto, intentaban llevarse también la armadura de los muertos para guardarla como reserva, y la batalla por la armadura del fallecido y por el cadáver se volvía aún más amarga. Morían tantos hombres al proteger a los muertos como a los vivos.

Seguía la lucha hombre contra hombre, mataban y morían, se abalanzaban como ráfagas de viento y nadie pensaba rendirse. Hasta Menelao, herido, se levantó de su parihuela y participó en la batalla. A fin de cuentas, era por su honor por lo que luchaban y morían los aqueos. Era por el bien de Helena por lo que tantos habían abandonado sus hogares y familias. La herida le dolía, pero irguió su enorme lanza, salió de su tienda y los aqueos recobraron fuerzas al verlo.

También Héleno, hermano de Héctor e inigualable tirador de arco, vio venir a Menelao, igual que Menelao lo vio a él, y ambos hombres reaccionaron al mismo tiempo. Uno arrojó su lanza, el otro disparó su flecha. Ambos fueron alcanzados. La flecha alcanzó el pecho. La lanza alcanzó el brazo. La flecha rebotó, pero la lanza provocó daño y Héleno se vio obligado a retirarse con los suyos.

Menelao no tuvo tiempo de disfrutar de su pequeña victoria. En su lugar, tuvo que protegerse frente al siguiente hombre, un dirigente troyano al que ya conocía, que se

acercaba con pasos rápidos y decididos. Menelao disparó su lanza un poco antes de tiempo y falló, mientras que la del otro lo alcanzó en mitad del escudo, pero no lo atravesó y el asta se rompió.

Se quedaron, pues, el uno frente al otro, sudorosos y sin aliento. Menelao sacó su espada con remaches de plata y el otro un hacha de bronce, con la empuñadura de un olivo antiquísimo y dura como una piedra. El troyano golpeó primero y alcanzó a Menelao en mitad del casco. A Menelao se le nubló la vista, pero el hacha no había atravesado la superficie del casco. Su espada, en cambio, alcanzó a su contrincante en la frente, en el entrecejo, le destrozó el hueso frontal, los ojos se le salieron de las cuencas y cayeron al suelo como las canicas con las que juegan los niños y, justo después, se desplomó también el hombre.

Menelao apoyó el pie en su pecho, lo despojó de su armadura, se giró hacia los demás troyanos y pronunció un pequeño discurso alzado sobre el cadáver del hombre muerto a modo de podio.

—¡Oídmeme ahora, canallas! Sí, vosotros, que no sólo me habéis insultado a mí al robarme a mi esposa, sino que también habéis insultado las leyes de la hospitalidad. Creéis que podéis hacer arder nuestras naves y matarnos a todos. Pero por mucho que soñéis con ello, no va a ocurrir. Pues el dios todopoderoso, ese que congrega las nubes en el cielo, padre de todos nosotros, ya os ha favorecido bastante, pero vosotros jamás os saciáis. La gente suele saciarse. De sueño y de actos carnales, de baile y de cantos, pero vosotros de guerra jamás os saciáis.

Así habló Menelao cuando un dardo impactó contra su escudo. El joven que lo había lanzado volvió corriendo inmediatamente junto a sus compañeros, pero una flecha le tomó ventaja y lo alcanzó por detrás, le atravesó la vejiga y murió en brazos de sus camaradas.

Esta situación se prolongó todo el día. El fragor de la batalla se alzaba hasta el cielo. A ratos vitoreaban los troyanos y a ratos, los aqueos, pero ninguno de los dos bandos podía estar seguro de la victoria.

Héctor, consciente de que aquellos de los suyos que habían bajado junto a las naves se encontraban en peor tesitura, cabalgó por todo el campo de batalla para ayudarlos. Vio a muchos amigos suyos muertos cerca de las naves, otros estaban gravemente heridos y los llevaban de vuelta a la ciudad. Allí se encontró también con su hermano, Paris, el bello mujeriego que había seducido a Helena.

—¿Dónde están todos mis amigos? —gritó Héctor desesperado.

Aunque lo suyo eran las mujeres, Paris tampoco era mal guerrero. Pero era un guerrero sencillo, no un pastor de masas como Héctor, no un dirigente capaz de hacer que los hombres que huían se pusieran en pie, de convertir una derrota en victoria.

Héctor sí era capaz. Iba por delante de todos con su escudo redondo y su casco adornado con crines, que atemorizaba a los aqueos tanto como había atemorizado a su hijo pequeño. Los hombres iban tras él, igual que va una ola tras otra en un mar tempestuoso.

Los aqueos resistían igual que resisten las rocas ante las aguas furiosas, sobre todo cuando vieron volar en lo alto, a su derecha, un águila dorada, lo cual era muy buena señal. Ambos ejércitos prorrumpieron en estridentes gritos de guerra, vocearon insultos, Áyax se burló de Héctor por no apearse de su carro y Héctor dijo que Áyax era un pobre fanfarrón cuyo sebo pronto sería pasto de los perros, se enardecieron y se abalanzaron el

uno contra el otro, escudo contra escudo, espada contra espada, lanza contra lanza, y el tumulto llenaba el cielo que se extendía sobre ellos.

Pero en el interior de la ciudad, tras las bellas murallas, las mujeres lloraban al recibir los cuerpos lacerados de sus maridos. Madres y esposas y hermanas y, en mitad de ellas, Helena, la razón de aquella guerra.

—¿Quién querría intercambiarse conmigo y ponerse en mi lugar? —pensaba, y dispuesta estaba a cortarse el cabello, lastimar su hermoso pecho y rasgarse los muslos blancos como lirios con un afilado cuchillo, si acaso pudiera ser de alguna utilidad o consuelo.

Iba a perder o al padre de su hijo o a su amante, Esparta o Troya, su tierra o la de Paris.

Ganara quien ganara la guerra, ella siempre sería la derrotada.

A la Señorita se le quebró la voz. Algo en la garganta o en el corazón la hizo callar. Se dejó caer sobre la silla.

—Ya no puedo más por hoy —dijo.

Salí corriendo y le traje un vaso de agua.

Asintió en señal de agradecimiento. Yo me quedé frente a ella y esperé, al igual que el resto de nosotros, a que esos sorbos de agua surtieran efecto.

De repente sonrió burlona.

—Me dio tantísima pena Helena... pero ahora ya estoy bien otra vez. Podéis ir a casa —dijo.

Aquel día, Dimitra y yo no fuimos directamente a casa después de la escuela. Dimitra le había prometido a su madre que encendería las velas de la capilla a las afueras del pueblo y me preguntó si tenía ganas de acompañarla.

—¿De verdad crees en Dios? —le pregunté.

No respondió. Esperé un momento antes de repetir la pregunta.

Dimitra se detuvo y se plantó ante mí. Entonces vi que sus ojos brillaban como si estuviera a punto de llorar.

—Perdona, no quería molestarte.

Ella sonrió y aclaró que no era yo quien la molestaba, sino Dios.

Yo no tenía nada que decir al respecto, y esperé a que continuara.

Habíamos llegado al inhóspito camino que llevaba hasta la capilla. Desde allí oíamos la corriente de agua y el aroma de los lentiscos saturaba el aire.

—Creo en Dios. Sólo que no creo que sea benévolo ni sabio ni listo ni, en general, bueno. Me hace enfadar. ¿Por qué están aquí los alemanes? ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué soy una chica? Odio ser una chica. Voy a acabar como mi madre. Jamás estudiaré nada, me casaré con un borracho y me quedaré embarazada dos veces al año.

—Tampoco es tan terrible.

—No, todavía no.

Encendimos rápidamente las velas y nos sentamos en un banco a la entrada de la capilla. Todo el pueblo yacía a nuestros pies y, más allá, el fértil valle. El mundo resplandecía. También el cementerio, con todas sus cruces y esbeltos cipreses, parecía sereno. Sólo el aeródromo provisional y el depósito de gasolina estaban fuera de lugar, pero se podía deslizar la vista por

ellos, mirarlos sin verlos. Estaban allí, pero algún día ya no estarían. Eso lo sabíamos.

Dimitra se sentó a mi lado y respiró profundamente. La envolvía un suave aroma. Su cabello negro como el alquitrán era el único punto negro en el paisaje. No quería ser una chica, pero era una chica y con preguntas complicadas.

—¿Crees en Dios? —preguntó.

Lo había pensado. Me atormentaba. No había escapatoria. Todos en el pueblo eran creyentes o fingían serlo. Todos se persignaban al pasar delante de una iglesia. Todos iban a misa los domingos. Pero yo no era creyente.

—¡No! No creo en Dios.

—¿No crees en nada?

Eso era más fácil de responder.

—Sí, creo en ti. Creo en la Señorita. Creo en mis padres. Creo en las personas, sencillamente. Algunas son tontas, otras son malas, pero no hay otra cosa en la que creer.

Coloqué cuidadosamente las manos sobre sus hombros y ella no se movió.

—Me gustas —dije—. Aunque seas una chica.

Ella se giró y me miró sorprendida. Después se echó a reír un buen rato, hasta que se le saltaron las lágrimas.

Yo no entendía por qué se reía.

## X

Por entonces ya se había vuelto una costumbre. Incluso quienes, en un principio, se mostraron reticentes o indiferentes habían capitulado. No éramos muchos, siete en total. Nos estábamos convirtiendo en una especie de pueblo dentro del pueblo, que ya nos había apodado «Los siete fieles». Todas las mañanas aguardábamos a que la Señorita prosiguiera con su relato, y ella no nos decepcionaba. Llegaba a la escuela antes que nosotros y nos esperaba con los ojos brillantes, como si fuéramos a celebrar su santo.

¿Estábamos todos enamorados de ella? Eso yo no lo sabía. Pero yo sí lo estaba y cada mañana me despertaba muerto de miedo por si ella ya no estaba allí, por si se había vuelto a casa. Era un milagro verla. No se puede decir de ninguna otra manera. Era un milagro.

Aquella mañana no fue ninguna excepción. Y prosiguió:

El viejo rey Néstor, cuyo nombre permanece vivo en varios idiomas para denotar la sabiduría de la edad, estaba sentado en su tienda, bebía vino y charlaba con el médico militar herido, mientras el fragor del campo de batalla se aproximaba cada vez más. ¿Qué ocurría? ¿Estarían expulsando a los aqueos por mar?

—Siéntate aquí y descansa. Te aconsejo que te des un baño caliente. Puede que lo necesites —dijo a su amigo.

Él, por su parte, cogió un escudo revestido de bronce y una buena lanza afilada y salió.

La derrota estaba cerca. Los aqueos ya no eran capaces de resistir ante los troyanos, seguros como estaban estos de la victoria. A Néstor se le consideraba igual a los dioses en sabiduría. Pero ¿cómo podía su sabiduría ayudar ahora a sus compatriotas? ¿Debería sumarse él a la batalla? Era viejo y estaba cansado. Cualquier novato troyano podría acabar con él. Se decidió a visitar al comandante en jefe, Agamenón. Quizás no supiera lo que ocurría, puesto que lo habían herido y se había visto obligado a retirarse de la batalla. Pero no descansaba, sino que se encontraba en la playa junto a Diomedes y Ulises —que también estaban heridos— y seguía la lucha con creciente desesperación.

Todo era culpa suya. Jamás debería haber ultrajado a Aquiles.

—Todos los aqueos deben odiarme ahora —dijo—. A Héctor poco le falta para prender fuego a nuestras naves y aniquilarnos. ¿Qué vamos a hacer? Dímelo tú, que en sabiduría no tienes rival.

—La batalla aún no está decidida —respondió Néstor—. Los aqueos todavía luchan y aguantan. Y vosotros tres estáis heridos. No podéis luchar. Sencillamente, se nos tiene que ocurrir otra cosa.

Entonces Agamenón explicó su plan. Era sencillo. Proteger las naves a cualquier precio y huir cuando cayera la noche y cesaran las batallas.

Ulises era, en circunstancias habituales, un hombre que elegía con esmero sus palabras. Además, a menudo quería decir una cosa distinta a lo que decía, pero esa vez olvidó su habilidad. Estalló contra Agamenón.

—¡Palurdo! ¡Abres la boca y salen sapos de ella, como si fuera una ciénaga! No eres digno de dar órdenes a esos hombres que desde niños han aprendido a soportar los horrores de la guerra. Piensas en desaparecer en mitad de la noche como una rata de una nave que zozobra y te olvidas de que vinimos aquí para conquistar Troya, la de amplias calles, y que llevamos casi diez años padeciendo lo indecible por ello. Cállate, porque así no habla un rey, alguien que ha recibido su cetro de los dioses y que reina sobre todos los aqueos. Tu plan, además de cobarde, es una bobada. Si los hombres que están ahí fuera se enteran de que pensamos huir, van a perder las ganas de luchar, van a empezar a pensar en la esposa que los espera en casa, y en las sábanas recién lavadas en la cama.

Néstor palideció. Agamenón, que era conocido por su temperamento vehemente, iba a acabar en un momento con Ulises. Menuda fue su sorpresa cuando el gran rey se quedó callado con la cabeza gacha y sin decir nada.

—Entiendo lo que dices, Ulises, y me apena hasta lo más profundo de mi corazón. Tienes razón. No puedo ordenar a los aqueos que echen a correr. Ni ellos ni yo podríamos sobrevivir a semejante vergüenza. ¿Alguna otra sugerencia?

Diomedes, que era el más joven, y por eso no había intervenido, pidió permiso para expresar su opinión.

—Nuestra situación no es ideal. Los tres estamos heridos y el ejército carece de liderazgo. Creo que deberíamos hacernos ver, y aunque no podamos participar en la batalla podemos estar junto a nuestros hombres e infundirles valor.

Era una buena idea y se pusieron en marcha al instante. Agamenón iba a la cabeza pensando en que Aquiles estaría contento ahora que los aqueos iban a morir o a huir. No se las arreglaban sin él. «Allí estará, sentado, bebiendo vino dulce de Lesbos mientras espera que me arrastre hasta él para rogarle ayuda. No pienso darle semejante alegría.»

En eso pensaba Agamenón, cada vez más furibundo, hasta que aquello le oprimió el pecho y no pudo respirar. Entonces gritó, no tan alto como pudo, sino más todavía. Todo su cuerpo se convirtió en un clamor de guerra.

El ejército lo oyó y se lanzó de nuevo a la batalla.

Incluso la gente que estaba en la ciudad lo oyó. Helena reconoció la voz de Agamenón, que a fin de cuentas estaba casado con su hermana. «Estamos perdidos, —pensó Helena—. Cuando grita así, nada ni nadie puede detenerlo. Sacrificó a su querida hija para que soplara un viento favorable. No va a dejar con vida ni a uno de nosotros.»

Eso pensaba también el ejército troyano, que continuaba la lucha con la mejor motivación de todas: evitar la muerte.

La batalla se encarnizó aún más, pues los aqueos debían salvar sus naves para poder volver a casa y los troyanos debían destruirlas para salvar su ciudad, de bellas murallas y amplias calles. Lucharon cerca de la orilla y las olas rompían contra ellos. El ruido del metal batiendo contra el metal ascendía hasta el cielo mientras el grito de guerra de los hombres se oía cada vez más fuerte.

Héctor, que estaba en primera línea, fue el primero en lanzar su dardo contra Áyax, el hijo de Telamón, e impactó en mitad de su escudo. Áyax dio un paso atrás, pero tan sólo se tambaleó y a continuación levantó una gran piedra, que tiró con todas sus fuerzas contra Héctor, al que alcanzó en el cuello y que dio un par de vueltas hasta caer al suelo. Soltó la lanza, la pesada armadura le impedía moverse. Varios aqueos se abalanzaron para acabar con él, arrojaron lanzas y dardos, pero sin éxito. Al mismo tiempo, algunos de los mejores troyanos se apresuraron, lo rodearon con sus escudos y no cejaron hasta que lograron llevarlo a su carro de veloces caballos.

Cuando llegaron al vado del río Janto se detuvieron un momento y lo lavaron. Eso lo despertó y se arrodilló, pero vomitaba sangre y volvió a desvanecerse.

Entonces comenzó la matanza. Los troyanos se desanimaron cuando sus flamantes adalides quedaron fuera de la batalla. Los aqueos, por su parte, dieron gracias a los dioses y recobraron fuerzas. La orilla estaba llena de cuerpos inertes y gravemente heridos. Áyax, el hijo de Telamón, avanzó con la lanza y la espada como si fuera una segadora, pero Áyax, el hijo de Oileo, con su arco mató aún a más soldados que huían.

Parecía que los aqueos habían vencido.

Pero aquello aún no había terminado.

Los compañeros de Héctor lo llevaron a casa, donde su esposa, Andrómaca, lo esperaba con su hijo pequeño en el regazo. Andrómaca se había visto en peores situaciones. Héctor estaba más turbado que maltrecho. Puede que fuera la primera vez que se topaba con un rival a su altura.

—¿Qué te pasa, amor mío? ¿Vas a quedarte tumbado en la cama mientras los aqueos irrumpen en la ciudad? ¿Vas a quedarte mirando cuando me fuercen y den de comer a los perros callejeros con los delicados miembros de tu hijo?

Eran duras palabras y otro hombre se las habría tomado a mal, pero Héctor no. Estaba feliz y orgulloso de tener una mujer así.

—Siéntate aquí un momento —dijo—. Ya me encuentro mejor. Dentro de nada partiré otra vez.

Andrómaca se sentó, tomó su mano y se la llevó hasta la mejilla de su hijo.

Héctor no necesitaba más para volver a ser él mismo.

Había esquivado la muerte y algo había de significar eso. Se levantó, se puso el reluciente casco y volvió a ser Héctor. Con el mismo carro y los mismos caballos veloces que lo habían apartado de la batalla regresaba ahora a ella. Las palabras de su mujer eran más fuertes que las hierbas y plantas medicinales. Orgulloso y bello como un potro irrumpió en la llanura y sus hombres emitieron un grito de guerra aterrador y lo siguieron. Los aqueos no creían lo que veían sus ojos. Puede que sea inmortal, pensaban, o que algún dios lo proteja.

Si uno empieza a pensar eso, ya ha perdido. Con gran esfuerzo, un grupo elegido mantuvo filas, bien apretados unos contra otros, para resistir frente a Héctor, mientras la mayoría retrocedía hasta las naves. Pero no había manera de detenerlo.

—¡Vayamos a quemar sus naves! A aquel de nosotros que dude e intente huir habré de matarlo yo mismo y arrojaré su cuerpo a los perros —gritó Héctor, y estimuló a sus hombres, que lo obedecían, no sólo por el miedo que le tenían, sino también por las

indómitas ganas de venganza.

Se abalanzaron como un único cuerpo, decididos a conducir a los aqueos hasta el mar, y derribaron el muro de madera, igual que los niños derriban en sus juegos un castillo de arena. Nada podía detenerlos y nada podía detener a Héctor, que conducía su carro atravesando las líneas de los aqueos y causaba gran confusión y estragos aún mayores con sus lanzas revestidas de bronce.

Los aqueos cedieron. Se veían empujados más y más cerca de sus naves alquitranadas. El viejo rey Néstor alzó los brazos al cielo e invocó a los dioses, pero no cabía esperar que fuera a llegar ayuda alguna desde allí.

Mientras se libraba la batalla, Patroclo, el amigo más cercano de Aquiles, estaba con su compañero herido, le limpiaba la herida y le colocaba sobre ella hierbas medicinales. Se aterrorizó al ver a los troyanos acercarse a las naves. Aquello no podía ser. No podía esconderse sin prestar ayuda.

—Voy a ir corriendo hasta Aquiles y voy a pedirle que intervenga. Sé que está molesto porque se llevaron a Briseida y que no escucha a nadie, pero yo soy su mejor amigo, y puede que a mí sí me escuche.

Dicho eso, se puso en marcha. Entretanto, la batalla se recrudecía aún más. Los aqueos lograron resistir frente a los troyanos a escasa distancia de las naves, pero no pudieron enviarlos de vuelta, pese a que eran más numerosos. Por otra parte, los troyanos tampoco conseguían abrirse camino. Un primo de Héctor se acercó, en todo caso, con una antorcha en la mano y estaba dispuesto a prender fuego a una nave cuando Áyax, el hijo de Telamón, lo descubrió y le clavó la espada en el pecho, la antorcha se le cayó de la mano y él mismo cayó a continuación. Héctor lo vio y arrojó su brillante lanza contra Áyax, pero falló. El hombre que estaba a su lado, en cambio, recibió el impacto debajo de la oreja y cayó abatido sobre la fina arena. Y la batalla continuó. Desafiando la muerte, los troyanos irrumpieron hacia las naves empuñando antorchas y fueron víctimas de las lanzas, los dardos y las espadas de los aqueos y, sobre todo, de la lluvia de flechas que caía sobre ellos.

Ambos bandos perdieron a muchos buenos hombres. Nadie pensaba doblegarse. Quien viera el campo de batalla desde lejos quizás creyera que ambos ejércitos estaban danzando unos con otros. A ratos, Héctor y los suyos dirigían el baile y a ratos, Áyax y los suyos. Adelante y atrás como las olas del mar. Podía incluso parecer hermoso. Pero sólo a mucha distancia.

Ahí concluyó la Señorita por ese día. Parecía cansada, pero al mismo tiempo estaba más bella que de costumbre. Irradiaba una luz que yo no había visto antes. Ardía una llama en ella y Dimitra lo vio.

—Está enamorada —dijo.

Una esperanza desmedida hizo que mi corazón espumara como las olas del mar, pero no duró mucho. Le pregunté a Dimitra cómo podía saberlo y me respondió, evasiva, que todos lo sabían, pero yo insistí y entonces me dijo que se lo había oído decir a su madre.

—Pero ¿se sabe de quién? —me preguntaba yo.

—No —dijo Dimitra, que de pronto sentía cargo de conciencia por haberse ido de la lengua, y no quiso hablar más de todo aquel asunto.

Nos despedimos junto a la morera sin decir nada más.

—¿Qué te pasa? —fue lo primero que me dijo mamá nada más verme.

Siempre me lo notaba todo. Ya podía faltarme un solo vello en la cara, que ella se daría cuenta. Tampoco quería mentir, así que no le respondí y me marché a mi habitación, me tumbé en la cama y pensé en la Señorita. En cómo su cuello se erguía sobre su ropa como una violeta, y en sus manos, que movía sin cesar. ¿Quién la besaba en el cuello? ¿A quién acariciaba con esas manos?

En eso pensaba y las lágrimas corrían por mis mejillas.

## XI

A la mañana siguiente, esperé a Dimitra bajo la morera. Las flores blancas colgaban pesadas y yo era capaz de ver que ese año daría muchas moras. Había sido el bisabuelo paterno de Dimitra quien la había plantado por su rica y fresca sombra. También a mí me gustaría crear algo así. Algo que brindara una sombra rica y fresca durante mucho tiempo.

Dimitra se demoraba y yo estaba absorto en mis ensoñaciones cuando, por la espalda, me saltó encima y me cubrió los ojos con sus manos, que olían a lejía.

Así de sencillo es alegrar a alguien.

Me llevé sus manos a la boca y la mordí en la palma.

—¡No me hagas cosquillas! —dijo. Pero parecía gustarle.

La Señorita ya había ocupado su puesto:

Patroclo no podía, como dije ayer, quedarse quieto mirando cómo sus compatriotas luchaban por su vida. Corrió por el campo que los aqueos acababan de verse obligados a abandonar para proteger las naves. Vio a varios de sus amigos y compañeros que yacían muertos. Uno con un dardo clavado en el pecho, otro con una flecha en la garganta, otro decapitado o sin brazos ni piernas. De las heridas mortales de algunos seguía brotando lentamente la sangre. Algunos aún no habían dejado de respirar, sino que se retorcían por sus dolores atroces, pedían ayuda, gritaban su nombre cuando pasaba rápidamente cerca, pero él no podía hacer nada por ellos, salvo en un único caso. No podía pasar sin más por delante de su amigo de la infancia, Arión, que allí estaba, sin armadura, desnudo como una lombriz. Tenía la tripa abierta, las entrañas le colgaban hacia fuera contoneándose como serpientes.

No era el momento adecuado para recordar los días soleados de la infancia, no era el momento adecuado para recordar la risa de su amigo, no era el momento adecuado para aquello y, sin embargo, fue lo que se le pasó a Patroclo por la cabeza. Recordaba sus combates de lucha libre, muy parecidos a los actos del amor, sus juegos en las agitadas aguas del río.

—Ayúdame —gimió Arión—, ayúdame. —Y Patroclo sacó el puñal de asalto y lo clavó en el corazón de su amigo moribundo.

—Saludos a Aquiles —fue lo último que dijo Arión, y Patroclo ya no pudo contenerse. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas como una fuente que nace en la montaña.

Aquiles se sorprendió.

—¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que quiere que la lleven en brazos? Dime

qué pasa y no te guardes nada.

Entonces Patroclo le contó, sin rodeos, que los aqueos estaban cerca de la derrota. Muchos de los más destacados ya se contaban entre los muertos y heridos.

—Tienes que ayudarlos. Entiendo que estés enfadado y deseo que mi corazón no albergue jamás una furia como la tuya. Pero no puedes ser tan duro. No puedes dejar que los aqueos se hundan. Y si tú no puedes, si un juramento sagrado o una profecía te lo impiden, entonces déjame a mí que los ayude. Déjame llevar tu armadura. Los troyanos quizás crean que soy tú y les flaqueen las rodillas. Déjame también llevarme a algunos de los nuestros, a los belicosos mirmidones. Están descansados, a diferencia de nuestros rivales, que ahora han de estar extenuados.

¡Pobre Patroclo! No sabía lo que estaba pidiendo. Tampoco Aquiles lo sabía.

No había juramento ni profecía que lo detuvieran. Padecía horriblemente por culpa de la humillación que le había infligido Agamenón al robarle a su amada Briseida.

—¡Me trató como a un vagabundo infame!

Era cierto, pero eso no era todo. Echaba de menos a Briseida. Se acostaba con otras, pero ninguna de ellas podía ayudarlo con lo que más necesitaba: olvidar quién era y qué le deparaba el destino. Muchas esclavas cabían en su regazo, pero él sólo quería hallarse en uno: en el de Briseida. Ahora estaba lejos, en la tienda de Agamenón, a cuya cama subía por las noches.

No dijo nada de eso, y en su lugar habló de otra cosa. De la humillación, no de la añoranza. Pero no quería ser mezquino.

—Mi corazón no puede albergar este resentimiento eternamente. Había pensado esperar a que los troyanos amenazaran mis naves. Pero ahora que vienen como vienen las tupidas nubes en el cielo, y que las espumosas olas del mar les pisan los talones a nuestros compatriotas, ahora que toda Troya se ha reunido junto a las murallas y rompe en vítores, se me encoge el corazón. Deberían haber huido nada más ver mi casco. Ahora se abalanzan dispuestos a prender fuego a nuestras naves y a robarles a nuestros compatriotas aquello que más ansían: regresar a casa. Toma mi armadura y a mis belicosos hombres. Échalos de las naves, pero no más. No puedo hacerles creer a los aqueos que se las apañan sin mí. Intenta no entrar en la ciudad. Eso lo haremos tú y yo juntos. Juntos abriremos el orgulloso cerco de Troya.

Mientras los dos amigos estaban inmersos en esa conversación, Áyax luchaba a escasa distancia, exhausto. El sudor le caía por el casco, contra el cual ya habían impactado varias veces flechas, lanzas y hachas. Le pitaban los oídos y se le nublaba la vista. El brazo izquierdo se le había anquilosado de cargar con el escudo y sentía como si ya nunca más fuera a poder moverlo. Ya no le llegaba suficiente aire a los pulmones, pero no se rendía. Con su larga lanza mantenía a los troyanos a cierta distancia, pese a que eran muchos, pese a que eran hábiles y atacaban como avispas que se aglomeran furiosas sobre un mosto de uvas maduras.

Era evidente que no iba a poder seguir resistiendo todo el tiempo del mundo, sobre todo porque Héctor había roto el asta de su lanza con su pesada espada. No podía hacer otra cosa que retirarse rápidamente. Varios troyanos se abalanzaron al instante con antorchas en las manos y las arrojaron a la nave de Áyax, mientras que otros colocaron las suyas por debajo. Tan sólo unos segundos después la nave entera estaba ardiendo y el

viento que soplabla desde el mar alimentaba las brasas. Las altas llamas se izaban como velas.

Aquiles lo vio. Áyax era su amigo y su compañero de batalla. Exhortó a Patroclo a que se preparara y este lo hizo tan rápido como pudo. Se puso las grebas de plata, después el arnés, que relucía como lo hacen las estrellas en el cielo, y a continuación se colgó la espada al hombro, levantó el firme escudo y colocó el casco adornado con crines sobre su hermosa cabeza. Por último, eligió un par de lanzas que se le amoldaban bien a la mano, pero no la de Aquiles, puesto que no era capaz de levantarla.

Entretanto, el auriga de Aquiles, un fiel y valeroso acompañante, enganchó dos veloces caballos —Janto y Balio— al carro y al aún más veloz Pegaso como caballo de montar, por si hiciera falta.

Aquiles había navegado hasta Troya con cincuenta naves y en cada una de ellas había cincuenta guerreros cuidadosamente elegidos, dispuestos a acompañarlo hasta su último suspiro. Eran leales, pero también francos, y ya le habían manifestado sus quejas por que los hubiera apartado de la batalla.

—Tu madre debe de haberte amamantado con bilis en lugar de leche, a juzgar por lo resentido que estás sólo por una muchacha —le había dicho un gigante barbudo directamente a la cara.

Eso mismo les recordó también Aquiles cuando los exhortó a luchar.

—¡Ahora ha llegado el momento de demostrar que no sólo tenéis grande la boca! Los troyanos están aquí esperándoos.

Dicho eso, los hombres lo vitorearon. Formaron filas, apretados los unos contra los otros, hombro con hombro, el vuelo de un petirrojo que acabara de romper su cascarón apenas podría haber atravesado sus líneas. Frente a ellos, Patroclo y su auriga ocuparon sus posiciones, las más peligrosas, las más expuestas y las más honorables.

Aquiles observó a su amigo, con su armadura prestada. «Podría ser yo», pensó, y en silencio pidió a los dioses que protegieran a Patroclo, lo cubrieran de honor en el campo de batalla y le permitieran regresar sano y salvo. Después se plantó a la entrada de su tienda, que estaba en un alto y ofrecía unas vistas extraordinarias.

Los mirmidones eran una estirpe singular. Procedían, como su propio nombre indica, de las hormigas. El todopoderoso Zeus las había convertido en personas para que le hicieran compañía a un hijo bastardo suyo, que su esposa Hera había relegado a una isla desierta. Los mirmidones también luchaban como hormigas, muy cerca unos de otros, de manera que el escudo de uno cubría incluso el brazo descubierto con que otro arrojaba su arma, que era el blanco predilecto de los arqueros. Jamás habían perdido una batalla y con Aquiles a la cabeza eran temidos por todos. Verlos venir con sus pasos cortos y rápidos, y con sus escudos parduzcos unos pegados a otros, era algo a lo que pocos se sobreponían sin temblar de pánico.

Patroclo iba en cabeza y los exhortaba a que honraran a su querido y ausente comandante, a que le regalaran otra fulgurante victoria y protegieran a los aqueos de la destrucción, y los hombres obedecían más que dispuestos. Marchaban hacia delante como una oscura nube cuya gran sombra cae pesada sobre un campo de cereal.

Los troyanos no se quedaban atrás en valor, si bien temblaron al descubrir de repente que Aquiles iba en cabeza, aunque en realidad no era él.

Por aquel entonces las cosas funcionaban así: primero los comandantes libraban su propia batalla —hombre contra hombre— sin que nadie interviniera. Sólo cuando caía alguno de ellos, comenzaban a luchar los ejércitos por el cuerpo caído y por la armadura. Morir en combate era una desgracia; ser despojado de la armadura, una humillación eterna.

También esa vez fue así. Los dirigentes de ambos bandos cabalgaron unos hacia otros en sus carros. Patroclo arrojó primero su lanza y alcanzó a su adversario en el hombro, que cayó al suelo entre lamentos. Su gente se dispersó. Patroclo pudo apartarlos de la nave, donde sus hombres apagaron el fuego. Fue un gran alivio, igual que cuando el viento barre la densa niebla matutina y el mundo, con sus montañas, altos y valles, se hace de nuevo visible.

Aquel respiro apenas duró un momento, pues los troyanos, en lugar de escapar corriendo, lucharon por cada metro que los iban apartando de las naves. Pero la suerte había cambiado. Parecía que los aqueos no erraban nunca. Sus lanzas impactaban contra cuellos, pechos, hombros, estómagos. Contra todo. Pero aquello no había acabado aún. El cruel Áyax, hijo de Oileo, tomó cautivo a un comandante troyano que estaba herido. Conforme a las buenas costumbres de la guerra debería haberlo ayudado, pero lo mató de un espadazo en la garganta.

Patroclo rebanaba las cabezas que se interponían en su camino con la misma facilidad que un leñador experimentado secciona grandes pinos y pequeños enebros. Puede que la suerte estuviera de su lado. Pero aquello aún no había terminado.

Justo entonces empezaron a sonar las sirenas. Unos segundos después, estalló la primera bomba muy cerca de la escuela. Dos aviones alemanes despegaron para sumarse a la batalla. Conocíamos a los pilotos. Uno de ellos se llamaba Wolfgang y el otro Erich. El primero era rubio y apuesto. Todas las chicas del pueblo lo miraban a hurtadillas. Erich era moreno y bajito. Se parecía más a los lugareños y las chicas no lo miraban en absoluto.

—Corred a la gruta —gritó la Señorita, y eso hicimos, pero ella se quedó allí de brazos cruzados.

Dimitra lo vio.

—¡Venga, Señorita! —gritó.

—Ahora voy —respondió.

Pero no vino.

La batalla no duró más que unos minutos. El bombardero inglés lanzó su carga al azar y se marchó protegido por tres cazas que mantenían a Wolfgang y a Erich a cierta distancia.

El cielo volvió a despejarse y salimos de la gruta. Wolfgang y Erich regresaban camino del aeródromo. Nos sobrevolaban a escasa altura y nos saludaron con la mano. Nosotros hicimos lo mismo. Por extraño que pueda sonar, estábamos de su lado. Eran nuestros muchachos; protegían el pueblo. Pero la Señorita no los saludó. Se quedó con los brazos cruzados sobre el pecho. Sonrió.

Justo después prosiguió con el relato.

## XII

Héctor se dio cuenta de que sus hombres no resistirían y estaba preparado para ordenarles que se retiraran al interior de las bellas murallas de Troya cuando los troyanos recibieron una ayuda inesperada. Apareció Sarpedón, rey de la vecina tierra de Licia y ampliamente conocido por su pericia con el carro.

Sin embargo, no había manera de detener a Patroclo, que seguía sembrando muerte a su alrededor, también entre los hombres de Sarpedón, que emprendieron la huida pese a que su comandante los animaba, desesperado, a que se quedaran luchando. Para insuflarles valor decidió enfrentarse él mismo al hombre que causaba tan grandes daños.

Entonces, se apeó del carro. Lo mismo hizo Patroclo. Eran como dos buitres dispuestos a hacerse pedazos con picos y garras.

Sarpedón fue el primero en lanzar su dardo, que no alcanzó a Patroclo, pero sí al bello caballo Pegaso, que cayó al suelo entre relinchos. Sarpedón arrojó su segundo dardo, pero también esa vez erró. Ambos hombres estaban muy cerca ahora el uno del otro. Ambos rugían, sudaban. La lanza de Patroclo no falló. Acertó en el diafragma, cerca del corazón, y Sarpedón cayó, con el mismo estrépito que un imponente roble, pero no estaba muerto, sino que se defendía furioso contra los aqueos que se acercaban a él para matarlo y llevarse su armadura. Al mismo tiempo, llamaba a los suyos para que fueran a ayudarlo.

—No dejéis que se lleven mi cuerpo y mi armadura. Será una pena y una vergüenza hasta el final de los tiempos.

Debería haberse guardado las pocas fuerzas que le quedaban. La muerte cayó sobre sus ojos mientras hablaba. Patroclo colocó su pie sobre su ancho pecho y, al sacar su lanza, salió un pedazo de su corazón. Le arrancó literalmente la vida al pobre Sarpedón, que ya jamás volvería a casa, con sus fértiles campos y jardines.

La batalla podría haber terminado ahí. Pero no fue así. Uno de los hombres de Sarpedón cabalgó a toda prisa para hablar con Héctor.

—No dejéis que los mirmidones profanen el cadáver de mi rey. Nuestra vergüenza es grande, nuestra pena aún mayor, pero también vuestro honor quedará por siempre mancillado si permitís que un aliado muera de esa manera, un aliado que sacrificó su vida por vosotros pese a no ser de aquí.

Así apeló a los troyanos e hizo que se avergonzaran de la cabeza a los pies; jamás se perdonarían a sí mismos. Sobre todo Héctor, que inmediatamente se levantó para dirigir un contraataque pese a que estaba exhausto.

Al mismo tiempo, y aunque todavía era primera hora de la tarde, llegó una oscura nube

de África y cayeron unas gotas de lluvia rojas como la sangre.

La batalla se recrudeció y se complicó aún más en la penumbra. No era fácil distinguir amigos de enemigos. En mitad de todo aquello yacía el cuerpo sin vida de Sarpedón, atravesado por lanzas y flechas, cubierto de sangre y polvo. Patroclo ya se había llevado su armadura, sólo quedaba el cuerpo desnudo y en torno a él se apelotonaban troyanos y aqueos como moscas zumbonas. Los troyanos lograron ventaja durante un momento, consiguieron levantar al muerto y alejarlo un poco de los contendientes, le practicaron las abluciones en la corriente del río, lo ungieron con vino y aceites aromáticos y lo enterraron.

Después de esto quedaron satisfechos y su espíritu de combate desapareció. Patroclo, en cambio, se sentía inmortal con la armadura de Aquiles. ¿Y si su destino era tomar Troya? ¿Y si su destino era entrar solo a la ciudad, el primero de todos los aqueos, y acabar con esa guerra de una vez por todas?

Esa idea lo embriagó y lo excitó hasta tal punto que olvidó su promesa a Aquiles de que no intentaría conquistar la ciudad, aun cuando esta se le abriera igual que el regazo de su madre. Olvidó incluso que no era Aquiles y ordenó a su auriga que persiguiera a los vencidos. A toda velocidad llegaron hasta la muralla y Patroclo intentó escalarla, pero resbaló, sus sudorosas manos no lograban agarrarse. Tres veces lo intentó sin conseguirlo. Se retiró un poco, fuera del alcance de los arqueros.

Entretanto, Héctor estaba junto a «la puerta de las sombras», incapaz de decidir qué era lo más astuto. Tratar de entrar en la ciudad con todos sus hombres o atreverse con un último contraataque. Pensó en su esposa y en su hijo. Cerrar las puertas sería el principio de la derrota. Los aqueos les envenenarían el agua, se acabarían las provisiones, y morirían lenta y penosamente sin oportunidad de luchar.

No había otra cosa que hacer más que regresar al campo de batalla, pero esa vez se concentraría en un único hombre, aquel que había matado a tantos de sus compañeros, aquel que intentaba tomar Troya él solo. Fuera quien fuera. Pues se había extendido el rumor de que no era Aquiles, sino su querido amigo.

En eso pensó Héctor y arengó a sus hombres para que reanudaran la lucha. Él mismo condujo su carro hacia Patroclo, que justo en ese momento se apeaba del suyo con la lanza en la mano izquierda y, en la derecha, una piedra afilada, que lanzó con todas sus fuerzas. Alcanzó al auriga de Héctor en el entrecejo, le fracturó el hueso frontal, y se cayó del carro igual que un buceador se lanza al mar.

Patroclo no pudo evitar hacerse el gracioso, embriagado como estaba por su fuerza, y gritó:

—Pobrecito, al menos eras ágil.

Al mismo tiempo, se abalanzó para despojar al muerto de su armadura. También Héctor se apeó del carro y corrió hacia el cuerpo sin vida. Como dos leones hambrientos se quedaron cada uno a un lado del cadáver. Héctor lo agarró por la cabeza y Patroclo por los pies y a ninguno se le pasaba por la imaginación soltarlo.

Varios troyanos y aqueos se congregaron rápidamente en torno a ellos. La batalla se desataba amarga y furiosa en torno al auriga, que yacía allí inmóvil y había olvidado todo acerca del arte de conducir carros. Hombre contra hombre, espada contra espada, lanza contra lanza. Nadie cedía y nadie logró ventaja hasta última hora de la tarde, cuando los

troyanos, que además eran muy inferiores en número, habían llegado al límite de sus fuerzas. Hasta a los bueyes más fuertes hay que soltarlos de su yugo llegada la hora. Los aqueos lograron llevarse consigo al muerto y quitarle la armadura.

Una vez más, Patroclo tuvo ocasión de recordar su promesa a Aquiles, y aún estaba a tiempo de regresar a la nave alquitranada. Pero continuó. Continuó hasta que su lanza se partió en dos, hasta que una piedra hizo que su casco cayera al suelo y hasta que no tuvo fuerzas para levantar su escudo.

El guerrero troyano Euforbo, célebre por su pericia con la lanza y sus veloces piernas, se abalanzó inmediatamente y le clavó su afilada arma a Patroclo entre los omóplatos, sin que esto acabara con su vida. Hizo falta también que Héctor le clavara la lanza en el abdomen, la retorciera, y se deleitara viendo cómo la vida abandonaba a Patroclo, que a tantos había matado.

Héctor no pudo evitar darle una última lección.

—Tú, Patroclo, soñabas con irrumpir en Troya, con acabar con la libertad de sus mujeres y llevártelas como esclavas a tu tierra. Creías que podías ganarme, pero ahora vas a ser pasto de buitres y hienas.

Patroclo sacrificó su último aliento en responder.

—Tú mismo no tardarás en morir, Héctor —dijo, y la muerte cayó sobre sus ojos.

—Bueno, con esto ya basta por hoy —dijo la Señorita—. Mañana será otro día.

Ese día no fui a casa con Dimitra. Ella se quedó hablando con un par de amigas y yo me fui a jugar al fútbol. El pueblo contra los alemanes. Se había convertido en una tradición. Era el mayor misterio de todos. Un día podían merodear por ahí como espíritus malignos, quemar pueblos, torturar y ejecutar a la gente, y al día siguiente podían jugar al fútbol como si nada hubiera pasado.

Pero ¿habría fútbol tal día como aquel, después de las bombas inglesas? El capitán alemán no se dejaba amedrentar. Era él quien hacía las veces de árbitro. Pero también nuestro alcalde quería que jugáramos.

—La vida continúa —dijo.

Y la vida continuó.

También nosotros éramos, a mi manera de ver, un misterio. ¿Cómo éramos capaces? ¿Cómo era yo capaz? ¿Por qué no los odiaba con todo mi corazón, por qué en su lugar me alegraba cuando alababan mi cabello claro o mi hábil pie izquierdo?

¿Es la necesidad de amar más fuerte que la de odiar?

No tenía con quién hablar de esas cosas. Bueno, sí, con una persona. La Señorita. Un buen día nos sentaríamos ella y yo y hablaríamos de todo. Pero ese día aún no había llegado.

Como de costumbre, vino alguna gente para ver el partido, entre la que también estaba la Señorita, acompañada por su casera, una mujer mayor con talento para cuidar de todo: desde un pequeño rasguño hasta una pierna rota. Los alemanes estaban locos por sus remedios botánicos.

El pueblo perdió 7 a 1. Los delanteros alemanes, con Wolfgang y Erich a la cabeza, hacían lo que querían con nuestra defensa.

Pero yo estaba contento. Había marcado nuestro único gol con un lanzamiento muy afortunado, a veinte metros de la portería. El balón iba directo a los brazos del portero cuando una repentina ráfaga de viento hizo que cambiara de dirección y entrara en la red.

Después del partido Wolfgang se acercó a la ogresa y le señaló la parte posterior del muslo. La Señorita también miró interesada, aunque fingía lo contrario.

Wolfgang las acompañó a casa para que lo vendaran. Cojeaba un poco y la Señorita le servía cuidadosamente de apoyo.

Y el misterio crecía: ¿Es la necesidad de amar más fuerte que la de odiar?

## XIII

A la mañana siguiente, Dimitra me estaba esperando bajo la morera. No era lo habitual. Lo habitual era que yo la esperara a ella. Desde que éramos pequeños. «¿Vienes?», solía preguntarle yo. «Enseguida», respondía ella, pero no volvía enseguida, sino mucho después. Me había acostumbrado a esperarla. Era casi hasta agradable. Dotaba a mi vida de cierto sentido. *A la espera de Dimitra*: así podría definir mi infancia.

—Estuviste bien —dijo—, pero Wolfgang estuvo mejor.

¿Por qué sacaba a Wolfgang a colación?

—Cierto —dije disgustado.

Ella lo notó y me pegó un empujón.

—Era broma.

Eso dijo, pero a mí me daba igual. Wolfgang era mejor. Tampoco es que yo soñara con ser futbolista. Quería ser como papá o como la Señorita. Quería ser maestro, leer muchos libros, tal vez escribir uno. En eso pensaba sin decir nada. Daba igual. Albergar sueños no entraba dentro de la realidad del pueblo.

Albergar sueños era incluso peligroso. Así que me callé. Mamá decía de mí que «se me había llevado el viento» cuando estaba sentado en silencio frente a ella. Siempre quería saber en qué estaba pensando.

Tampoco tenía intención de decirle nada sobre esas ensoñaciones a Dimitra, a esa «buena anguila», como la llamaba el abuelo. Pero de pronto dijo:

—Me gustaría casarme con un poeta, como Homero.

—Pero si era ciego —dije.

Dimitra se encogió de hombros.

—Mejor.

Ya habíamos llegado. La Señorita estaba junto a la puerta del aula y nos recibió con un brillo en los ojos:

El rey rubio, Menelao, vio que Patroclo había sido abatido. Los troyanos no lograrían, de ninguna de las maneras, profanar su cuerpo y llevarse su armadura. Bramando como una vaca que ha de proteger a su ternero, se abalanzó, se colocó junto al muerto y sujetó sobre él el escudo redondo. Todos sabían que no se andaba con juegucitos y que su lanza mantendría alejados a los troyanos. Salvo a uno. A Euforbo, el verdadero asesino de Patroclo.

—Márchate, Menelao. Patroclo está muerto y soy yo quien lo ha matado. Antes que yo nadie lo había tocado siquiera. Dame su cuerpo y su armadura, el honor me corresponde a mí. Si no, te voy a matar a ti también.

Menelao suspiró profundamente.

—Maldito villano presuntuoso. Tu hermano también lo era y dijo de mí que era el peor de los guerreros. De ahí que no pudiera regresar con su joven esposa. Al menos no por su propio pie. Así te irá a ti también si te atreves a plantarme cara. Escucha lo que te digo y vuelve con los tuyos. Sólo los tontos aprenden demasiado tarde.

El recuerdo de la muerte de su hermano no logró tranquilizar a Euforbo. Más bien al contrario.

—Habrás de pagar por su muerte, Menelao. Habrás de pagar por dejar viuda a su joven esposa, que ahora duerme sola en su alcoba recién construida, y por causar a mis padres un dolor insoportable. Quizás algo los pueda consolar si pongo tu cabeza y tu armadura a sus pies. Pero ya basta de hablar por ahora. Veamos quién muere y quién vive.

Tras esas palabras, arremetió enérgicamente con su lanza contra el escudo de Menelao, pero apenas se dobló la punta. La lanza de Menelao, en cambio, atravesó de lado a lado la garganta de Euforbo. Este se desplomó. Su cabello rizado, sujeto con hilos de oro y plata, lo hacía parecer un joven olivo en flor abatido por una tormenta.

Menelao empezó a quitarle la armadura y su aspecto era tan atterradoramente furioso que ningún troyano se atrevía a acercarse. Pero no por mucho tiempo. A escasa distancia se veía a Héctor montado en su carro, que se acercaba a una velocidad vertiginosa. Su casco adornado con crines resplandecía bajo la luz multicolor de la tarde y sus caballos parecían volar sobre el campo.

El corazón de Menelao se aceleró. Sabía que él solo no podría resistir. Debería huir, pero no podía abandonar al muerto. ¿Qué dirían sus compatriotas? Que Menelao, el rey de Esparta, había salido corriendo como un pobre cobarde. No podría vivir con eso.

Mejor morir con el honor intacto que vivir como un cobarde. La buena vida es muy preciada y él no quería morir, pero se quedó. Sin embargo, los troyanos lo obligaron finalmente a retroceder unos pasos. Vio a Áyax, el hijo de Telamón.

—Ven aquí, Áyax, mi viejo amigo y compañero de armas. Debemos proteger a Patroclo. Debemos llevar su cadáver hasta Aquiles.

A Áyax no le hizo falta oírlo dos veces. Inmediatamente se abalanzó con su larga lanza por delante.

Héctor le había quitado la armadura a Patroclo y arrastraba su cuerpo ensangrentado con la intención de rebanarle la cabeza y tirársela a los perros, pero cuando vio que Áyax se le acercaba soltó el cadáver, se conformó con la armadura y corrió de vuelta a su carro, vigilado por los suyos.

Esto no pasó inadvertido para Glauco, dirigente de los licios y aliado de Troya. Ya había perdido a muchos hombres. Entre ellos, al brillante Sarpedón, cuyo cadáver saqueado se llevaron entre vítores los aqueos.

—Pero ¿qué clase de hombre eres, Héctor? —gritó—. Eres apuesto, pero pequeño sobre el campo de batalla. Permitiste que tu amigo Sarpedón cayera en manos de los aqueos, y ahora te escapas y nos dejas a nosotros la tarea de proteger tu ciudad, que no es

la nuestra. Nos estamos sacrificando por nada. Así que nos vamos a casa. Si hubieras llevado a Patroclo hasta la plaza, a Troya, podríamos haberlo intercambiado por nuestro Sarpedón. Pero tú no te atreves a enfrentarte a Áyax hombre contra hombre. Áyax es, sencillamente, más fuerte.

Héctor se tragó su furia por esa humillación y respondió tranquilamente.

—¿Cómo puedes ser tan insensato, Glauco? No temo la batalla, pero tengo otra cosa en mente. Ven conmigo, juntos domeñaremos a los aqueos.

Exhortó asimismo a sus hombres para que atacaran de nuevo, mientras él se ponía la armadura de Aquiles, que había llevado Patroclo. Le quedaba como hecha a medida. Al mismo tiempo, lo asaltaron las dudas. ¿Y si también los suyos pensaban que era Aquiles? Su propia esposa no lo reconocería con la armadura puesta. Sin embargo, se sentía inmortal con ella, sus músculos crecían por sí solos para llenar esas medidas. Todo él se agrandaba, igual que un repentino aguacero convierte una pequeña corriente en un río caudaloso.

Convocó a todos sus aliados y vecinos y pronunció un breve discurso.

—No es porque quiera tener compañía por lo que os pedí que vinierais de vuestras ciudades, sino para que me ayudarais a proteger a los hijos y esposas de Troya de las belicosas hordas de aqueos. Por eso la ciudad os ofreció generosamente obsequios y viandas a todos. En la guerra sólo vale una sencilla ley. Hundirse o vencer. Áyax, que custodia el cadáver de Patroclo, no es un rival fácil, pero aquel que logre que se rinda y nos deje el cuerpo habrá de recibir mi casco y mi escudo y será condecorado con los honores que me corresponden. Ahora vayamos y hagamos lo que tengamos que hacer.

Era difícil no verse impelido por sus palabras y por él mismo con su majestuosa armadura, que lo hacía parecer el dios de la guerra. Juntos comenzaron a avanzar hacia Áyax, del que por primera vez se apoderó el miedo a morir, y que pidió a Menelao que enviara refuerzos.

El rubio rey de Esparta inspiró profundamente y gritó tan fuerte como pudo.

—Amigos y compañeros, todos los que hayáis compartido pan y vino conmigo, venid a ayudarnos para que los perros de los troyanos no puedan jugar con el cadáver de Patroclo.

Áyax, el cruel hijo de Oileo, fue el primero en abalanzarse y tras él fueron los demás. ¿Quién puede recordar los nombres de todos?

Los troyanos, con Héctor a la cabeza, emprendieron un brutal ataque contra la muralla de escudos que habían levantado los aqueos en torno al muerto. Aquello sonaba como un violento oleaje al batir contra las rocas, cuya fuerza de empuje era igual a la succión de la resaca. En un primer momento, los aqueos fueron empujados un poco hacia atrás, pero no sufrieron pérdidas, y dirigidos por Áyax, el hijo de Telamón, lograron hacer retroceder a los troyanos. Sin embargo, uno de ellos había conseguido atar una cinta de cuero al tobillo izquierdo de Patroclo e intentaba arrastrar el cadáver.

Áyax lo vio y fue implacable. Se abalanzó con la lanza directamente sobre su casco, que —al igual que el cráneo al que protegía— quedó destrozado, partido por la mitad, como una sandía madura, y el cerebro brotó gris cual ceniza. El hombre se desplomó y lo abandonó la vida. Jamás iba a poder provocarles el mismo dolor al que sus padres lo habían acostumbrado.

Y siguieron matando y muriendo. Héctor arrojó su dardo hacia Áyax y no acertó, pero

el tiro no fue en vano. Atravesó al hombre que estaba detrás de Áyax, que cayó de espaldas y cuya armadura emitió un sonido metálico.

Era un día de calor y sin una sola nube en el cielo, salvo en la parte del campo donde se libraba la batalla por el cuerpo de Patroclo. Un poco más allá, y bajo un sol ardiente, los ejércitos luchaban sin cesar. El sudor se les escurría bajo el casco, la lanza resbalaba en la mano y el cansancio hacía que se les durmieran las extremidades, pero siguieron peleando.

Los aqueos lograron ventaja gracias al gran Áyax. Parecía que nadie podía detenerlo y los hombres emprendieron su huida como perros asustados ante un jabalí furioso. Héctor vio a varios de sus familiares y amigos fulminados. Aquello no podía continuar así, tal vez fuera hora de poner fin a la batalla y regresar a casa tras las bellas murallas.

Su amigo Eneas no estaba de acuerdo. No era hijo de Troya, había llegado allí como refugiado con su hijo pequeño después de que Aquiles hubiera devastado su ciudad e incluso lo hubiera herido, aunque no mortalmente. No le asustaba perder la vida y no soportaba la idea de que su pequeño acabara como esclavo en casa de algún dirigente aqueo. En definitiva, para él la retirada era impensable.

—Héctor, ¡menuda vergüenza sería abandonar el campo vencidos más por nuestra cobardía que por estos valientes aqueos! Venga, lancémonos sobre ellos antes de que consigan escapar con Patroclo.

Así habló Eneas y Héctor lo obedeció. Si en su ejército tenía un igual, alguien que se pudiera medir con él en fuerza, valor y destreza para luchar, era ese refugiado que ya embestía con la lanza.

Héctor ordenó que atacaran de nuevo y la batalla se recrudeció. Todavía más hombres resultaron heridos o muertos, pero ¿quién es capaz de recordar sus nombres? Una y otra vez los troyanos atacaban el pequeño círculo de aqueos que había levantado una muralla de escudos en torno al cadáver de Patroclo. No contraatacaban, tan sólo estaban allí como un único cuerpo recubierto de bronce.

La oscura nube que se cernía sobre ellos se volvió aún más oscura, como si algún dios quisiera separarlos de todos los demás. Apenas había unos pocos hombres, y todos se conocían. Eran amigos de la infancia o parientes, en algunos casos incluso amantes.

Fue una batalla amarga, sin adornos, sin interrupciones. Estaban sudorosos y cubiertos de polvo, cansados hasta los huesos, pero nadie se rendía. Eran como un grupo de campesinos tirando de la piel de un toro sumergida en aceite de oliva. Todos tiran, cada uno hacia su lado, hasta que el aceite se absorbe y la piel se estira. Así luchaban los troyanos para llevarse a Patroclo a su ciudad, y así luchaban los aqueos, que querían devolverlo a su nave. Ni los troyanos que querían llevarse al muerto ni los aqueos que lo protegían cedían. Y continuaron abalanzándose unos sobre otros, con las lanzas resonando contra los escudos, ese cielo de cobre.

Sólo había un hombre que no participaba en el tumulto. Era el auriga de Patroclo, Automedonte, que consolaba a cierta distancia a los caballos, que añoraban al muerto. No querían dar ni un paso más, estaban junto al hermoso carro con la cabeza gacha y derramaban grandes y tibias lágrimas mientras removían con sus crines el suelo ensangrentado. El auriga los animaba, a veces con palabras severas; otras, con palabras suaves y tiernas. En vano. De repente, algo se apoderó de ellos, sacudieron la cabeza y

marcharon presurosamente hacia el campo de batalla. El auriga se alegró y atacó a los troyanos como un buitre a una bandada de gansos. Sin embargo, no podía causar un daño mayor, puesto que era imposible dirigir a los animales y al mismo tiempo emplear la lanza o la espada. Finalmente, obtuvo ayuda del joven Alquímedes, de pies ligeros, que saltó al carro desde atrás y tomó la fusta y las riendas.

Héctor no tenía muchas debilidades, pero una de ellas era el amor por los bellos corceles, y los dos que acababa de avistar eran los más hermosos y veloces que jamás había visto. Eran los caballos de Aquiles y los quería para él. No era más vanidoso que cualquier otro, pero su cerebro lo traicionó. Se imaginó una Troya exultante al entrar cabalgando con el carro de Aquiles y sus dos caballos. Andrómaca lloraría de emoción al ver a su marido. Su hijo heredaría un honor imperecedero. Se giró hacia Eneas.

—Semejantes caballos no han de montarlos unos ineptos. Llevémonoslos —dijo, y Eneas estaba más que dispuesto a ayudarlo.

Dos de sus hombres también los acompañaron. Con altos escudos y lanzas corrieron hacia el carro, seguros de que no encontrarían resistencia alguna.

Craso error. Automedonte los vio venir y no sería cierto decir que no se atemorizó. Por otra parte, era quien era. Durante años había montado esos caballos para Aquiles. Juntos habían devastado ejércitos y ciudades, raptado muchachas, conseguido que muchos padres derramaran amargas lágrimas por sus hijos e hijas. Patroclo no era Aquiles, pero era su mejor amigo. Automedonte no podía marcharse sin más; si lo hacía, se le partiría el corazón. Se apeó del carro y pidió a Alquímedes que se quedara cerca de él, tan cerca que sintiera el aliento de los caballos en la nuca, y esperó mientras sopesaba la afilada lanza en la mano. Cuando Héctor y sus hombres estuvieron lo bastante próximos, Automedonte arrojó su lanza con una fuerza de la que no se creía capaz y alcanzó al guerrero más cercano en el abdomen. Igual que cuando le parten los músculos de la nuca a un toro, el guerrero siguió corriendo un tramo, pero cayó luego de espaldas y la lanza mortal se balanceó adelante y atrás en su abdomen al compás de su corazón renqueante.

Héctor arrojó también la suya, pero Automedonte saltó a un lado y la lanza perforó el suelo, donde siguió cimbrándose un buen rato.

Entretanto, varios aqueos se abalanzaron. Héctor y Eneas se vieron en desventaja y se retiraron.

Automedonte le quitó la armadura al muerto y sintió como si hubiera vengado la muerte de Patroclo. Era un alivio. Cogió su arma ensangrentada, las manos se le llenaron de sangre, los pies también. Volvió a subir al carro para proseguir con aquella penosa batalla, que se volvía cada vez más violenta.

Entre los aqueos se encontraba ahora Menelao, el rubio, que destacaba como si hubiera recobrado fuerzas. Su reputación como guerrero no era la mejor. Era injusta y más bien tenía que ver con que Helena lo hubiera dejado. «Una mujer de verdad no deja a un hombre de verdad», cuchicheaban, y Menelao sabía lo que pensaban. También sabía que Aquiles jamás le perdonaría que dejara el cuerpo de Patroclo para que los perros de los troyanos lo profanaran a los pies de las bellas murallas. Por eso se lanzó a la batalla y mató a un amigo de Héctor, con el que este solía emborracharse, y logró así arrastrar el cadáver hasta el lado de los aqueos.

Héctor sintió un gran dolor al ver a su amigo abatido por la lanza de Menelao, y

todavía más al ver el cuerpo ensangrentado arrastrado por el suelo como si fuera un cerdo muerto. La nube que se cernía sobre ellos de pronto se oscureció aún más, empezó a tronar y por el cielo bajo se proyectaban relámpagos cegadores, y eso asustó a los aqueos, que vieron en ello una señal de que los dioses estaban en su contra. Un breve instante de duda bastó para que Héctor y los suyos logaran ventaja.

Los aqueos huyeron. Para eso jamás hace falta una orden. Áyax y Menelao vieron lo que pasaba. Las lanzas y los dardos de los troyanos siempre alcanzaban a alguien, mientras que las de los aqueos fallaban.

—Tenemos que decidirnos —dijo Áyax—. ¿Vamos a arrastrar con nosotros el cuerpo de Patroclo o vamos a procurar regresar sanos y salvos a las naves donde nos esperan preocupados nuestros compañeros? En cualquier caso, no podemos ofrecer resistencia a Héctor, de cuyo lado parecen estar los dioses. Pronto no veremos nada. Si al menos pudiéramos morir bajo la viva luz del día...

Así se quejó el gran Áyax y de pronto sopló una breve racha de viento, similar a un tirón de orejas, el cielo se aclaró, y el hecho de que los aqueos se encontraban en apuros se hizo aún más patente.

Sólo un hombre podía salvarlos. Pero ese hombre, ese divino guerrero, lloriqueaba en su tienda como si tuviera tres años, y no sabía que su querido amigo Patroclo había muerto y que pronto se llevarían su cuerpo desnudo para tirárselo a los perros de Troya.

¿Quién era lo bastante rápido como para avisarle a tiempo?

Se encomendó esa tarea a Antíloco, hijo del viejo rey Néstor y ampliamente conocido por sus veloces piernas. ¿Aún vivía? Vivía y estaba luchando a escasa distancia, y rompió a llorar al oír que Patroclo había muerto.

Incluso si Aquiles se decidía a ayudarlos, no podría hacerlo al instante. Su armadura había desaparecido.

Lo más astuto era retirarse y llevarse al muerto. Menelao y otro hombre levantaron el cadáver y empezaron a caminar. Los troyanos lo vieron y atacaron entre gritos. Áyax y los demás se interpusieron en su camino.

—No nos vamos a rendir —gritó Áyax a los suyos—. Con la misma honra con la que hemos vivido habremos de morir también.

Al final, los ejércitos unidos de Héctor y Eneas acabaron por dominar la batalla. En torno a Áyax los hombres se dispersaban, varios aqueos murieron y otros huyeron. Él siguió luchando. Y los dos que cargaban con el cadáver de Patroclo se afanaron por llegar hasta las cóncavas naves.

La Señorita espiró.

—Es como si me empezara a crecer pelo en la lengua —dijo.

En otras palabras, ya no daba más de sí. Dimitra le acercó un vaso de agua.

Era hora de irse a casa a cenar. Yo estaba cansado después del partido de fútbol del día anterior y Dimitra estaba ronca de tanto animar al equipo del pueblo. Pero se la veía feliz como una perdiz sin razón aparente.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enamorada? —pregunté. Ella se rio de mi pregunta y, al mismo tiempo, se le encendieron las mejillas.

La plaza estaba abarrotada. En la cafetería más elegante estaban el alcalde y el capitán junto a otro oficial al que jamás habíamos visto hasta entonces. Unos soldados armados hasta arriba lo escoltaban.

Los tres hombres bebían *ouzo* y el capitán se comportaba muy respetuosamente con el invitado, que no sólo era mayor, sino que, además, su rango era visiblemente más alto y llevaba una gran cruz de san Andrés en el pecho.

El padre de Dimitra nos vio y nos sentamos a su mesa, donde por una vez no estaba bebiendo licor, sino que se estaba refrescando con «un submarino». Es decir, con una cucharada de almáciga diluida en un vaso de agua. El padre de Dimitra estaba al tanto: el invitado era un coronel. Estaba sólo de paso. Nada por lo que preocuparse.

Nos sentamos con él un rato. Vimos a la Señorita camino de uno de sus largos paseos con unas botas toscas y una cantimplora militar al hombro.

—Parece una partisana —masculló el padre de Dimitra, y fue un comentario extraño. Pero algo de razón tenía. Había algo *decisivo* en torno a ella.

Nos quedamos un buen rato más. El padre de Dimitra pidió un *ouzo*, pues se estaba emborrachando «de estar sobrio».

Pasado un rato se levantó también el distinguido invitado, le estrechó la mano al alcalde y respondió distante al saludo militar del capitán. Se sentó bien erguido como copiloto en un Mercedes negro descapotable. Un guardia en motocicleta avanzaba por delante de ellos y otro por detrás. El pequeño convoy continuaría hasta la ciudad medieval de Monemvasía o Malvoisie, como la llamaban los caballeros franceses. Allí, en una de las majestuosas fortalezas, pasaría la noche el coronel, fuera del alcance de los partisanos, que últimamente eran cada vez más activos. Además, estaba deseando cenar en la terraza con vistas al mar, y degustar la especialidad local, el salmonete de roca, *barbouni*, *Mullus surmuletus*. Pitágoras y sus discípulos no comían ese pescado, que consideraban impuro porque escarbaba el fondo buscando alimento y, por lo tanto, se comía también a las personas que habían muerto ahogadas. Los griegos modernos, en cambio, adoraban su suave aroma y su jugosa carne. Y también el coronel alemán, al que se le hacía la boca agua.

Se marchó. La gente que estaba en la plaza suspiró aliviada y empezó a charlar como de costumbre.

Aquella noche apacible no podía anunciar sino una mañana resplandeciente.

## XIV

La mañana resplandecía también cuando Dimitra y yo fuimos a la escuela. La Señorita estaba, como de costumbre, en su lugar, delante de nosotros, y nos recibió uno a uno con una reverencia teatral. Rápidamente estuvimos todos congregados, y ella prosiguió con el relato de una guerra que el ciego de Homero jamás había visto y, sin embargo, había descrito mejor que todos los que la habían presenciado:

Aquiles ignoraba la muerte de Patroclo, pero se preocupó al ver que los aqueos huían del campo de batalla y que Héctor los perseguía acompañado de los suyos. Buscó enérgicamente a su amigo con la mirada sin lograr verlo y su preocupación fue en aumento.

—Que los dioses lo protejan para que los troyanos no puedan distinguirlo de la luz del día.

Rogó en silencio allí donde estaba, sentado frente a las naves de cóncavas proas.

Tan pronto como vio al mensajero Antíloco acercarse con lágrimas en los ojos supo que aquello que no debería haber pasado había pasado.

Su amigo más querido estaba muerto.

La luz del sol era tan intensa que emitía un sonido, como un lejano rumor sordo de cigarras. De repente se oscureció ante sus ojos, cogió las cenizas del fuego de la noche anterior y se las esparció por la cabeza. Por el rostro, contorsionado, le resbalaban las lágrimas. Se lanzó al suelo, rugiendo y tirándose del pelo. Las esclavas, esas pobres muchachas que había raptado de sus casas, corrieron hacia él para intentar consolarlo. Antíloco se vio obligado a sujetarle las manos con fuerza para que no se desgarrara el cuello.

Aquiles estaba desesperado. ¿Por qué había dejado marchar a su amigo? Recordaba las palabras que le había dicho su madre hacía mucho, mucho tiempo.

—Algún día perderás a quien más quieras —le había dicho. Y ese día había llegado.

¿Cómo hallar consuelo? Aquiles seguía abatido en el suelo y las mujeres lloraban a su alrededor, pero había una que no lloraba: Ifis. Era hija del rey de Esciros, una isla que había conquistado Aquiles, donde había matado a todos los hombres y de la que se había llevado a las muchachas más bellas. Ifis era una de ellas y él se la había regalado a Patroclo. Ella no lloraba. Ya había llorado bastante. En algún punto entre princesa y esclava se le habían acabado las lágrimas. Servía a Patroclo, a cuyo lecho subía por las noches. Y el alma humana es un misterio. Patroclo llegó a gustarle, llegó incluso a quererlo. Ifis no lloró, sino que se inclinó hacia Aquiles, le retiró la ceniza del pelo y le

susurró al oído:

—Levántate, Aquiles. Tu amigo está muerto, pero tú puedes defender su cuerpo, protegerlo para que no acabe en Troya, la ciudad de los vientos, donde Héctor tiene pensado clavar su cabeza a una estaca en la plaza. No dejes que lo humillen ahora que va camino del Inframundo. Fuiste tú quien me entregó a él. Ahora que está muerto, entrégamelo a mí. Quiero limpiarlo, ungirlo con aceite de eucalipto, entonarle todos los cantos de duelo que no pude cantar ni a mi padre, ni a mi madre ni a mis hermanos, a los que mataste con tus crueles manos.

Aquiles estaba demasiado sumido en su pena como para escuchar.

—He sido una carga para la tierra y de nada he servido —se quejó.

Entretanto Héctor lo arrasaba todo, con un ímpetu arrollador. Ataviado con la armadura de Aquiles sacudía a los aqueos igual que una antorcha encendida sacude la oscuridad. Los hombres que cargaban con el cuerpo de Patroclo ya no podían más. Los troyanos atacaban sin cesar con lanzas, dardos, espadas, piedras, flechas; todo aquello que pudiera rasgar la suave piel, fracturar el esqueleto o machacar el cráneo se ponía en funcionamiento. Tres veces estuvo Héctor tan cerca del cadáver que logró agarrarlo por las piernas e intentó arrastrarlo consigo. Pero Áyax le plantó cara cada una de esas veces, pese a que sabía que tan sólo era cuestión de tiempo.

—Levántate ahora mismo, Aquiles —lo exhortó de nuevo Ifis—, basta con que te muestres así para que a los troyanos les tiemblen las rodillas.

Pero Aquiles no tenía su armadura. Era Héctor quien la llevaba.

—No puedo enzarzarme en la batalla desnudo —dijo él.

—Eso es justo lo que puedes hacer —dijo Ifis.

Y entonces se puso en pie con lágrimas en los ojos, ceniza en el pelo y la ropa mugrienta. Era como ver salir el sol. Irradiaba un brillo que obligaba a los troyanos a llevarse las manos a los ojos a modo de visera. Al mismo tiempo, emitió un afligido grito de guerra que hizo que se les congelara la sangre en las venas. Lo vieron y lo oyeron. Fue más que suficiente. Se quedaron desconcertados, se apresuraron a buscar refugio y comenzaron a correr desde el campo, igual que cuando las ovejas, mientras pastan, avistan un león rugiendo en las proximidades.

Los aqueos tuvieron tiempo de llevarse al muerto y colocarlo sobre una parihuela. En torno a él se reunieron compañeros de batalla y amigos, profundamente apenados. Hasta allí fue también Aquiles y una vez más derramó amargas lágrimas al ver a su mejor amigo vencido por una inclemente lanza. El bello rostro de Patroclo se había petrificado en una mueca de espanto desgarrador y Aquiles se maldecía por haberlo mandado con los caballos y los carros sin imaginarse que ya no podría recibirlo de vuelta.

Al caer la noche, la batalla tuvo que interrumpirse. Los aqueos necesitaban todo el descanso posible. También los troyanos se retiraron con rapidez. Ahora la situación era otra, después de que Aquiles hubiera aparecido. Estaban hambrientos y cansados, pero no pensaban ni en descanso ni en comida. Tenían que decidir cómo continuar con la batalla.

Polidamante era casi como un hermano para Héctor. Habían nacido la misma noche y habían crecido juntos. No era tan hábil con la lanza, pero era mucho mejor orador.

—Amigos, hemos de tomar una determinación. O quedarnos en este lugar o regresar a

la ciudad. Si el amanecer nos encuentra aquí, ya sabemos lo que va a pasar cuando Aquiles regrese liderando a los aqueos. Estaremos perdidos. Nos va a perseguir hasta que abandonemos nuestra ciudad, donde hemos de proteger a nuestras mujeres y niños. En cambio, si regresamos ahora a nuestra Troya, podremos estar preparados si intenta irrumpir en ella. Allí, al amparo de nuestras bellas murallas, podremos darle una lección que hasta sus caballos habrán de recordar.

Héctor no daba crédito a sus oídos.

—Polidamante, amigo, no quiero oír semejantes consejos. ¿No has tenido bastante con estar sitiado? De nuestra ciudad decían antaño que era «rica en oro». Ahora se lo hemos vendido todo a avaros comerciantes porque la guerra cuesta mucho. Y también ahora tenemos al fin la posibilidad de ajustar cuentas con los aqueos de una vez por todas. Nos vamos a quedar aquí y mañana a primera hora retomaremos la batalla cerca de sus naves. No cerca de nuestra ciudad. Ahora que se apuesten los centinelas y nosotros a cenar. Dejarme que me ocupe yo de Aquiles. Voy a enfrentarme a él hombre a hombre y ya veremos quién vence. Esa es la ley de la guerra, y es igual para todos. Matar o morir.

Los troyanos lo aclamaron y se sentaron a cenar. La cuestión estaba decidida. Continuarían con la batalla y se retiraron a descansar.

Los aqueos, en cambio, custodiaron toda la noche el cadáver de Patroclo. Hablaban en voz baja de él, de sus virtudes, de su buen corazón. Se consolaban unos a otros, pero Aquiles seguía inconsolable. Sujetaba a su amigo en el regazo y gimoteaba como una leona a la que unos crueles cazadores han arrebatado su cría. A veces se apoderaba de él el arrepentimiento al recordar su promesa al padre de Patroclo: que su hijo regresaría cubierto de honores tras haber arrasado Troya. Los dioses habían querido otra cosa. A los sordos oídos del muerto susurró:

—Sé que mi sangre también habrá de teñir de rojo esta tierra. Mis padres tampoco me recibirán de vuelta en casa. Pero no habré de enterrarte sin antes quitarle la vida a tu asesino, Héctor. Y no sólo eso. Ante tu pira funeraria degollaré a doce jóvenes troyanos, inocentes o culpables, de las mejores familias de la ciudad. Entretanto yacerás junto a nuestras naves, allí donde puedas escuchar el mar y tu mujer pueda venir a llorar tu muerte.

Llegó Ifis, digna y serena. Limpió la sangre coagulada y las manos le temblaron un poco, pero eso era todo. Después le ungió el cuerpo entero con aceite y cubrió la herida con fragantes pomadas. Le administró también en la frente un bálsamo secreto que repelía moscas y mosquitos.

Lo vistió con su túnica blanca. Aquiles colocó a su amigo sobre una parihuela y lo cubrió con una mortaja de lino.

Los hombres reanudaron su balbuciente conversación.

Ifis regresó a su tienda. Fue caminando a oscuras por la orilla. Era una noche apacible. Sin viento, sin olas.

De repente no pudo contenerse más. Se sumió en el llanto y golpeó la arena, aún tibia, con sus pequeños puños.

Estábamos quietos, como moscas presas en un panal de miel. Queríamos que la Señorita continuara, queríamos quedarnos ahí, frente a nuestra Señorita, en torno a la cual había algo *decisivo*, pero ella fue inflexible.

—Tenéis que tener paciencia. Igual que la tuvo Homero. No se apresuró a llegar al final. Hemos de seguir su camino.

Dicho eso, tuvimos que resignarnos.

Como de costumbre, Dimitra y yo volvimos caminando juntos a casa. En la plaza había mucha gente. El ambiente estaba caldeado y el capitán alemán estaba sentado a una mesa hablando con el alcalde, que parecía apesadumbrado. Por primera vez en mucho tiempo, los soldados alemanes estaban armados hasta arriba.

¿Había pasado algo?

Más que algo.

Habían asesinado al coronel alemán en una emboscada, no muy lejos del pueblo, junto a un puente viejo —muy viejo— que salvaba el torrente. El lugar era ideal. El puente era tan estrecho que el descapotable del coronel tuvo que aminorar considerablemente la marcha. A él y a su chófer los mataron al instante. Sus escoltas reaccionaron de inmediato. Se habían visto en situaciones parecidas. Dispararon a dos miembros de la resistencia, y un tercero logró escaparse.

Se habían iniciado investigaciones policiales por toda la comarca. Recayó en el alcalde la deprimente tarea de contarnos, en la plaza, en qué consistían. Todos aquellos que supieran algo sobre lo ocurrido debían ponerse en contacto con el capitán. Si se apresaba al autor del atentado en el transcurso del día, no ocurriría nada más. Si no, por cada día que pasara, se ejecutaría a tres hombres elegidos al azar de cada pueblo de la comarca. Ya había pasado una vez en el pueblo y podría volver a pasar.

La gente se miró. ¿Había alguien allí que supiera algo?

La Señorita también estaba en la plaza. Era prácticamente la única mujer en el pueblo que, en virtud de su cargo, podía dejarse ver entre los hombres que bebían *ouzo* y jugaban a las cartas. Era lo bastante sagaz como para no aprovecharse demasiado de eso. Sólo las mañanas de domingo, después de la misa, se la veía sentada en compañía del alcalde y de sus hijos bebiendo un zumo de cereza.

A Dimitra, que estaba a mi lado, empezó a entrecortársele cada vez más la respiración. La miré. Había pánico en su mirada. Tenía la boca entreabierta e intentaba tomar aire. Hice un gesto con la mano a la Señorita.

Llevamos a Dimitra a ver a la casera de la Señorita.

—Quiero estar a solas con ella —dijo la vieja. Se llevó a Dimitra a una habitación interior y cerró la puerta.

La Señorita y yo nos quedamos solos. El corazón me latía fuerte en el pecho. La Señorita, en cambio, parecía totalmente tranquila.

—Los almendros están en flor —dijo.

Yo creía que estaba totalmente tranquila, pero la Señorita tenía los ojos tristes y el labio inferior le temblaba como si estuviera a punto de llorar. Dolía ver aquello. Yo no podía hacer nada. Era joven, tonto y se me había llevado el viento, como decían en el pueblo de quien albergaba sueños demasiado audaces. Yo era todas esas cosas y por un momento sopesé la idea de abrazarla, pero supe que no sería lo correcto. Tan sólo se sorprendería. Jamás me miraría como a un hombre por la muy sencilla razón de que no lo era.

La puerta se abrió y salió la vieja.

—Esto podemos arreglarlo —dijo—. Enferma no está, sólo asustada.

A continuación, le dieron algo de beber a Dimitra y un cuarto de hora después ya volvía a ser ella misma.

La Señorita y yo le hicimos compañía y le hablamos en tono tranquilizador. ¿Por qué estaba tan asustada? La Señorita le acariciaba la mejilla y yo, el pelo. Fue así como la mano de la Señorita rozó la mía y me dijo casi ausente:

—Cuídala.

Aquello sonaba grande, como si me ascendiera a hombre. Dimitra ya había perdido a un hermano la otra vez que los alemanes habían ejecutado a gente al azar. Ahora corría el riesgo de perder a su padre. Intenté consolarla diciéndole que los alemanes encontrarían al culpable.

—¿Al culpable? —dijo—. ¿Acaso hay alguien que sea inocente?

Aquella noche sólo los bebés pudieron conciliar el sueño en el pueblo. Tras las contraventanas cerradas se veía luz. Se respiraba angustia en el ambiente. Yo no tenía hermanos que perder, era hijo único. Papá ya estaba en una cárcel alemana. Pero yo sabía que los alemanes tenían por costumbre ejecutar a prisioneros cada vez que necesitaban encontrar un adversario. ¿Seguiría vivo mi padre o ya lo habrían matado?

Pensé en él, en mi madre, en Dimitra. Pensé sobre todo en la Señorita. Su mano sobre la mía. «Cuídala», había dicho sobre Dimitra. Comprendí despacio que, con esas palabras, se había despedido de nosotros. «Vosotros dos estáis hechos el uno para el otro», es lo que había querido decir sin haberlo dicho. No era tonto. Sabía que la Señorita nunca sería mía. Ahora estaba dicho.

Y eso me tranquilizó.

## XV

A la mañana siguiente, la Señorita no estaba delante de la puerta de la escuela, sino dentro, en el aula. No era lo habitual. A menos que estuviera contándonos algo o impartiéndonos una lección. Había abierto las ventanas. El aroma de los almendros en flor inundaba la habitación.

¿Había pasado algo? ¿Habían dado los alemanes con el tercer partisano?

—No nos vamos a quedar aquí callados esperando a los bárbaros. Seguiremos como de costumbre —dijo la Señorita, y comenzó:

Llegó el alba y, con ella, la luz del día sobre los hombros, para bien de los dioses y de los mortales. Aquiles había estado custodiando el cadáver de su amigo y ardía en deseos de vengarse, pero no tenía su armadura.

En el campamento de los aqueos se había extendido el rumor de que Aquiles estaba listo para volver a participar en la guerra y se alegraban por ello. Incluso Agamenón se apresuró a enviarle todos los regalos que le había prometido: oro y mujeres y, sobre todo, a Briseida.

Briseida no fue hasta Aquiles, no buscó su regazo, sino que en su lugar cayó arrodillada ante el difunto Patroclo. Se le escaparon las lágrimas.

—Oh, tú, ¡mi más querido amigo! Todavía vivías cuando me vi obligada a abandonar esta tienda, pero ahora que vuelvo estás muerto. Vaya a donde vaya me persiguen las desgracias. Aquiles devastó mi ciudad, mató a mi familia y al hombre con quien iba a casarme, pero tú me consolaste. «No llores, Briseida», dijiste, y me prometiste que Aquiles me tomaría por esposa, me llevaría a su ciudad y allí se casaría conmigo ante todos sus guerreros.

Las demás mujeres también lloraban, más por el destino que habían corrido que por el de Patroclo, pero ¿quién puede distinguir una pena de otra? ¿Quién puede distinguir las lágrimas de las lágrimas?

Aquiles ya no lloraba. Quería partir de inmediato hacia la batalla, pero su armadura la llevaba ahora el hombre que había matado a su mejor amigo. ¿Cómo iba a poder encontrar así, de repente, una armadura igual?

Fue Ifis quien dio con la solución. No había dormido desde que llegó a su tienda. En su lugar, se había pasado la noche entera trabajando en la armadura de Patroclo. Puede que no fuera tan exquisita como la de Aquiles, pero el escudo era bueno, con sus imágenes de una boda entre una diosa y un mortal. La lanza era larga y de doble punta. El arnés era enorme; la espada, pesada y afilada. Limpió todo con agua y arena hasta que el metal

irradió un brillo como el de la luz al atravesar las nubes.

Hecho eso, se tumbó sobre la parihuela de Patroclo y se acurrucó como cuando él aún estaba allí. No descansó. Tenía un plan. Oyó venir al heraldo de Agamenón, salió y escuchó lo que decía Briseida. Había llegado la hora.

Fue junto a Aquiles y habló con él.

—Lamentarse no es una opción. Lo mejor es ahorrarle tus quejas al alma de tu amigo. Levántate y acepta esta armadura que sólo él ha llevado. Él murió en tu armadura. Si los dioses quieren que tú mueras en la suya, que así sea. No hay nada más honorable que morir por un amigo.

Esas palabras fueron demasiado, incluso para un guerrero curtido que sin pensarlo dos veces prendía fuego a ciudades y pueblos, mataba a jóvenes y ancianos y raptaba a muchachas que luego regalaba a sus amigos. Rara vez acometía solo esa clase de empresas. Casi siempre veía a su lado a Patroclo, vistiendo esa armadura. En circunstancias habituales ponérsela habría sido un sacrilegio, pero ahora era diferente.

Ahora iba a devolverle la vida a su amigo. Probó la lanza: como hecha a medida. Se puso el arnés y la greba: también le sentaban bien. Levantó el escudo: era más ligero que el suyo, pero adornado con esmero. Por último, se probó el casco. Le rozaba un poco en las sienes, pero eso era todo. Avanzó unos pasos y embistió enérgicamente. La armadura no lo entorpecía, sino más bien lo contrario. Se amoldaba a él igual de bien que las alas a un pigargo.

—Se podría creer que erais gemelos —dijo Ifis.

—Éramos más que gemelos. Éramos un solo hombre. Confiaba más en él que en mí mismo. De haber muerto yo primero, él cuidaría de mi hijo, mi único hijo. Lo único que quiero ahora es echar a andar.

También los demás aqueos habían recuperado su espíritu de lucha y salían de sus tiendas y naves con los ojos brillantes.

Aquiles dijo a su auriga que atara los caballos y fue a hablar con ellos.

—Janto y Balio, no podéis decepcionarme —dijo, y los caballos lo miraron con sus grandes ojos y agacharon la cabeza.

A continuación, ocupó su lugar en el carro y se colocó al frente del ejército aqueo.

También los troyanos estaban preparados. Héctor iba de una tienda a otra y hablaba con los comandantes y la infantería. El plan era sorprender a los aqueos a primera hora de la mañana. Por eso durmieron cerca de sus naves y no buscaron refugio en la ciudad pese a que todos querían. Querían ver a sus mujeres e hijos y a sus ancianos padres. Despedirse. Nadie sabía con certeza si iba a sobrevivir a la inminente batalla. Ni siquiera Héctor, que ansiaba abrazar a Andrómaca y oír la risa de su pequeño. Pero todos permanecieron donde estaban.

La gente de la ciudad les hacía compañía, aunque a cierta distancia. Habían prendido grandes antorchas en torno a las bellas murallas. El viejo rey Príamo estaba sentado frente a «la puerta de las sombras» junto a los demás ancianos, mujeres y niños.

Sólo Helena se mantenía apartada. Estaba sola en su alcoba y se maldecía por todo el daño que había causado a esa gente y a los suyos. No se atrevía a dejarse ver entre todas las mujeres que habían enviudado, ante todos los niños que habían perdido a sus padres.

Paris era el hombre que la hacía disfrutar, pero no el que la hacía enorgullecerse. ¿Cómo podía amar a un hombre al que despreciaba? ¿Qué hacía ella allí? Era una reina convertida en amante.

Así fluían sus pensamientos, que la mantuvieron en vela toda la noche a la espera de la gran batalla. Hacia el amanecer se dio un gran baño, se puso un vestido blanco hasta los tobillos y se recogió el pelo sobre la coronilla dejando desnuda la nuca, blanca como un lirio. Era la primera vez que se peinaba así, y aquello obedecía a una idea: una idea que la disgustaba, pero en la que a fin de cuentas tenía que pensar. Era «el peinado del verdugo», pues la nuca ha de estar descubierta cuando a una le rebanan la cabeza. Si los aqueos ganaban la guerra, es lo que iban a hacer con ella. Lo sabía. Por eso no estaba de más saber cómo le quedaba el pelo recogido sobre la coronilla.

Miró por última vez el espejo y a continuación salió para reunirse con la gente que estaba en la plaza. ¿No tenían miedo?, se preguntó. Si los dioses concedían la victoria a los aqueos, a los hombres los matarían o los venderían como esclavos y a las mujeres las violarían ante sus hijos para luego venderlas a comerciantes de las islas que harían lo que quisieran con ellas. Todas esas personas lo sabían y, sin embargo, no veía temor alguno en sus miradas; aún vivía su héroe, su Héctor. Aún vivía «aquel que salvaba al pueblo».

Helena era aquea y su hermana estaba casada con el comandante en jefe de los aqueos, el poderoso Agamenón. Dos hermanas, ella y Clitemnestra, estaban casadas a su vez con dos hermanos, ambos grandes reyes: Agamenón, rey de Micenas, con su acrópolis inexpugnable, y Menelao, rey de Esparta, cuyo ejército jamás había sido vencido.

Helena los había humillado al marcharse con el bello Paris. De haberse quedado en casa, en Esparta, la habrían matado a pedradas o, si hubieran querido apiadarse, simplemente la habrían degollado. Hay un tipo de vergüenza que sólo la sangre puede purgar, pensaba la gente. Los troyanos eran de carácter más moderado. Las mujeres disfrutaban de la misma libertad que los hombres. Andrómaca, la esposa de Héctor, solía consolarla.

—Somos mujeres. Primero está lo que ansía el corazón y todo lo demás viene después. Aquí nadie te culpa —solía decirle.

—También los hombres tienen corazón, aunque esté dotado para la guerra y la venganza —decía Helena.

Andrómaca también era una extraña en Troya. Aquiles había tomado su ciudad, matado a su padre y a sus siete hermanos. Héctor la había salvado, se había casado con ella y ahora estaba en el campo de batalla, preparado, una vez más, para defender la vida y la libertad de Andrómaca. Esta sentía pena por Helena. Pues para ella no había ninguna salida positiva de la batalla que estaba por librarse. O aniquilaban a sus viejos compatriotas o a los nuevos.

Ambas mujeres se sentaron juntas a esperar.

A lo lejos vieron a los ejércitos abalanzarse uno contra otro bajo la temprana luz del día. El polvo se arremolinaba, los caballos relinchaban, la infantería gritaba. Aquiles iba al frente de todos los aqueos, ansioso por vengar la muerte de Patroclo. Héctor se mantenía entre los suyos. El instante en que ambos ejércitos se atacaron fue espantoso. El aire se llenó de ruido. Metal contra metal, hombre contra hombre, vida contra vida.

Aquiles buscaba a Héctor, pero no lo veía. Otros troyanos lo atacaron y les costó la

vida. Sólo Eneas logró sobrevivir, aunque resultó herido. Héctor seguía al fondo cuando vio a Aquiles matar a su hermano menor, el hijo predilecto del viejo rey Príamo y al que le había prohibido participar en la guerra. El joven ansiaba cubrirse, no obstante, con el honor de abatir al mayor de todos los guerreros. Aquiles lo alcanzó con la lanza, que le atravesó el cuerpo por el ombligo, y la punta salió por la espalda. El muchacho se dobló por la mitad con unos dolores atroces y sujetó los intestinos con la palma de la mano.

Llegados a ese punto, Héctor ya no pudo contenerse y se abalanzó con la lanza como si fuera una antorcha. Aquiles se alegró.

«¡Por fin! Aquí está el hombre que me ha infligido mayor dolor que ningún otro. Ahora ya no podemos rehuirnos», pensó.

Héctor fue el primero en arrojar su lanza. Aquiles, veloz como era, no tuvo problema para esquivarla. En cambio, la lanza de Aquiles acertó, o eso pensó, pues no podía ver con claridad, dado que el polvo se arremolinaba denso por encima de ellos. Dio unos rápidos pasos y atacó con la espada. Allí no había nadie. Tres veces blandió la espada y las tres con un resultado igual de nulo. Comprendió que Héctor había escapado.

Una repentina ráfaga de viento levantó aún más polvareda y los combatientes apenas veían nada. Cuando el polvo se depositó, embistieron unos contra otros con una furia renovada.

Aquiles luchaba salvajemente a su alrededor. Dríope recibió un corte en el cuello y cayó a los pies de Aquiles como un saco vacío. Este lo dejó en el suelo y arremetió contra Demuco, al que clavó primero la lanza para luego rematarlo con la espada. A los dos desafortunados hermanos Laógono y Dárdano los tiró del carro y los sacrificó. El siguiente hombre, Tros, se arrodilló ante él y le pidió compasión. Ya no quedaba semejante cosa en el corazón de Aquiles. Tros se abrazó a sus rodillas y le suplicó entre lloros, pero Aquiles le hundió la espada en el hígado, y su negra sangre se derramó al mismo tiempo que su vida. A Mulio lo mató al ensartarle por la oreja una lanza, cuya punta lo atravesó de parte a parte. A Equeclo le hundió la espada en mitad de la frente y de ella manó la sangre. A Deucalión le cercenó la cabeza de un tajo. A Rigmo lo mató de un golpe en el abdomen y a su auriga le envasó la espada por detrás cuando este intentó huir.

Con la rapidez de un incendio en un bosque árido corría Aquiles con sus caballos de un lugar a otro con la muerte tras de sí. Su carro estaba manchado de sangre, sus manos también, pero él aún no estaba satisfecho, sino que seguía batallando de manera más encarnizada que las mismas erinias, diosas de la venganza.

Los mirmidones, bien descansados, lograron abrirse camino entre los troyanos. Algunos —la mayoría— huyeron hacia la ciudad para refugiarse tras las murallas. Un grupo más reducido se apelotonó hacia el río y no le quedó otra opción que arrojar a las impetuosas aguas. No era fácil nadar con toda la armadura, se hundían y bregaban desesperados. Aquiles y sus caballeros los persiguieron incluso hasta allí y los fueron matando uno tras otro. El caudaloso río se tiñó de rojo por toda aquella sangre. Hasta los caballos se encabritaban, pero los perseguidores no cejaban, pese a los gritos desesperados que pedían compasión, pese a que los troyanos no estaban en condiciones de defenderse, pese a que aquello ya no era un combate sino una masacre.

Aquiles se superaba a sí mismo en crueldad. Cuando se cansó de matar, se apoyó sobre un árbol en la ribera del río, dejó que su lanza descansara y se enaltecía.

—Qué alto y hermoso soy en este momento —dijo en voz alta para sí e intentó, si acaso por un instante, olvidar que él también era mortal, que también su robusto cuerpo caería algún día por efecto de un dardo, una lanza, una espada. Puede que ocurriera ya ese día, o dentro de un mes, o dentro de un año. La idea de la muerte no ablandó su corazón. Más bien al contrario. Si iba a morir, quería llevarse consigo a tantos como fuera posible, en especial a los hijos de Príamo.

Tras ese breve descanso se adentró de nuevo en las procelosas aguas del río y eligió a doce hombres jóvenes. No uno ni dos sino doce. Se los iba a guardar para después. Los ató con unas tiras de cuero y se los entregó a sus hombres para que los llevaran hasta las naves alquitranadas. Eran jóvenes, casi niños; jamás deberían haber participado en la guerra. Pero como dice el refrán, aquel cuyo destino es morir no se ahoga jamás. Esos doce muchachos no se ahogaron en las frías aguas del Escamandro, puesto que su sino era otro. Se imaginaban lo que les aguardaba y algunos lloraron abierta y estrepitosamente y otros se lamentaron en voz alta y aquello resonó por toda la llanura hasta Troya, donde sus madres mantenían las habas a la lumbre hasta que sus hijos regresaran de la batalla.

Aquiles seguía insatisfecho. Un hijo bastardo de Príamo se arrodilló ante él y le pidió que le perdonara la vida. De nada sirvió. Al final allí ya no quedaba nadie por matar. Alguno que otro quedaba con vida, hombres que habían perdido un brazo o una pierna, con profundas heridas en el pecho y el abdomen; se quejaban de forma desgarradora, pedían ayuda para no ahogarse. Los aqueos, con Aquiles a la cabeza, les dieron la espalda y cabalgaron tras los troyanos que buscaban refugio en la ciudad.

Una avalancha de guerreros troyanos —algunos, gravemente heridos; otros, tan extenuados que tenían que llevarlos a cuestas sus compañeros— marchaban desde el campo de batalla hasta «la puerta de las sombras», que permanecía abierta por orden del viejo rey Príamo. Este estaba en lo más alto de la muralla viendo lo que pasaba. Había visto a su amado Polidoro caer muerto y su corazón estaba a punto de romperse. Maldecía la vejez, que le impedía estar ahí fuera con sus hijos y los demás guerreros. Pero primero debían regresar tantos como fuera posible. La gloriosa puerta estaba abierta y la gente que estaba en la plaza recibía a los que volvían, las mujeres buscaban a sus maridos, los niños a sus padres y las madres a sus hijos.

Helena buscaba a Paris, pero él no se dejó ver.

Andrómaca buscaba a Héctor, y él sí se dejó ver.

Cuando «la puerta de las sombras» se cerró y se aseguró con potentes barrotes, sólo había un hombre que no había entrado.

Héctor.

Se había quedado fuera, totalmente solo. Aquel que quisiera conquistar su ciudad y privar a los troyanos de su libertad primero habría de matarlo a él. A lo lejos vio a Aquiles y a los mirmidones acercarse con los pardos escudos.

La Señorita se enjugó la frente con un pañuelo blanco, que a continuación introdujo en la manga con un gesto casi inconsciente. Yo adoraba hasta el más mínimo de sus movimientos. La manera en que se le movían los labios al hablar, en que se colocaba el pelo hacia un lado, en que se estiraba, en que caminaba y en que se quedaba quieta.

—Vamos a la plaza —dijo, y eso hicimos. Casi todo el pueblo se había reunido allí.

Corría el rumor de que el partisano al que perseguían estaba herido. Los perros habían encontrado manchas de sangre en el suelo. Pero había desaparecido.

—¿Seguro que es un hombre? —preguntó la Señorita.

No estaba para nada claro. Cada vez participaban más chicas en el movimiento de resistencia.

La prórroga que el capitán alemán había concedido al pueblo concluiría al atardecer. Todos los hombres del pueblo estaban en la plaza. Pero no eran muchos y la mayoría eran ancianos. El capitán quería tener un abanico más amplio. Redujo, pues, el límite de edad. A partir de los dieciséis se le consideraría a uno un hombre.

El día anterior, la Señorita me había ascendido a hombre al pedirme que cuidara de Dimitra. Ahora, el capitán alemán hacía lo mismo. No había cumplido aún los dieciséis, pero quince desde luego que sí. Muchachos aún más jóvenes que yo defendían Berlín, dijo el capitán, y el alcalde lo tradujo al griego. Eso nosotros no lo sabíamos, pero él sí.

Mi madre se tiraba de los pelos. Quería ir hasta el alcalde, hasta el mismo capitán, hasta el sacerdote del pueblo. Le pedí que lo dejara estar. No tenía sentido. Se tragó el corazón, dijo, y se quedó en casa.

Los campesinos no se sientan a contemplar el atardecer. Ahora todos deseaban que el sol no se pusiera jamás. Pero lo hizo, y con pompa y boato. Una explosión de colores se extendió sobre las montañas y un viento cargado de aromas llegó hasta nosotros un minuto antes de que se pusiera el sol.

Éramos doce en total. Formábamos una fila frente a la plaza de la iglesia, que era como llamábamos al empedrado exterior y resguardado que había frente a la iglesia. A varios se les había eximido por razón de su avanzada edad o porque, de una manera u otra, servían a los alemanes. El matarife, por ejemplo, y otros con profesiones de provecho. En otras palabras, se podría decir que los doce elegidos les salíamos gratis.

Un hombre enmascarado iba de acá para allá delante de nosotros, nos miraba desde el interior de la máscara y cavilaba consigo mismo o con Dios, quién sabe. Señaló a mi vecino de la izquierda, un pobre sin tierras conocido como «El Grietas», puesto que tenía labio leporino. Se plantó delante de mí y se quedó un buen rato mirándome, pero al final decidió saltarme. En vez de a mí, señaló a otros dos que estaban a la derecha. Ambos se dedicaban a hacer trabajos puntuales y carecían de tierras. Los alemanes se llevaron a esos tres consigo y se marcharon.

Hasta ese momento se podría haber oído caer una pluma. En la plaza reinaba un silencio absoluto. Cuando el furgón militar abandonó la plaza, los allí reunidos prorrumpieron en un grito desesperado que hizo que los pájaros alzaran el vuelo desde los árboles a los que se habían retirado para descansar aquella noche.

Mi madre llegó corriendo y me abrazó. Yo no me había asustado, sencillamente por apatía. Observaba lo que estaba pasando como si fuera una película que no iba conmigo. Pero el temor se había manifestado en mi cuerpo y me había hecho pis. Mamá lo vio, se quitó el delantal y me lo ató.

—Lo mejor va a ser que vistamos a nuestros niños como si fueran niñas —dijo en alto.

—Eso mismo hizo la madre de Aquiles con él, pero no sirvió de nada —le dije con severidad.

Los familiares de los tres a los que se habían llevado lloraron toda la noche, los vecinos les llevaban comida a ellos y a los niños, la Señorita cuidaba de los más pequeños y Dimitra la ayudaba.

Han pasado más de cincuenta años desde aquella noche. He olvidado la vergüenza que sentí por aquella mancha de orina en los pantalones delante de todo el pueblo. Pero nunca he llegado a olvidar el llanto de las mujeres. Todavía lo oigo. Y seguiré oyéndolo mientras viva.

## XVI

El día siguiente no fue como todos los demás días en el pueblo. La gente se levantó temprano. Se sentó en las cafeterías a esperar al alcalde. Era el único que podía saber qué había pasado con los tres hombres a los que se habían llevado. Pero él tampoco lo sabía.

—Vamos a fingir que hoy es un día como otro cualquiera —dijo la Señorita. Fuimos hasta la escuela y retomó el relato:

Los troyanos estaban asustados. Se apretaban unos contra otros tras las murallas, como cervatillos cuando amenaza tormenta. No era tormenta lo que acechaba sino un viento cálido que los hizo sudar aún más, e intentaron calmar su sed. Los aqueos se acercaron todavía más, con Aquiles cabalgando en cabeza. Aquiles brillaba como brilla Orión en otoño, cuando todas las personas sobre la faz de la Tierra pueden verla.

Héctor era el único que se había quedado tras «la puerta de las sombras», aguardando a que se cumpliera su destino. Su padre, Príamo, le imploró:

—Hijo mío, no te quedes ahí solo. El hombre que avanza hacia ti te dará muerte. De entre vosotros dos, él es el más fuerte. Desearía de todo corazón que estuviera muerto, que los perros y los buitres se cebaran con su cuerpo. ¡A cuántos hijos míos ha matado ya! Su madre, la ilustre Laótoe, está aquí a mi lado llorando. La gente que nos rodea teme, por encima de todo, que mueras. Sólo tú puedes salvarlos. Pero no solo y ahí fuera. Sino desde aquí, desde donde puedes dirigirlos con seguridad. Te lo ruego. La vida se me escapa y mi miseria sólo va en aumento. Varios de mis hijos están muertos, mis hijas han sido raptadas y esclavizadas, mi casa se ha convertido en la morada del dolor, mis nietos yacen en el suelo sacrificados, mis nueras son acariciadas por las manos homicidas de los aqueos. Yo habré de convertirme en pasto de mis propios perros, los mismos que he criado para que guarden la casa, cuando una afilada punta de bronce haga que mis miembros se derrumben. Beberán mi sangre y, una vez más, perderán la cabeza y se volverán unos salvajes. Cuando un joven yace sin vida, su belleza permanece hasta en la muerte. Pero un viejo como yo, profanado por los perros y al que le han comido el miembro viril, ¿acaso hay una imagen más repulsiva que esa?

Príamo se arrancó las canas e imploró en vano, pues Héctor no lo escuchaba. Entonces su madre, Hécuba, dio un paso adelante. Era la primera mujer de Príamo y Héctor no sólo era su primogénito sino también el hijo que ella quería tener. Fuerte, raudo, regio. Subió hasta la muralla, abrió su vestido y levantó su pecho izquierdo y, al mismo tiempo, le habló con su oscura voz.

—Mi querido hijo, con este pecho te he alimentado y consolado cuando tenías hambre o estabas triste. Apiádate de tu padre y de mí. Defiéndete y defiende la ciudad que hay tras las murallas. No te enfrentes al temible enemigo solo y fuera de ellas. Si caes muerto ahí fuera, ni yo como madre ni tu esposa, Andrómaca, podremos llorar junto a tu pira, pues los perros de los aqueos te harán pedazos junto a sus negras naves.

Héctor apartó la mirada para no sucumbir a las plegarias de su madre. Más difícil aún le resultó cuando apareció Andrómaca en la muralla con su hijo en el regazo y el pequeño saludó con la mano a su padre y lo hizo vacilar. Quizás debiera entrar en la ciudad, pero antes se había negado a hacerlo, pues confiaba en su fuerza. Ahora cabía el riesgo de arrastrar consigo a todo el pueblo hacia la perdición. Quizás lo mejor fuera buscar refugio tras las murallas, pero entonces dejaría de ser quien era. Su destino era quedarse donde estaba y vencer a Aquiles o caer con el honor intacto.

Entonces se le ocurrió una idea.

Colocó el escudo y el casco sobre el suelo, dejó la lanza descansando contra la muralla y pensó en encontrarse con Aquiles totalmente desarmado en busca de conciliación. Helena y todo lo que ella había traído consigo serían devueltos. Todos los tesoros de la rica ciudad se repartirían por igual entre aqueos y troyanos. Era una idea tentadora, pero sabía que Aquiles no perdonaba, que acabaría con él como con una mujer indefensa. No era posible mantener semejante conversación con un hombre furibundo. Lo único que quedaba era lo peor de todo: batirse con él en un duelo a vida o muerte y esperar la gracia de los dioses.

En eso pensaba mientras Aquiles se acercaba cada vez más. Héctor no era un hombre cobarde. Pero cuando vio venir la muerte, el corazón le estalló y huyó. Todas las puertas de la ciudad estaban cerradas, de manera que corrió alrededor de las murallas con la esperanza de encontrar alguna posibilidad de franquearlas.

Aquiles lo persiguió como un azor. Pasaron por la atalaya y por la vieja higuera en dirección a las dos fuentes del río: una de aguas gélidas incluso en verano y la otra, de aguas templadas incluso en invierno. Allí lavaban las mujeres la ropa en lavaderos bien contruidos con hermosas piedras al fondo. En tiempos de paz. Ahora hacía ya mucho tiempo que las mujeres no se atrevían a ir hasta allí.

Un héroe perseguía a otro héroe. La gente que estaba en lo alto de las murallas jamás había visto nada parecido. Gritaban palabras de ánimo a Héctor y maldecían a su perseguidor, pese a que ambos corredores no oían nada más que su propia sangre y su respiración.

Andrómaca no podía estarse quieta. Su pequeño preguntaba: «¿Por qué corre papá?». Carecía de respuesta, pero Helena dijo despreocupada: «Simplemente están jugando a ver quién es el más rápido».

Puede que la muerte no sea la más rápida, pero nos alcanza a todos. Andrómaca agarró a su pequeño y volvió a casa. Quería ahorrarle al niño y quería ahorrarse también a sí misma aquella carrera que terminaría con uno de los dos —su marido o su rival— muerto a los pies de las murallas.

Todos los demás se quedaron. Se inclinaban por encima de la muralla para ver mejor a los dos hombres que corrían allá abajo como caballos de carreras. Aquello parecía un sueño. La presa no podía zafarse y el cazador no podía alcanzarla.

Tres vueltas dieron a las murallas de la ciudad y la distancia entre ambos seguía siendo la misma. Los espectadores se impacientaron, algo tenía que pasar, todo aquello tenía que hallar un final, y le gritaron a Héctor que se detuviera, que luchara.

—El gran dios está de tu lado, Héctor. No ha olvidado todas las veces que sacrificaste enormes bueyes en su honor. Si ha llegado la hora de cumplir con tu destino, hazlo.

Algunos de ellos comenzaron incluso a apostar. El duelo a vida o muerte entre los dos héroes iba camino de convertirse en un número de circo y la gente quería ver el final. Incluso el hermano de Héctor —uno de los pocos que seguían con vida— le gritó que se detuviera y luchara hombre contra hombre, lanza contra lanza, espada contra espada.

Entretanto llegó también gente procedente de las tiendas y las naves de los aqueos. Guerreros mutilados, sirvientes, troyanos cautivos, esclavas, cada uno con sus esperanzas. Los aqueos soñaban con subirse pronto a bordo de las naves, izar las velas y navegar hacia su casa. Los troyanos esperaban recuperar sus vidas si Héctor vencía. Briseida, que también había ido hasta allí, no lo tenía tan fácil. Despreciaba y adoraba a Aquiles al mismo tiempo. La razón le dictaba que debía desearle la muerte, pero el corazón le decía otra cosa.

Cierto era también que la carrera minaba las fuerzas de Héctor más que las de Aquiles. El temor lo debilitaba, mientras que la ira reforzaba aún más a Aquiles. Ya no había manera de escapar al destino. Y, por eso, se detuvieron.

Se hizo un silencio absoluto y Héctor habló como sigue.

—No voy a seguir huyendo, Aquiles. Aquí estoy ahora, preparado para enfrentarme a ti, sea para morir o para matarte. Pero primero quiero prometerte una cosa. Si los dioses me conceden la victoria, no voy a profanar tu cadáver. Me llevaré tu armadura, pero tu cuerpo se lo entregaré a tus compatriotas. Prométeme que harás lo mismo.

El heroísmo bárbaro de Aquiles no le permitió demostrar humanidad alguna. Reprendió incluso a Héctor.

—Jamás se ha oído hablar de acuerdos entre leones y personas, como tampoco entre lobos y corderos. Hacia ti no siento más que furia por todos los compañeros míos a los que has matado. Ahora ha llegado tu hora.

Apenas había terminado la frase cuando arrojó su lanza, pero Héctor se agachó de tal manera que pasó volando por encima de él. ¿Sería una señal de los dioses? ¿Querrían concederle el honor de acabar con el mayor guerrero de los aqueos?

—Erraste, Aquiles, y aquí sigo. No me vas a ver la espalda.

Con renovada seguridad en sí mismo arrojó la lanza, que se clavó en mitad del escudo de Aquiles sin llegar a atravesarlo. No había contado con eso.

—No pienso, en cualquier caso, morir deshonorado y sin luchar —se dijo en voz alta, sacó la pesada espada, se meció durante un momento de puntillas e hizo acopio de fuerzas, como un águila que planea sobre el cielo antes de volar en picado para atacar a un corderillo que pasta.

A Aquiles no lo pilló de improviso. Ya había decidido dónde iba a asestar el golpe. Sólo una parte de Héctor estaba desprotegida. El punto de encuentro entre la clavícula y la garganta: ahí y sólo ahí. Todo lo demás estaba cubierto por la armadura.

Ambos ofrecían un espectáculo soberbio. Héctor con sus oscuros rizos y sus

apasionados ojos negros como el carbón, Aquiles con su largo cabello claro y los ojos amarillos como los de un gato. Erguidos, de anchas espaldas y estrechas caderas. Si al dios del arco le quedaba algo de razón en el cerebro, dejaría que ambos vivieran. Pero no fue así.

Esa vez Aquiles no falló. La lanza atravesó la garganta de Héctor sin quebrarla. Cayó al suelo, pero todavía podía hablar.

—Te lo ruego, no arrojes mi cuerpo a los perros. Mi padre y mi madre habrán de recompensarte con abundante oro, plata y bronce sólo con que les permitas que me lleven a casa, donde los troyanos y sus esposas puedan incinerarme en una pira según es costumbre.

Aquiles se encolerizó aún más.

—No me vengas con súplicas, perro. Tengo ganas de descuartizarte y comerte crudo sólo por el dolor que me has causado al matar a mi más querido amigo. Ningún tesoro en el mundo puede salvarte ahora. Incluso si tu padre ofrece tu peso en oro, ya puede tu madre abstenerse de preparar la pira y de entonarte cantos de duelo. Ya no les perteneces. Les perteneces a los perros y las aves salvajes.

Héctor hizo acopio de sus últimas fuerzas, sacudió la cabeza y el casco brilló como antaño.

—Tu corazón es más duro que tu lanza, no debería suplicarte. Pero también a ti te llegará el día. Por muy valiente que seas, no eres inmortal.

Esas fueron sus últimas palabras y la muerte le cerró los ojos con sus fríos dedos.

Aquiles no podía permitir que fuera otro quien dijera la última palabra.

—De buena gana recibiré a la muerte cuando me llegue la hora.

Sacó la lanza, la colocó a un lado, chorreante de sangre, y le quitó la armadura al muerto. Varios aqueos se arremolinaron alrededor y se maravillaron ante la belleza de Héctor, incluso en la muerte, lo cual no fue óbice para atacar el cuerpo desnudo con machetes y palos, patadas, escupitajos, impropiedades e hirientes vituperios.

—Míralo, ahora no es tan insolente como cuando quería quemar nuestras naves.

Sin embargo, Aquiles no estaba satisfecho. Su corazón salvaje pedía a gritos más y más venganza, de forma que nadie lo olvidara, de forma que hasta los dioses se quedaran boquiabiertos. Perforó los pies del muerto y por esos agujeros pasó una firme tira de cuero con la que lo ató a su carro. Los demás miraban sin comprender qué tenía en mente. Pero pronto quedó claro.

Aquiles se alejó arrastrando al muerto por el suelo, y el polvo se iba depositando sobre el rostro de Héctor, otrora tan hermoso. Los negros rizos se deshicieron, la nariz quedó desfigurada y por la boca entreabierta entraban arena y polvo y desperdicios de caballo.

Hécuba, la madre del difunto, emitió un grito desgarrador y trató de tirarse abajo desde la alta muralla. Príamo, su padre, lloraba desconsolado y quería ir a suplicarle a Aquiles, pero su pueblo se lo impidió. «Es demasiado cruel y colérico», le decían, pero Príamo quería intentarlo.

—Quizás tenga en consideración mi edad. Su padre es igual de mayor que yo. Ya he sufrido bastante. Varios de mis hijos están muertos y ahora también aquel al que más

veneraba. Cuando uno pierde a un ser querido, no hay más consuelo que llorar su muerte en condiciones, sostenerlo en los brazos, gimitar y quejarse hasta saciarse.

Saciarse. Hécuba jamás iba a saciarse. Rodeada de sus nueras y otras mujeres habló con su hijo.

—¿Cómo voy a vivir yo ahora con este dolor? Eras un orgullo para mí y para toda la ciudad, su defensor. Eras un honor para mí y para ellos. ¿Cómo vamos a vivir sin ti?

La única persona que no sabía de la muerte de Héctor era su esposa, Andrómaca. No se había atrevido a permanecer junto a la muralla. Se había marchado a casa, donde estaba sentada frente a su telar, fingiendo que todo era como de costumbre. Ordenó a las esclavas de bellas trenzas que calentaran el agua para que el baño de Héctor estuviera listo cuando regresara a casa después de la batalla. De vez en cuando miraba a su pequeño, que dormía un poco más allá, en brazos de su nodriza. De repente, sin razón aparente, la preocupación se apoderó de ella, todo el cuerpo le temblaba y se le cayó la lanzadera al suelo. Desde la fortaleza se oían voces desconsoladas. Se levantó presurosa y se llevó consigo a dos esclavas. ¿Qué desgracia había caído sobre la ciudad?

Fue corriendo hasta la muralla, el corazón le latía en el pecho como si se le fuera a salir de él. Alguien intentó impedir que viera lo que ya había visto. El carro de Aquiles, que se alejaba a gran velocidad camino de las naves aqueas, iba arrastrando el cuerpo de su marido. Una oscuridad más negra que la noche cayó sobre sus ojos y Andrómaca se desplomó en el empedrado, cayó la diadema dorada, igual que el velo que mantenía recogido su cabello largo y ondulado.

Fue Helena quien se ocupó de ella y le hizo recobrar el sentido.

—Oh, ¡mi marido!, ¡mi Héctor! —sollozó Andrómaca—. Ahora lo he perdido todo.

Fluían las lágrimas, la voz le fallaba. Habría sido mejor no haber nacido. Habría sido mejor no haber alumbrado jamás a un hijo que ahora iba a crecer sin su padre. Mientras Helena la mecía en su regazo, Andrómaca recordó aquella vez en que Héctor había acudido a su padre con espléndidos regalos y había pedido su mano en matrimonio, antes de que Aquiles destruyera su ciudad. Recordó su primera noche juntos y se desataron nuevas explosiones de llanto. Ahora, ese cuerpo que ella amaba sería devorado por perros y buitres. No podría besarlo antes de su último viaje. Lo único que quedaba de él era su ropa, toda ella tejida por las mujeres de la ciudad, e iba a quemarla.

—¿Qué va a ser de nuestro hijo sin ti, querido mío? ¿Quién va a protegerlo de todos los juegos peligrosos? ¿Quién va a enseñarle a domar un corcel y a lanzar un dardo? ¿Quién lo hará un hombre? Tu búsqueda del honor y la gloria en la guerra, esa fuente de lágrimas, te ha dado muerte. Nos abandonaste a tu hijo y a mí justo cuando empezábamos a saborear la felicidad.

Así se lamentaba Andrómaca y, una vez más, estalló en llanto.

La Señorita se sentó en su silla.

—Ya basta por hoy —dijo, y clavó la mirada en mí.

Se había vuelto una costumbre. Cada vez que daba por terminado el día se giraba hacia donde yo estaba. Pero aquella vez me estaba clavando de verdad la mirada.

¿Por qué? ¿Estaría pensando en la víspera, cuando yo estaba frente al hombre enmascarado? ¿Estaría pensando en que quizás pronto me volvería a encontrar allí?

¿Intuiría algo sobre mis sentimientos? ¿Huele uno diferente cuando está enamorado? Quizás sí. Dimitra, en cualquier caso, me había calado y me miraba compasiva.

Fuimos caminando juntos a casa —ella y yo— como de costumbre.

—¿Qué horror de persona ese Aquiles! Es como los alemanes. ¿Cómo demonios se puede sacrificar a gente inocente por venganza?

Estaba de acuerdo con eso. ¿Cómo demonios se puede hacer tal cosa?

Cuando llegamos a la plaza recibimos la respuesta. Simplemente se hace. Se hace porque se puede. Los tres hombres a los que habían elegido el día anterior se balanceaban, colgados del vetusto castaño de la plaza.

—Parecen tan indefensos... —dijo Dimitra, con una voz apenas audible.

Ser ahorcado es una manera muy cruel de morir. Se le priva a uno del contacto con la tierra. Uno muere exiliado de su elemento, en el vacío del aire.

Le pasé la mano por los hombros y la saqué de allí. La Señorita me había hecho responsable. Las familias de los muertos ya no lloraban.

—La vida continúa —dije.

Sabía que era una tontería, pero no se me ocurría nada mejor. En un par de horas elegirían a tres nuevas víctimas. En un par de horas volvería a estar ahí junto a los demás y el hombre enmascarado señalaría a tres de nosotros.

¿Moriría yo esa noche?

Me puse a pensar en todos los jóvenes inocentes a los que Aquiles había asesinado sin piedad. Más de tres mil años habían pasado desde entonces y la muerte no se había vuelto más leve.

En todo caso, me había resuelto a no hacerme pis otra vez. Era lo mínimo que podía hacer.

Trepé por la morera, hasta lo más alto, todo lo alto que uno podía llegar. Eso mismo hacíamos de pequeños, una prueba de hombría. Desde allí podía vigilar el trayecto del sol. Las sombras se alargaban poco a poco. Las montañas se oscurecían a lo lejos. El aroma de las flores de los almendros se mezclaba con los olores más intensos de la comida que preparaban en las casas circundantes. Orégano y albahaca, grasa rancia, habas. Me parecía que hasta la luz del sol desprendía un olor.

En ese momento se oyeron las campanas de la iglesia, que anunciaban el atardecer, y había llegado el momento de dirigirse a la plaza. Mamá me andaba buscando, pero yo no era capaz de despedirme otra vez de ella.

Los hombres del pueblo ya estaban congregados ante la iglesia. Me coloqué el último en la fila. El capitán alemán y el hombre enmascarado ya estaban en sus puestos.

Mientras esperábamos, más muertos que vivos, un furgón militar entró en la plaza a una velocidad vertiginosa. Habían encontrado al partisano que se había escabullido. La Señorita tenía razón. No tenía por qué ser un hombre. Podía ser una mujer y resultó que era una mujer. No la habíamos visto antes, aunque de haberla visto tampoco la habríamos reconocido.

La tiraron al suelo como si fuera un saco de trigo. Tenía el cuerpo entero cubierto de sangre, pero vivía. Lloriqueaba casi en silencio. El capitán y su compañero deliberaban, en el coche. Nadie puede saber lo que dijeron. Pero todos vieron lo que ocurrió. El capitán disparó a la joven en mitad de la frente. Los sesos salpicaron a su alrededor. A continuación, el capitán habló con el alcalde, que interpretó al griego su decisión.

Habían dado con la persona a la que buscaban, pero había sido después del atardecer. Por eso,

tres de nosotros seríamos ejecutados, conforme a lo dicho.

Y así fue. Se eligió a tres nuevas víctimas, entre las cuales yo no estaba, y los alemanes se las llevaron consigo y se marcharon. A la joven la dejaron tirada en el empedrado frente a la iglesia.

—Tenemos que averiguar quién es —dijo el alcalde.

Entonces apareció la Señorita. Aquella mujer era su compañera y amiga del pueblo vecino, en las montañas. Los alemanes lo habían arrasado y le habían prendido fuego. El viento arrastraba hasta nosotros el denso humo de la carne humana quemada.

—Ya me ocupo yo de ella. Se llama Ifigenia —dijo la Señorita.

—Ifigenia... ¿qué más? —preguntó el alcalde.

La Señorita sacudió la cabeza.

—¿Qué más da?

Luego se giró hacia mí.

—¿Me ayudas? —preguntó.

## XVII

La Señorita se enjugó los ojos. Lo mismo hicimos nosotros, sobre todo Dimitra. La noche anterior había sido larga. Todo el pueblo se había mantenido en vela. Nos ocupamos del cadáver de la partisana, lo lavamos y le limpiamos la sangre y el semen. La habían forzado por todos los orificios del cuerpo.

La Señorita sacó su vestido más bonito y se lo puso a la difunta. La abuela de uno de los tres hombres a los que habían ejecutado la víspera entonó una canción de duelo con la voz quebrada.

*Niña, ¿cómo he de albergar  
tanto dolor?  
Si lo extiendo por el valle y las montañas  
los pájaros picotearán en él.  
Si lo lanzo al mar  
los peces lo mordisquearán.  
Si lo coloco sobre los cruces del camino  
los caminantes se tropezarán con él.  
Mejor me lo guardo en el corazón.  
Así puedo retirarme un rato a descansar  
cuando duela demasiado.*

Todos los allí presentes se afanaban por no llorar. Dimitra apoyaba la cabeza sobre mi hombro. Era responsabilidad mía. Lo había dicho la Señorita.

El entierro fue muy discreto, muy temprano por la mañana, justo cuando el sol se abría camino entre la niebla. Teníamos miedo de despertar la ira de los alemanes, y por la noche no se podía hacer nada. Dios tenía que saber quiénes habían muerto.

Pero hubo dos alemanes que vinieron. No muy cerca, no de manera evidente, casi como si hubieran pasado por el cementerio por casualidad.

Eran los dos pilotos. Wolfgang y Erich.

La Señorita agachó la cabeza para ocultar una sonrisilla, se podría decir que una sonrisa recién nacida.

Pero yo la vi. Y lo supe. Estaban enamorados los tres. Una mujer y dos hombres. A ver cómo acababa aquello.

## XVIII

Al día siguiente era primero de mayo. Camino de la escuela, Dimitra y yo nos desviamos por la plaza. En las tres cafeterías, en el despacho del alcalde y sobre el enorme castaño habían colocado unos carteles.

Eran del comandante alemán para toda nuestra comarca. Debido al «cobarde» asesinato de un alto oficial alemán a manos de la resistencia griega, doscientos prisioneros políticos habían sido ejecutados en diversas cárceles, con «extraordinaria valentía», como dijo Dimitra con sorna.

Inmediatamente pensé en papá. ¿Seguiría vivo?

Cerré los ojos con fuerza. Como si no quisiera ver lo que veía. ¿Podría ocultárselo a mamá?

Ya casi habíamos llegado. La Señorita estaba pálida y ojerosa.

—No podemos hacer nada más que nuestro trabajo —dijo, y prosiguió su relato con voz trémula:

Andrómaca lloraba la muerte de su marido rodeada por las mujeres de Troya, y Aquiles preparaba las honras fúnebres por Patroclo. Los aqueos habían regresado a las naves y cada uno se dirigía a la suya. Pero los mirmidones se congregaron en torno a su dirigente, que habló con ellos.

—Mis fieles amigos y guerreros, no os apeéis de nuestros carros y corceles de frondosas crines. Pues ahora hemos de honrar a Patroclo tal y como corresponde a un hombre que espantaba al enemigo. Después podemos cenar juntos y hablar sobre él, sobre su belleza y su fuerza, sobre lo buen amigo que era y sobre su buen corazón, hasta que remita nuestra pena.

Tres veces cabalgaron llorando en torno a la parihuela de Patroclo. Mojaban la arena con sus lágrimas, que rodaban por sus rostros sudorosos hasta que Aquiles, que los dirigía, bajó de su carro y se plantó frente al difunto.

—He mantenido la promesa que te hice, querido amigo. Héctor, tu asesino, yace muerto aquí y pronto será pasto de los perros.

Arrojó el cuerpo de Héctor boca abajo ante la parihuela de Patroclo y le propinó unas patadas. Después de esto, estaba lo bastante sereno como para invitar a los hombres a una comida pantagruélica. Se sacrificaron y despellejaron cantidades ingentes de bueyes y terneros, ovejas y corderos, cabras y cabritos, cerdos cebados y cochinitos, y se cocinaron a la brasa sobre una hoguera al aire libre.

Aquiles no comió ni bebió nada.

Entretanto llegó un mensaje de Agamenón, que lo invitaba a su tienda junto con todos

los demás dirigentes y reyes. La victoria estaba cerca. Héctor, el incorruptible defensor de Troya, estaba todo lo muerto que se podía estar.

Las sirvientas de Agamenón habían calentado agua para que Aquiles se pudiera limpiar el polvo y la sangre. Aquiles rechazó la oferta.

—No tengo derecho a disfrutar de nada antes de haber enterrado a mi amigo, haberle erigido un monumento y haberme cortado el pelo. Viva el tiempo que viva no habré de padecer un dolor igual. Pero si quieres darme una alegría, Agamenón, ordena a tu gente que prepare todo lo necesario para una pira majestuosa. Leña de roble viejo y joven que arda fácilmente y huela bien. Mi amigo ha de llegar hasta el rey del Inframundo en unas llamas que, por un breve instante, puedan disipar la oscuridad de la muerte.

Agamenón prometió ocuparse de ello.

Aquiles regresó de vuelta con sus hombres. Habían ido a sus tiendas para dormir. Él no podía. Estaba muy cansado, pero no lograba conciliar el sueño. Al final se sentó en la playa. Soplaban un viento del este ligeramente refrescante, que traía consigo los gemidos y el llanto de los troyanos.

El destino de Patroclo era morir a manos de Héctor. El destino de Héctor era morir a manos de Aquiles. «¿Quién o cuál será mi destino?», se preguntaba. En ese momento le gustaría tener a Briseida a su lado. Ella siempre podía dormirlo con sus caricias. Sólo imaginársela lo tranquilizaba, y se sumió en un profundo y agitado sueño plagado de pesadillas e imágenes perturbadoras. Perseguir a Héctor a los pies de las murallas de Troya y bajo todas aquellas miradas lo había hecho sentirse más como un verdugo que como un héroe. Pero lo que más lo atormentó fue que Patroclo se le apareció en sueños y se le quejó amargamente.

—¿Cómo puedes dormir, Aquiles? Fuiste mi fiel amigo en vida, pero no en la muerte. Estoy vagando a la entrada del Inframundo, y los viejos héroes y reyes muertos no me dejan entrar porque no has incinerado mi cuerpo. Tiéndeme la mano por última vez. También a ti te aguarda un destino. Pero prométeme que meterás mis cenizas en la misma urna dorada a la que irán a parar las tuyas. ¡No me dejes reposar lejos de ti!

Así habló Patroclo en sueños y Aquiles estiró los brazos para abrazarlo, pero no había nada que abrazar. Ese vacío era tan palpable que lo despertó, igual que el silencio a veces puede ser más atronador que el aullido de unos lobos.

El día amaneció con un brillo tras el monte Ida, resplandeciente como una novia camino de su boda. Agamenón mantuvo su promesa. Los suyos ya se habían puesto a talar robles jóvenes y viejos, y los iban cortando en leños que ardían fácilmente y que iban apilando unos sobre otros donde quería Aquiles.

A continuación, ordenó a los mirmidones que se pusieran la armadura y engancharan los caballos a los carros. Encabezaban el desfile. Tras ellos iban miles de soldados de infantería como una nube parda. Cuatro dirigentes llevaban la parihuela de Patroclo, cubierta de cabello. Todos los aqueos, conocidos por sus largas melenas, se habían cortado el pelo.

Aquiles sujetó la cabeza de su difunto amigo para luego entregarlo con sus propias manos a la muerte. Cuando llegaron a la pira, también él se cortó su frondosa cabellera de color rubio rojizo y la colocó sobre las yertas manos del difunto.

Muchos prorrumpieron en llanto y llorarían hasta que se pusiera el sol sobre su pena,

pero Aquiles pidió a Agamenón que enviara el ejército de vuelta a las naves para cenar.

Tan sólo se quedaron los amigos más cercanos de Patroclo, que subieron desconsolados su cuerpo a la pira, de casi cuatro metros de ancho por cuatro de alto. A continuación, sacrificaron un gran número de ovejas y bueyes y los descuartizaron. Aquiles ungió el cuerpo con la grasa de los animales, cuyos cuerpos despellejados apilaba en torno al cadáver. Después añadió unas tinajas llenas de aceite y miel. Y también cuatro caballos. Pero no era suficiente. Degolló incluso a dos de sus nueve perros, a los que solía dar de comer en la mesa.

Pero lo peor de todo, lo más nefario, estaba por llegar. A escasa distancia de la pira estaban los doce jóvenes troyanos que habían apresado en el río. Miraban todo aquello con creciente pavor. Cuando eran pequeños seguramente soñaban con convertirse en héroes, con despertar la admiración y el amor de bellas mujeres, con ser objeto de canciones y leyendas. Ahora estaban sobre la suave arena atados de pies y manos, apretados unos contra otros y, sin embargo, no estaban juntos. Cada uno pensaba en su propia familia o en su propia amada. Cada uno pensaba en la propia muerte. No se les daría sepultura, sus cuerpos vivos se convertirían en ceniza. En eso pensaban y lloraban en silencio. Sabían que nada ni nadie podría ayudarlos.

No muchos dominan el arte de cortarle el pescuezo a una cabra o una oveja. Todavía menos dominan el de rebanárselo a una persona de un solo tajo, pero Aquiles era uno de ellos y era el más atroz. Uno por uno le llevaron a los jóvenes troyanos allá donde estaba, con las piernas abiertas y la afilada espada en las manos. Quería mirarlos a los ojos. Quería que lo miraran a los ojos. Quería ser lo último que vieran.

Y lo fue.

Estaba rociado de sangre, pero seguía, como poseído por una furia sacrílega. Incluso algunos de los viejos dirigentes pensaban que había ido demasiado lejos, pero se mantuvieron callados.

Por último, agarró dos antorchas prendidas, una en cada mano, y gritó tan alto como pudo, de manera que hasta su difunto amigo pudiera oírlo.

—Recibe nuestro saludo, Patroclo, en el Reino de los Muertos. Todo cuanto te prometí se ha cumplido. Doce jóvenes hijos de nobles troyanos te harán compañía en la hoguera. No así tu asesino. A Héctor lo tiraremos a los perros.

Aquello era extraño. El fuego no prendía y los perros no tocaban el cadáver de Héctor.

«Los dioses deben haberlo querido mucho», pensó Aquiles, y sintió algo posiblemente similar a la simpatía por el hombre al que tan burdamente había humillado.

La quietud no duró mucho. De repente sopló un viento, como era habitual en la costa de Troya. Era uno de esos vientos que ganaba velocidad en el estrecho. Venía en ráfagas. A veces se paraban al cabo de unos minutos. A veces podían durar días y noches. Aquella vez era uno de esos vientos pertinaces. Aquiles se pasó la noche entera vigilando el fuego e impregnando el suelo de vino para que no se extendiera. De vez en cuando se sentaba y lloraba sin consuelo.

Cuando el lucero del alba se alzó en el cielo, la pira se había reducido y el fuego se extinguía. Paró el viento, pero sobre el mar seguían levantándose altas las olas. Aquiles estaba exhausto por la carnicería y la vigilia y se acostó un rato. Le vino el sueño con pasos ligeros como los de un gato y se quedó dormido antes incluso de ser consciente de

ello.

Llegados a ese punto, la Señorita dio por concluido el día.

—Vamos a dejar a Aquiles que duerma un rato. Mañana será otro día —dijo. Estaba cansada. Y nosotros también.

Dimitra y yo fuimos caminando juntos, como de costumbre, a casa. Pero no fuimos directamente, sino que nos desviamos por la plaza. Sentado en compañía del alcalde se podía ver al capitán alemán. Wolfgang y Erich estaban sentados solos un poco más allá.

Iban a perder la guerra y se les notaba. Llevaban los uniformes mal planchados y las botas llenas de polvo y con agujeros en las suelas.

En cierto modo nos daban pena.

—No son mucho mayores que nosotros —dijo Dimitra.

Entonces apareció la Señorita y los dos se pusieron en pie al mismo tiempo. Ella sonrió y se sentó con ellos.

De repente parecía estar contenta.

Pero tal y como había dicho, mañana sería otro día y nadie sabía cómo iba a ser.

Dimitra se quedó mirándola como hechizada.

—Ya me gustaría a mí ser tan atrevida como ella —dijo.

No nos quedamos mucho rato en la plaza. Cuando nos íbamos a despedir bajo la morera, Dimitra dijo que no había nadie en su casa, que su madre estaba de visita en casa de la abuela, en el pueblo de al lado, y que su padre estaba en la taberna.

Yo oía lo que decía y sabía lo que quería decir. ¿Me atrevía a acompañarla? Estaba enamorado de otra. Estaba enamorado de la Señorita, que en ese momento estaba sentada con dos pilotos alemanes en la plaza. Ella no estaba enamorada de mí, pero eso era problema suyo. No mío.

Así pues, me fui a casa, donde mamá me estaba esperando. También ella había visto el cartel sobre los doscientos reos ejecutados. Pero algo en ella le decía que su marido no era uno de ellos.

¿A quién intentaba consolar mamá? ¿A mí o a sí misma?

—Seguro que sí, mamá. Que papá vive. Igual que vivimos tú y yo.

Me había tenido a los dieciocho años. Ahora tenía treinta y tres. Me sentía prácticamente de su edad.

—Estoy enamorado, mamá —dije.

Pegó un brinco.

—¿De Dimitra? —me preguntó con voz cariñosa.

Cuando vi su alegría no quise empañarla. No dije ni «sí» ni «no».

Tan sólo le dije, ligeramente burlón: «¿Quién sabe?».

## XIX

La abuela había tomado una determinación. Iba a ponerse en camino para enterarse de dónde tenían cautivo a papá, si es que aún seguía vivo. No podía dejar que su hija viviera en la incertidumbre. El abuelo intentó convencerla de que se quedara en casa.

—Pero si los caminos están peligrosísimos, Maria querida —dijo él.

Tenía razón. Justo antes de que terminara la guerra, Grecia era un matadero. Los alemanes ejecutaban a gente, sus legionarios griegos ejecutaban a gente, el movimiento de resistencia ejecutaba a gente. Pero la abuela dijo que no podía seguir viendo a su hija consumiéndose de pena.

Era menuda. Iba ataviada con su sempiterno vestido negro. Desdentada, padecía de tos y le costaba respirar. Pero allá fue. Para el camino se llevó una cebolla, unas aceitunas y un mendrugo de pan. Mamá y yo nos despedimos de ella por la mañana temprano.

—La abuela es una santa —dijo mamá.

Por alguna razón, yo había contado las aceitunas que se había llevado la abuela. Siete, pequeñas y arrugadas. Entonces no imaginaba que jamás lo olvidaría. Que muchos años después, ya de adulto, desayunaría siempre siete aceitunas. Ni una más, ni una menos. Pero justo en aquel momento tenía prisa por llegar a la escuela para escuchar el relato de la Señorita:

Aquiles no había llorado lo suficiente la muerte de Patroclo. A pesar de todos los animales sacrificados, a pesar de los doce jóvenes troyanos que había ofrendado. Los gemidos y lamentaciones de sus madres se oían por todo el campo e hicieron que muchos combatientes curtidos se pararan a pensar, por un momento, en lo demencial de la guerra y en la desmesurada pena de Aquiles. Pero todavía quedaba algo por organizar: los juegos fúnebres en recuerdo del difunto.

Los premios eran diversos, e iban desde oro hasta mujeres con coloridos cintos. Había pugilato, lucha y certámenes de dardos y del arte de conducir un carro. Resultó como solía ser cuando los aqueos competían entre sí. Trampas y disputas, acusaciones falsas, tretas, recriminaciones, árbitros corruptos.

Ulises logró vencer al gigante Áyax en lucha al golpearlo en la pierna —lo cual estaba prohibido— y llegó segundo en la carrera pese a ser el de edad más avanzada. Había tomado un atajo. Sólo en el pugilato la victoria fue clara como el sol, pues el maestro sencillamente mató a su contrincante al asestarle repetidos golpes en la cabeza.

Agamenón venció en los dardos sin competir, puesto que todos sabían que era el mejor, pero valga decir como prueba de su honor que cedió el premio a su heraldo.

En todo caso, los juegos supusieron un buen entretenimiento para el ejército y una interrupción bien acogida de las batallas.

Llegó el atardecer y los hombres fueron hasta sus naves y tiendas para comer y dormir.

Pero Aquiles no quería comer y era incapaz de dormir.

Briseida lo esperaba en la tienda, pero él seguía tumbado en la playa, se retorció, lloraba y aullaba, se levantaba y deambulaba como para salir de sí mismo. Pensaba en todas las veces que Patroclo y él habían combatido codo con codo, en que habían irrumpido en las líneas enemigas o navegado por mares procelosos.

Así pasó la noche y, cuando amaneció, ató el cuerpo de Héctor a su carro y dio tres vueltas alrededor del túmulo de Patroclo. El dolor se había mitigado un poco y fue a la tienda a descansar. Oía a sangre, sudor y caballo.

Briseida ya no pudo contenerse más.

—No te reconozco. Llevas ya varios días que sólo lloras y matas, matas y lloras. Has humillado a Héctor, que hizo lo mismo que tú también habrías hecho. Defender a su gente y su ciudad. Era tu igual, pero los dioses estaban de tu parte y lo venciste. Deberías dejar que su esposa y su hijo, su madre y su padre, sus amigos y el pueblo troyano volvieran a verlo, se despidieran, lloraran su muerte y lo quemaran en una pira tal y como corresponde a un hombre que ha sacrificado su vida por ellos. Es hermoso ser justo en la hora de la derrota, pero más hermoso aún es ser justo en la hora de la victoria. He calentado agua. Ve, lávate y vuelve como el hombre al que conozco. No te has acostado conmigo desde que has vuelto. La venganza te atrae más que yo. Esta noche, mientras dormitaba un rato, se me apareció Zeus en sueños y me dijo alto y claro: «Dile a Aquiles que no es humano padecer tanto. La vida viene y va. La suya también. Dile que ha de entregar el cuerpo de Héctor a su familia y a su pueblo y no dejar que se pudra junto a las naves. Si no, despertará mi ira, y ni él ni ningún otro mortal o inmortal querría tal cosa».

Aquiles la escuchaba, no porque quisiera, sino porque no podía hacer otra cosa. Su clara voz lo purificaba del fragor de la batalla, de la brutal consumación de la matanza, y quería volver a ser un hombre, un hombre al que ella reconociera.

—Haré lo que tú quieras —dijo, y se levantó de la cama, se metió en la bañera de agua caliente y Briseida lo lavó de la cabeza a los pies como hacía su madre con él cuando era pequeño.

«En brazos de una mujer seremos siempre niños», pensó, y justo después se sumió en un profundo sueño.

Briseida se lo tomó como una señal y no perdió el tiempo con dudas. Se puso un vestido negro, sencillo y brillante, que le llegaba hasta sus finos tobillos. Su sirviente le ensilló el corcel que le había regalado Aquiles, una joven yegua de Argos, la ciudad de veloces caballos. Partió hacia Troya con el sol en la espalda. Al aproximarse a «la puerta de las sombras», se oían con nitidez llantos y lamentos procedentes del palacio de Príamo, que se encontraba justo detrás. Los guardias la llevaron hasta él.

Príamo estaba sentado en el gran salón con la poca familia que le quedaba tras la batalla. Los hijos e hijas más jóvenes, con sus nueras y nietos. De sus hijos ya adultos sólo seguía con vida Paris, pero estaba con el ejército.

Tampoco Helena estaba allí. Se encontraba del todo sola en su alcoba. ¿Cómo iba a atreverse a estar con los demás? ¿Cómo iba a consolar a Andrómaca? ¿Acaso tenía

derecho a hacerlo? La culpa y la vergüenza crecían en su corazón como un tumor. Cuánta gente había muerto por su amor y el de Paris. No podía comer, ni beber, ni dormir, ni estar del todo despierta. Hasta las caricias de Paris la repugnaban. Sentía sus manos como frías serpientes en el cuerpo. Una vez, cuando aún vivía en Esparta, había visto la piel de una serpiente muerta. Era igual que el cuerpo que había envuelto, sólo que este ya no estaba allí. Así se sentía ella ahora. Había abandonado su cuerpo y sus sentidos.

El rostro del viejo rey cubierto de tierra, ceniza y lágrimas se había petrificado en una mueca de horror y pena. Las mujeres que lo rodeaban lloraban a sus maridos y los niños a sus padres.

—¿Vienes con malas noticias, hija mía? —le dijo.

Conocía a Briseida desde que era pequeña, su padre había sido buen amigo suyo. Era la hija de un rey convertida ahora en cautiva y esclava.

—Mi rey, vengo con un recado de Aquiles. Va a entregaros el cuerpo de Héctor y acepta la recompensa que le ofrezcas. Pero con una condición...

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea —dijo Príamo.

—Has de ir hasta la tienda de Aquiles solo, puedes llevar contigo a un viejo heraldo que no vaya armado para que conduzca tu carro, pero a nadie más. Aquiles promete no ponerte la mano encima, lo ha pensado mejor y quiere que Héctor reciba los honores que le corresponden. Utiliza tu mejor carro, el de las ruedas más majestuosas, para llevar todos los regalos a Aquiles y para traer de vuelta a la ciudad el cuerpo de tu hijo. No tienes nada que temer. Él es lo bastante sensato como para no hacer daño a un anciano indefenso.

Príamo quería partir de inmediato hacia allí, pero pensó que primero debería hablarlo con su esposa. Ella se mostró en contra.

—No tienes ninguna razón para confiar en ese asesino —dijo ella.

Pero Príamo estaba decidido.

—Sólo por ver a mi hijo predilecto una última vez, no me importa tener que morir.

No sólo estaba afligido, sino también furibundo. De repente aparecieron todos sus demás hijos y todos los demás troyanos, como si no tuvieran derecho a vivir cuando el mejor de los suyos estaba muerto. Los echó a todos del gran salón, lo atormentaba verlos, oír sus voces quejumbrosas.

—Vosotros no sois guerreros. Mejor os iría de bailarines o ladrones de ovejas y cabras. ¡Fuera de aquí!

Jamás lo habían visto tan lleno de ira y se marcharon con el rabo entre las piernas. Se tranquilizó un poco y ordenó que prepararan el mejor carro, en el que habían de cargar todos los preciados regalos que le llevaría a Aquiles. Ánforas y cuencos exquisitos, oro y plata, finos tejidos y un par de bellos corceles que él mismo había criado.

Estaba listo para marcharse cuando Hécuba salió de su habitación con una jarra de oro llena de vino dulce y lo animó a realizar una libación ante el poderoso Zeus.

Príamo se conmovió de repente. Había perdido a la mayoría de sus hijos, pero también eran hijos de ella. De hecho, eran más de Hécuba que suyos. Era ella quien los había llevado en sus entrañas, quien los había alimentado con su pecho, quien los había consolado cuando se habían lastimado. Una cosa estaba clara. El dolor que él sentía no

podía ser mayor que el de ella.

Llegó una sirvienta con agua fresca de la fuente. Príamo se lavó las manos, derramó el vino en el altar que había en mitad del patio y rezó con la vista entornada hacia el monte Ida, que se veía a lo lejos, y que todavía ocultaba el incipiente sol tras sus laderas.

—Oh, dios, ¡grande y todopoderoso! Envíame tu águila, tu negro heraldo, como señal de la buena voluntad de Aquiles. Haz que sobrevuele mi casa desde la derecha para que pueda encontrarme con el asesino de mi hijo con confianza en el corazón.

Así oró, e inmediatamente vio la enorme ave sobrevolar la ciudad desde la derecha, para gran alegría de Hécuba y de todos los demás.

Así, Príamo y su heraldo abandonaron su hogar, con la certeza de que no iba a ocurrirles nada. Cabalgaron todo el día, las mulas que arrastraban la abarrotada carreta eran resistentes, pero no eran rápidas. Los corceles que llevaban a Príamo eran rápidos, pero no tan resistentes. Era hora de dejarlos beber y descansar. También ellos dormitaron un rato y Príamo vio en sueños cómo unos perros negros despedazaban a Héctor, cuyo vigoroso cuerpo era un jirón ensangrentado. Gritó en sueños y se despertó, al igual que el heraldo, que se preguntaba qué estaba pasando. El viejo rey tenía lágrimas en los ojos y no lograba contarlos.

—Tenemos que darnos prisa —dijo simplemente.

Era tarde y estaba muy oscuro cuando llegaron al campamento de los aqueos y los severos guardias no querían permitirles la entrada, pero el heraldo los aplacó con un puñado de monedas de oro.

Todo estaba a oscuras. El ejército se había acostado a dormir. Estaba recuperando fuerzas para el ataque decisivo contra Troya ahora que Héctor ya no estaba. Pero en una tienda —la más grande y elevada— había luz.

Príamo dejó al heraldo que vigilara los animales de tiro y la carreta de los regalos. Respiró profundamente y entró en la tienda iluminada.

Aquiles celebraba un banquete con algunos compañeros de batalla. Habían comido y bebido, fanfarroneado tontamente y bromeado con grosería. Briseida era la única mujer presente y el viejo rey no vaciló.

Se inclinó trabajosamente ante Aquiles, abrazó sus rodillas y le besó las manos. Se hizo un silencio sepulcral. Todos los que estaban alrededor de la mesa se quedaron boquiabiertos ante esa intromisión, sobre todo el propio Aquiles.

—Piensa en tu padre, Aquiles, cuando me mires. Es igual de mayor que yo e igual de débil. Puede que también él se viera amenazado por estirpes enemigas y se quedara solo y sin ayuda si estallara una guerra. Su única alegría sería oír que sigues con vida y cada día esperarías que regresaras a casa.

»Mi desgracia no tiene límites. Tenía cincuenta hijos cuando vinieron los aqueos. Diecinueve de ellos de mis dos esposas y el resto, de mujeres de la ciudad. La mayoría de ellos ha muerto en la guerra y he sujetado sus cuerpos inertes entre mis brazos. Héctor era mi único apoyo y está muerto. Es por él que estoy aquí. Para llevarme su cuerpo a casa. Te daré lo que quieras, fuera hay una carreta llena de preciados obsequios. ¡Apiádate! Acabo de hacer lo que ningún mortal había hecho hasta ahora: besar tus manos, las mismas manos que mataron a mi hijo.

Las palabras de Príamo llegaron hasta el corazón de Aquiles. Quería a su padre y aquel anciano arrodillado ante él era un rey y un enemigo, pero sobre todo un padre que lloraba la muerte de su hijo. Se conmovió. Ayudó al sollozante Príamo a ponerse en pie, lo abrazó y se quedaron un buen rato sumidos en el recuerdo de lo que habían perdido. Uno, a su querido hijo; el otro, a su querido amigo. La pena no tiene patria ni fronteras. No había nadie en esa tienda que no hubiera perdido a alguien.

Ese era el fruto de la guerra.

El silencio se prolongó largo rato, hasta que Aquiles se giró hacia Príamo.

—Pobre hombre, ¿cómo se las apaña tu corazón después de todo lo que ha tenido que aguantar?

Admiraba el valor del viejo rey, que había ido hasta la guarida del lobo sin más protección que su pelo cano. Además, en actitud y formas, le recordaba a su padre. Una dignidad que la desgracia y el sufrimiento no podían quebrar.

Aquiles iba a entregar su hijo a Príamo. Pero primero iba a cumplir con las antiquísimas leyes de la hospitalidad. Volvieron a poner la mesa e invitaron también al heraldo de Príamo.

Príamo no quería comer ni beber con el verdugo de su hijo, pero le gustaba Aquiles, cuya actitud y formas le recordaban a su hijo. Una fuerza que, lisa y llanamente, conduce siempre a una muerte temprana.

Entretanto, Briseida y algunos otros sirvientes se ocuparon del muerto. Lo lavaron, lo ungieron con aceite, lo vistieron con una túnica bien cosida y lo colocaron en una parihuela. Aquiles salió para comprobar que todo estaba en orden. Entonces apareció Ifis, la mujer de Patroclo.

—¿Cómo puedes olvidar tan fácilmente la promesa que le hiciste a tu amigo? ¡No ibas a entregar a Héctor! ¿Tan tentadores eran los regalos de Príamo?

Estaba fuera de sí, tanto por la traición de Aquiles como porque lo temía. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Todos sabían lo cerca que estaban para él el amor y la ira. Todos sabían cómo la mano que acariciaba también podía golpear rápida y mortalmente.

Aquiles no la golpeó, sino que se mantuvo callado un buen rato antes de responder.

—Tienes razón. He roto mi promesa, pero no por los regalos —de los que recibirás la mitad—, sino porque los dioses nos mandan respetar a los muertos, aunque sean nuestros enemigos. Esa sería también la voluntad de Patroclo. Ve a ayudar a Briseida y a los demás.

Dicho eso, volvió a entrar en la tienda. Príamo había comido y bebido y estaba cansado.

—Mañana a primera hora puedes llevar a tu hijo a casa —dijo Aquiles.

—Me gustaría partir de inmediato, pero no estoy en condiciones. Desde que Héctor encontró su destino, no he podido conciliar el sueño. Me revolcaba en la pena como un cerdo en el estiércol. Ahora me has dado alimento que comer y vino puro que beber. Dame una cama en la que descansar, es todo lo que necesito —dijo Príamo.

Los sirvientes de Aquiles llegaron enseguida con antorchas en las manos y se pusieron a buscar pieles y tapices teñidos de rojo, así como mantas de lana fina. Prepararon dos camas en el vestíbulo, no en el interior de la propia tienda. Los demás aqueos podrían caer en un fácil malentendido si se extendiera el rumor de que acogía a Príamo en su tienda.

Cuando todo estuvo preparado, Aquiles planteó una pregunta.

—Dime, rey Príamo, ¿cuántos días necesitas para el entierro, para que me mantenga quieto aquí y contenga incluso a los demás?

Príamo se conmovió de tal manera que tuvo que tragar con fuerza varias veces antes de responder.

—Sabes que estamos sitiados. Tenemos que ir a buscar leña a las montañas y necesitamos un salvoconducto para hacerlo. Queremos llorar su muerte durante nueve días. Al décimo día lo sepultaremos y celebraremos un banquete fúnebre. Al undécimo le erigiremos un túmulo y al duodécimo —si es necesario— podremos reanudar la batalla.

Aquiles le pasó la mano por la muñeca al anciano y le garantizó que todo sería como deseaba.

Príamo se durmió enseguida. Y también Aquiles, en su cómodo lecho y con Briseida a su lado. Pero ella no dormía.

Briseida esperaba mientras se cerraba la noche y todo el campamento descansaba. Entonces, despertó a Príamo cuidadosamente.

—El peligro aún no ha pasado. Si Agamenón se entera de que estás aquí, no habrá recompensa en el mundo que logre sacarte de aquí con vida —dijo.

Príamo había pensado lo mismo. Despertó a su heraldo, que, antes de nada, unció las mulas a la carreta que portaría la parihuela donde yacía Héctor y, a continuación, los caballos al carro. Briseida los sacó rápidamente del campamento, e igual de rápido regresó a la cama de Aquiles.

De una cosa podía estar segura.

Los héroes siempre duermen profundamente.

La Señorita se sentó en su silla e intentó ocultar un bostezo.

—Ya está bien por hoy. ¡Lo que me gustaría a mí poder dormir profundamente alguna vez!  
—dijo.

Llevaba una blusa verde aceituna y una falda larga negra. Ya no iba siempre de negro de la cabeza a los pies. No sé cuántos se habrían dado cuenta, pero yo sí. ¿Ya no estaba de luto? ¿O había empezado a alegrarse por algo? Una gota de sudor le resbalaba despacio por el pálido cuello.

Me entró angustia. Apenas podía respirar.

¿Cómo iba a ser la vida sin poder verla?

Dimitra me dio un codazo en las costillas.

—Gracias —dije.

—La estás mirando igual que un perro a un pedazo de carne —dijo ella.

Fuimos a casa en silencio.

Nos sentamos un rato al fresco, bajo la morera.

Dimitra me tomó la mano.

—No estés triste. No eres el único que vive un amor no correspondido. Yo también estoy enamorada, no soy correspondida, y no me he muerto por ello.

—¿Cómo? ¿Se puede morir de amor no correspondido?

—Es la causa de muerte más común —respondió ella.

Se metía conmigo. Se metía con ella misma. Éramos jóvenes e impotentes. Pero ella había descubierto la ironía.

Que la vida le sonrío a uno con lágrimas en los ojos.

Eché un vistazo rápido alrededor. Era la hora de la siesta. La gente dormía. No se veía a nadie, pero eso no quería decir que nadie estuviera mirando. Me dio igual.

Me incliné hacia delante y apreté mis labios contra los suyos, como un sello. No quería morir sin haber besado a una chica. Al mismo tiempo, temía que se enfadara. No se enfadó. Con la misma fugacidad apretó sus labios contra los míos y dijo:

—Esta noche vamos a ser la comidilla del pueblo.

## XX

A la mañana siguiente no éramos la comidilla de nadie; eran los alemanes, que al parecer habían recibido la orden de marcharse a otro lugar. Corrían de un lado a otro y cargaban sus coches con armas, munición y artículos varios de primera necesidad. La gente vio al capitán y al alcalde estrechándose la mano, Dios sabe por qué. Algunos de los caudillos locales que se habían posicionado a favor de los alemanes también se preparaban para acompañarlos. El movimiento de resistencia había ganado mucha fuerza. Se rumoreaba que una división del ELAS —las siglas del Ejército Popular de Liberación Nacional— venía camino de nuestra zona.

—Van a llorar muchas madres —dijo el abuelo.

No nos atrevimos a mostrar ninguna alegría. Fuimos a la escuela como de costumbre. La Señorita parecía contenta a la par que abatida, pero reanudó el relato:

La aurora barrió las tierras igual que barre el rubor las mejillas de una niña. Príamo y su heraldo estaban cerca de Troya, ya vislumbraban «la puerta de las sombras». Se quedaron un momento con la cabeza baja junto a la gran higuera donde había caído Héctor.

Varios hombres y varias mujeres de estrecha cintura los esperaban junto a la muralla. Vieron a los dos hombres que se aproximaban, pero no los reconocieron. Sólo Casandra, la hija de Príamo que había recibido el don y la maldición de ver todo lo que nadie más veía, sólo ella y nadie más, supo al instante quiénes venían y qué traían consigo.

Un agudo dolor atravesó el cuerpo entero de Casandra, como si la hubiera alcanzado un rayo, y la obligó a gritar bien alto, tan alto que se oyó por toda la ciudad.

—Hombres y mujeres de Troya, venid a saludar a Héctor igual que lo saludasteis en su día, cuando para alegría de todos regresó de la batalla como vencedor.

La gente dejó todo lo que tenía entre manos y corrió hasta la puerta. Alguna que otra mujer llevaba a un niño en brazos. Lloraban, maldecían el destino, se tiraban del pelo e intentaban acercarse al muerto para sujetarle la cabeza entre las manos. Delante de todos iban Andrómaca —su esposa— y Hécuba —su madre—, y la gente les abría el paso con lágrimas en los ojos.

Podrían quedarse ahí, a las puertas, todo el día, pero Príamo quería llevar a su hijo a casa. Arreó, pues, a los caballos y la gente se apartó a un lado. Quería estar a solas con Héctor, aunque sólo fuera durante un breve instante.

El viejo rey estaba muy cansado. Recibió ayuda del heraldo para cargar el cadáver hasta un lecho. Después el heraldo se retiró. Príamo no se atrevía a levantar la sábana que cubría a su hijo. ¿Qué aspecto tendría bajo la mortaja? ¿Se parecería a sí mismo o sería un

pedazo de carne magullado?

Con el corazón en vilo, apartó la sábana a un lado y se quedó perplejo. Ahí estaba su hijo, su primogénito, hermoso y majestuoso, sin un rasguño. Ni un buitre ni un perro lo habían tocado. Incluso la herida mortal de la garganta se había curado.

—Igual de bello en la muerte que en vida. Eres un adorno en el mundo de las sombras del que todos vamos camino —dijo Príamo, besó al muerto en los labios y, a continuación, llamó a la gente para que entrara.

Andrómaca, con su cabello negro como el alquitrán y sus brazos blancos como lirios, colocó su mano sobre el cadáver y alzó la voz.

—Tú, mi hombre, qué joven percaste y me dejaste sola con nuestro hijo. No es más que un niño que quizás no tenga tiempo de crecer y convertirse en mi consuelo. Nuestra ciudad será arrasada ahora que ya no vives para defenderla a ella y a nosotros, su pueblo. Hombres, mujeres y niños habrán de subirse forzosamente a bordo de las cóncavas naves de los aqueos. Yo también. Y nuestro hijo servirá como esclavo, si ningún aqueo encolerizado lo cuelga de la torre para vengarse de que tú, su padre, mataras a tantos de ellos. Pues indulgente no fuiste en esta repugnante guerra. Ahora todos lloran tu muerte y tus padres están desconsolados. Pero sobre todo yo, que me quedo sola, que no estuve ahí cuando moriste; no te vi extender los brazos hacia mí desde tu lecho de muerte, jamás dijiste unas últimas palabras que yo pueda llevar conmigo mientras viva, a través de los días y las noches.

Dicho eso, hizo un hueco a Hécuba. Le tocaba a ella despedirse del muerto. Las mujeres que había alrededor se lamentaban en silencio.

Hécuba era mayor, pero no cargaba con los años a la espalda, sino que los años la cargaban a ella y la habían dotado de fuerza y altura.

—Hijo mío, siempre has ocupado el lugar más grande en mi corazón y hasta los dioses han cuidado de ti, no sólo mientras vivías sino también cuando percaste. Aquiles ha expulsado por mar a varios de mis hijos y los ha vendido como esclavos en Samos e Imbros o en la remota isla de Lemnos. A ti te mató, igual que tú mataste a su amigo. Arrastró tu cuerpo por el suelo en torno al túmulo, pero Patroclo no resucitó de entre los muertos. Tú, en cambio, yaces aquí igual de lozano que si hubieras muerto mientras dormías.

No pudo continuar, invadida como estaba por un llanto agitado. Las mujeres la apartaron con respeto del cadáver y se sentaron luego a su alrededor para acompañarla en el sentimiento.

Helena vaciló. ¿Tenía derecho a hablar, ella, que había causado todas esas desgracias? Andrómaca se dio cuenta y le susurró:

—Tienes el mismo derecho que los demás a despedirte de él.

Helena dio un paso al frente. Ella y el muerto eran los más bellos de la habitación.

—Nadie aquí me era más cercano que tú, Héctor, aunque fuera Paris quien me trajo hasta aquí y me convirtiera en su esposa. Ay, ¡si me hubiera muerto antes de que eso ocurriera! Han pasado más de diez años desde que abandoné mi tierra y jamás me has dicho una mala palabra. Incluso parabas los pies a los demás cuando se ponían a hablar mal de mí. Siempre que nos veíamos tenías una palabra amable en los labios y una sonrisa mansa en la mirada. Ahora lloro desesperada por ti y por mi cruel destino. Nadie en esta

ciudad de amplias calles me perdonará. Nadie más que tú.

Así habló Helena, y la gente que estaba en la habitación agachó la cabeza y lloró con ella.

Después llegó el momento de dirigirse a las montañas para abastecerse de leña para la pira. La gente estaba preocupada por si los aqueos les tendían una emboscada, pero Príamo les aseguró que Aquiles no permitiría que les pasara nada malo.

Durante nueve días los troyanos transportaron robles, abedules y cedros recién talados. Al décimo día, justo antes del amanecer, sacaron al muerto al patio y lo colocaron sobre la pira.

El viejo rey, cuyas manos temblaban como las llamas de una antorcha, prendió fuego a todo aquello con lágrimas en los ojos.

Más avanzado el día, la gente se reunió en Troya y apagó el fuego con vino. Los hermanos y amigos de Héctor encontraron sus piernas y las colocaron en una urna de oro que cubrieron con suaves telas de un rojo brillante. Lo enterraron en la sepultura y amontonaron grandes piedras sobre ella. Crearon así un túmulo digno del fallecido, que sería custodiado por guerreros elegidos.

Sólo entonces regresaron juntos al palacio de Príamo y celebraron un banquete fúnebre que nadie habría de olvidar.

Y así se enterró a Héctor, el domador de caballos.

La Señorita se sentó y se enjugó los ojos.

—Y hasta ahí. La historia ha terminado —dijo.

—¡No! —gritó toda la clase al unísono.

Se encogió de hombros como para decir que no podía hacer nada al respecto.

—¿Qué pasó después? No nos puede hacer esto, Señorita —dijo Dimitra.

—No soy yo quien decide, sino Homero, y él puso punto final ahí.

—Pero ¿por qué?

—Nadie lo sabe. Quizás tuviera prisa por empezar con la próxima historia.

—También queremos oírla, Señorita Marina —me salió a mí de dentro.

Cuánto había ansiado decir su nombre. Me sentía como si me hubiera arrancado el corazón del pecho y lo hubiera colocado a la vista de todos.

Pero a mis compañeros de clase les daba igual mi corazón. Les interesaba más la historia de Homero.

—Queremos más, queremos más —cantó a coro la clase.

La Señorita nos regañó un poco y, después, con una sonrisa que bajó el cielo a nuestros pies, o al menos a los míos, dijo:

—Es la primera vez que alguien en la clase dice mi nombre. Sé que me llamáis la Bruja.

Nos avergonzamos un poco. Era cierto. La llamábamos la Bruja, al parecer por aquello de que los perros callaban nada más verla.

Se giró hacia mí.

—¿Serías tan amable de decirlo otra vez para que pueda saborearlo?

No me hice de rogar. Tampoco el resto de la clase. Coreamos «Marina, Marina» como si fuera un equipo de fútbol. Pero no cedió. Me daba la sensación de que la Señorita tenía prisa por hacer

alguna otra cosa en alguna otra parte.

—Mañana también será otro día —dijo, y se despidió de nosotros con la mano.

Dimitra caminaba a mi lado sin saltar de vez en cuando a la pata coja como solía hacer.

—¿Estás triste? —le pregunté.

—No.

—¿Qué te pasa, entonces?

—Nada.

Me quedé pensando un rato.

—Puede que sea por lo que pasó ayer —probé.

—Puede —dijo ella después de un rato.

Y otro rato después añadió:

—Nunca vas a quererme.

No protesté. No podía. Aquello era sencillamente cierto. Era la chica más maravillosa del mundo, pero no podía quererla. Sencillamente porque quería a otra, y esa otra no me quería a mí.

—Peor lo tenían los troyanos —dije, y ambos nos echamos a reír.

—Pues sí... ¿qué haríamos sin Homero? —dijo Dimitra, y nos despedimos como buenos amigos.

## XXI

Al día siguiente, la Señorita Marina parecía otra persona. Llevaba un vestido con grandes girasoles y con un poco de escote. Su cabello negro y frondoso iba recogido con una diadema dorada. Le brillaban los ojos.

Aquella era, además, una mañana desgarradoramente hermosa, una de esas en las que uno quiere abrazar todo el paisaje: la montaña en lo alto del pueblo, el fértil valle, los olivares, las parras con su ácido aroma.

Abrimos todas las ventanas del aula y la Señorita mantuvo su palabra. Pudimos escuchar el final de la historia:

Troya no cayó tras la muerte de Héctor. Aparecieron nuevos héroes, entre ellos el mujeriego Paris, que con su pericia con el arco se convirtió en una pesadilla para los aqueos. Después llegaron refuerzos que enviaban aliados lejanos, incluso de Etiopía. También las Amazonas vinieron desde Tracia con su joven e intrépida reina Pentesilea a la cabeza y la pesadilla fue aún peor. Montaban a caballo como nadie, aparecían igual de rápido que un temporal y se marchaban con el viento después de haber arrasado a sus oponentes de pies pesados.

Pentesilea y Aquiles se enfrentaron finalmente hombre a hombre, por así decirlo, y él la mató, pero también a él lo mató Paris con una flecha que le alcanzó el talón, la única parte vulnerable de su cuerpo.

Pero la guerra no acababa. Briseida enterró a Aquiles pese a que él la había abandonado antes.

Paris también murió por culpa de un hábil arquero, cuyas flechas producían unas heridas incurables y pestilentes. Pero Troya resistía y el tiempo no iba a favor de los aqueos. Estaban agotados y echaban de menos sus casas. Se lo jugaron todo a una treta que se le ocurrió a Ulises: el caballo de madera.

Los aqueos fingieron que iban a marcharse en sus naves. Pero dejaron tras de sí un gran caballo de madera en cuyo vientre se escondían algunos de los guerreros más experimentados. Los troyanos no pudieron resistirse y lo metieron en la ciudad, donde comían y bebían para celebrar la victoria. Cuando por fin se retiraron a sus lechos, los aqueos salieron del caballo y los mataron mientras dormían.

El esposo traicionado, Menelao, irrumpió en la alcoba de Helena con la espada en alto dispuesto a matarla y recuperar así su honor al derramar su tibia sangre por el frío suelo de piedra. Ella lo estaba esperando. Llevaba el «peinado del verdugo», que dejaba la nuca

al descubierto, y un largo vestido blanco. Lo abrió y señaló su corazón.

—Aquí está el fallo —dijo.

Menelao, el asesino de hombres, quedó deslumbrado por su rostro, su cuello y su busto, y la espada se le cayó de la mano. La belleza venció sobre él y su furia.

Varios días necesitaron los aqueos para destruir la ciudad entera. La redujeron a ruinas, y sólo se veía a Hécuba, que deambulaba por las calles desiertas de la ciudad y entonaba cantos de duelo.

¿Cómo les fue a los que sobrevivieron a esa horrible guerra?

Andrómaca fue obligada a acompañar al hijo de Aquiles.

Ulises emprendió su largo viaje hacia la isla de Ítaca.

Agamenón fue asesinado por su mujer al llegar a casa.

Todo esto a Homero le daba igual. Él quería hablar de una sola cosa: de que la guerra es fuente de lágrimas y de que en ella no hay vencedores.

La guerra de Troya había terminado.

La guerra en la que vivíamos continuaba.

Íbamos camino de casa cuando los aviones británicos sobrevolaron el pueblo. Los aviones alemanes estaban en llamas. Un avión que logró despegar fue derribado inmediatamente a disparos. Cayó en mitad de la plaza, donde la gente se había reunido como de costumbre. Muchos murieron y varios resultaron heridos.

Al padre de Dimitra —aquel que era doblemente él al estar borracho— lo alcanzó una pieza de metal en la frente y murió al instante. Dimitra sufrió un profundo corte en el muslo derecho.

La Señorita Marina murió de un disparo mientras corría hacia los escombros para ayudar a Wolfgang. Murieron juntos, devorados por las llamas.

Era el último día de la gran guerra.

Era también la última guerra para papá. La abuela acabó por saber que había muerto en prisión. Nadie sabía dónde lo habían enterrado ni si lo habían enterrado acaso.

Puede que simplemente lo hubieran tirado por algún barranco y fuera pasto de lobos y buitres.

Jamás pudimos despedirnos de él.

Jamás pude escuchar sus últimas palabras.

Me tocó, en su lugar, cuidar de mi madre.

Pero no estaba solo. Dimitra y yo acabamos por convertirnos en aquello para lo que estábamos destinados. Una pareja. Yo iba a su casa todos los días y la ayudaba a dar algunos pasos.

—Eres mi bastón —decía ella.

Yo sabía que era más que eso.

Yo sabía que ella también era mi bastón.

No tardó mucho en estallar una nueva guerra.

La peor guerra de todas. Griego contra griego, hermano contra hermano, padre contra hijo.

La guerra de Troya no había hecho más que cambiar de nombre.

Dimitra y yo también habríamos de sobrevivir a ella.

Todas las tardes de domingo íbamos al cementerio y arreglábamos las sepulturas. Allí estaba

su padre, allí estaba la Señorita Marina.

A lo lejos veíamos el pueblo, donde se iban encendiendo las farolas.

Nuestras madres nos estaban esperando.

## EPÍLOGO

Ya desde mis años en el instituto, la *Iliada* me ha despertado fantasía y admiración. A mi modo de ver, es uno de los más firmes poemas antibelicistas jamás escritos. Por eso, a muchísimas personas les resulta difícil leerlo. No es culpa de las traducciones. Es culpa de que en nuestros tiempos no se nos estimula ni se nos prepara para la exigente lectura que brinda la *Iliada*.

Durante años me pregunté si se podría hacer algo al respecto. Y eso he intentado. ¿Blasfemia? Tal vez. ¿Soberbia? No. No he pretendido reemplazar a Homero de ninguna manera.

Tan sólo he querido que lo conozca más gente.

El lector habrá de juzgar si lo he conseguido.

Dos personas han contribuido a esta obra con observaciones bien fundamentadas y perspicaces: mi amigo y compañero Ernst Brunner e Ida Östenberg, docente de cultura y sociedad antiguas.

Mi más cálido y efusivo agradecimiento a ambos.

THEODOR KALLIFATIDES  
Bungenäs, 21 de agosto de 2017